

Antología (1919-1946)

La emancipación de la mujer soviética

Prólogo de Lenin, interludio de Stalin y epílogo de Kolontái



ediciones
mnemosyne

ANTOLOGÍA (1919-1946)

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER SOVIÉTICA

PRÓLOGO DE LENIN, INTERLUDIO DE STALIN Y EPÍLOGO DE KOLONTÁI



Colección COMUNISTA, n.º 1

0ª Edición, octubre de 2021

1ª Edición, abril de 2022

Imagen de la portada: adaptación de la cubierta del número 1 de 1926 de la revista bolchevique «Rabótnitsa» («La obrera»).

Traducción del texto de Kolontái: Jordi Mesalles García



De las notas, el diseño y la edición, Ediciones Mnemosyne. Nuestro trabajo puede ser reproducido, compartido y difundido libremente mientras se den los créditos apropiados y sin fines comerciales.

Ediciones Mnemosyne

www.ediciones-mnemosyne.es

info@ediciones-mnemosyne.es



NOTA EDITORIAL

Los tres folletos que recoge esta pequeña antología fueron publicados por editoriales comunistas: los dos primeros por Ediciones Europa-América (el mayor y más estable proyecto editorial de la Internacional Comunista en castellano) y el tercero por las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, que fue durante al menos dos décadas (hasta la aparición de Progreso) la editorial de referencia para la propaganda soviética internacional. Siguiendo un sano principio colectivista, en ninguno de los tres textos consta el nombre del traductor, y en el segundo de ellos tampoco el del autor (probablemente un europeo occidental; quizá incluso un español).

Nuestra edición de estos tres folletos busca ser lo más fiel posible a los originales en texto y formato. Sólo hemos modificado la maquetación allí donde nos parecía pertinente para facilitar la lectura; por ejemplo, le hemos dado sangría a los párrafos que citan otros textos o discursos. Las notas al pie de los originales se incorporan tal como aparecen en los folletos; hemos añadido notas propias, señaladas por la leyenda N. de la E., en todas las citas de clásicos marxistas y obras de interés para el lector que hemos logrado localizar. Al margen de esto, nos hemos limitado a corregir los numerosos errores de imprenta y ortotipográficos, estandarizar los términos «técnicos» (v. gr. koljós en lugar de coljós, casas-cuna en lugar de casas cunas) y modernizar algunas grafías y expresiones. Por supuesto, el sentido de los textos se conserva intacto.

En esta nueva edición incorporamos un texto de Lenin a modo de prólogo, que sintetiza magistralmente el programa bolchevique en el frente de la mujer; un breve discurso de Stalin como interludio, en el que el georgiano analiza el papel de la colectivización en la independencia de las campesinas; y, a modo de epílogo, un artículo de Kolontái, hasta ahora inédito en castellano, en el que la dirigente comunista hace un breve balance de las conquistas de las trabajadoras soviéticas.

Prólogo

V. I. LENIN

LAS TAREAS DEL MOVIMIENTO OBRERO FEMENINO EN LA REPÚBLICA SOVIÉTICA*

*Discurso en la IV Conferencia de obreras
sin partido de la ciudad de Moscú
23 de septiembre de 1919*

Camaradas: Yo saludo con gran alegría a la Conferencia de obreras. Me permito no referirme a los temas y a las cuestiones que, naturalmente, más inquietan hoy a cada obrera y a cada persona consciente de la masa trabajadora. Estas cuestiones más palpitantes son la relativa a los cereales y la de nuestra situación militar. Pero, como he visto por las reseñas de prensa de las reuniones de ustedes que estos problemas han sido expuestos aquí del modo más completo por el camarada Trotski en lo tocante al aspecto militar y por los camaradas Yákovleva y Sviderski en lo que se refiere a los cereales, permítanme que no toque estos puntos.

Yo quisiera decir unas palabras acerca de las tareas generales del movimiento obrero femenino en la República Soviética, tanto de las relacionadas con el paso al socialismo en general como de las que hoy se plantean en primer plano de manera singularmente imperiosa. Camaradas: La cuestión relativa a la situación de la mujer ha sido planteada por el Poder soviético desde el primer momento. Yo creo que la tarea de todo Estado obrero que pase al socialismo será de género doble. La primera parte de esta tarea es relativamente simple y fácil. Se refiere a las viejas leyes que colocaban a la mujer en situación de desigualdad con respecto al hombre.

* Reproducimos el texto de V. I. Lenin según la traducción contenida en sus *Obras Completas* de la Editorial Progreso, tomo 39, páginas 207-214.

Desde tiempos lejanos, los representantes de todos los movimientos liberadores en Europa Occidental, no durante decenios, sino durante siglos, propugnaron la abolición de estas leyes anticuadas y reivindicaron la igualdad jurídica de la mujer y del hombre, pero ningún Estado democrático europeo, ni siquiera las repúblicas más avanzadas, han conseguido realizar esto, porque donde existe el capitalismo, donde se mantiene la propiedad privada de la tierra y la propiedad privada de las fábricas, donde se mantiene el poder del capital, los hombres siguen gozando de privilegios. Si en Rusia se ha logrado esto, se debe exclusivamente a que desde el 25 de octubre de 1917 se instauró aquí el poder de los obreros. Desde el primer momento, el Poder soviético se planteó la tarea de actuar como poder de los trabajadores, enemigo de toda explotación. Se planteó la tarea de suprimir la posibilidad de que los trabajadores fuesen explotados por los terratenientes y capitalistas y de destruir el dominio del capital. El Poder soviético aspiró a conseguir que los trabajadores organizaran su vida sin propiedad privada de la tierra, sin propiedad privada de las fábricas, sin esa propiedad privada que en todas partes, en todo el mundo, incluso con la plena libertad política, incluso en las repúblicas más democráticas, sumía de hecho a los trabajadores en la miseria y la esclavitud asalariada, y a la mujer en una doble esclavitud.

Desde los primeros meses de su existencia, el Poder soviético, como poder de los trabajadores, realizó el cambio más radical en la legislación referente a la mujer. En la República Soviética no ha quedado piedra sobre piedra de todas las leyes que colocaban a la mujer en una situación de dependencia. Me refiero precisamente a las leyes que utilizaban de modo especial la situación desventajosa de la mujer, haciéndola víctima de la desigualdad de derechos y a menudo hasta de humillaciones, es decir, a las leyes sobre el divorcio, sobre los hijos naturales y sobre el derecho de la mujer a demandar judicialmente del padre alimentos para el sostenimiento del hijo.

Hay que afirmar que es precisamente en esta esfera donde la legislación burguesa, incluso en los países más avanzados, se aprovecha de la situación desventajosa de la mujer, condenándola a la desigualdad de derechos y humillándola. Y jus-

tamente en esta esfera, el Poder soviético no ha dejado piedra sobre piedra de las viejas leyes, injustas, insoportables para las masas trabajadoras. Ahora podemos decir con todo orgullo, sin exageración alguna, que, exceptuando la Rusia Soviética, no existe ningún país del mundo donde la mujer goce de plena igualdad de derechos y no esté colocada en una situación humillante, particularmente sensible en la vida cotidiana, familiar. Ésta fue una de nuestras primeras y más importantes tareas.

Si tienen ustedes ocasión de entrar en contacto con partidos hostiles a los bolcheviques, o llegan a sus manos periódicos editados en ruso en las regiones ocupadas por Kolchak o Denikin, o hablan con gente que se atiene al punto de vista de estos periódicos, podrán escuchar frecuentemente de sus labios la acusación de que el Poder soviético ha infringido la democracia.

A nosotros, representantes del Poder soviético, comunistas bolcheviques y partidarios del Poder soviético, se nos echa en cara constantemente que hemos violado la democracia, y como prueba de esta acusación se aduce que el Poder soviético disolvió la Asamblea Constituyente. A estas acusaciones respondemos habitualmente así: no concedemos ningún valor a una democracia y a una Asamblea Constituyente que surgieron existiendo la propiedad privada sobre la tierra, cuando los hombres no eran iguales, cuando el que tenía capital propio era el amo, y los restantes, trabajando para él, eran sus esclavos asalariados. Esa democracia encubría la esclavitud incluso en los Estados más avanzados. Nosotros, como socialistas, somos partidarios de la democracia únicamente en tanto en cuanto mitiga la situación de los trabajadores y de los oprimidos. El socialismo se propone en todo el mundo la lucha contra toda explotación del hombre por el hombre. Para nosotros ofrece verdadero valor la democracia que sirve a los explotados, a los que sufren la desigualdad. Si al que no trabaja se le priva de derechos electorales, ésta es precisamente la verdadera igualdad entre los hombres. Quien no trabaje, que no coma.

En respuesta a esas acusaciones, decimos que es preciso comprobar cómo se practica en uno u otro Estado la democracia. En todas las repúblicas democráticas vemos que se proclama la igualdad, pero en las leyes civiles y en las leyes sobre los dere-

chos de la mujer, en el sentido de su situación dentro de la familia y en el sentido del divorcio, vemos a cada paso la desigualdad y la humillación de la mujer, y decimos que esto es una violación de la democracia, y precisamente una violación de que son víctimas los oprimidos. El Poder soviético, en mayor medida que todos los demás países, incluidos los más avanzados, ha puesto en práctica la democracia al no haber dejado en sus leyes ni el menor rastro de desigualdad de derechos de la mujer. Lo repito, ningún Estado, ninguna legislación democrática ha hecho por la mujer ni la mitad de lo que ha hecho el Poder soviético en los primeros meses de su existencia.

Naturalmente, no bastan las leyes, y nosotros no nos contentamos de ningún modo con decretos nada más. Pero en el terreno de la legislación hemos hecho todo lo que de nosotros se exigía para equiparar la situación de la mujer a la del hombre, y podemos con razón enorgullecer de ello. Actualmente, la situación de la mujer en la Rusia Soviética, desde el punto de vista de los Estados más avanzados, es ideal. Pero afirmamos que, naturalmente, esto es sólo el comienzo.

Al tener que dedicarse a los quehaceres de la casa, la mujer aún vive coartada. Para la plena emancipación de la mujer y para su igualdad efectiva con respecto al hombre, se requiere una economía colectiva y que la mujer participe en el trabajo productivo común. Entonces la mujer ocupará la misma situación que el hombre.

Como es lógico, no se trata de igualar a la mujer en cuanto a la productividad del trabajo, al volumen, a la duración y a las condiciones del mismo, etc., sino de que la mujer no se vea oprimida por su situación en el hogar diferente a la del hombre. Todas ustedes saben que aun con la plena igualdad de derechos, subsiste de hecho esta situación de ahogo en que vive la mujer, ya que sobre ella pesan todos los quehaceres del hogar que son, en la mayoría de los casos, los más improductivos, más bárbaros y más penosos de cuantos realiza la mujer. Este trabajo es extraordinariamente mezquino, no contiene nada que contribuya de algún modo al progreso de la mujer.

En aras del ideal socialista, nosotros queremos luchar por la plena realización del socialismo, y en este sentido se abre ante la

mujer un vasto campo de actividad. Ahora nos preparamos seriamente para desbrozar el terreno con miras a la edificación socialista, pero la propia edificación de la sociedad socialista no comenzará sino cuando nosotros, una vez conseguida la plena igualdad de la mujer, emprendamos la nueva tarea junto con la mujer liberada de este trabajo menudo, embrutecedor e improductivo. A este respecto tenemos labor para muchos, muchos años.

Esta labor no puede dar rápidos resultados ni tiene nada de efectismo brillante.

Estamos creando instituciones, comedores y casas-cuna modelo, que liberen a la mujer del trabajo doméstico. Y es precisamente a la mujer a la que más incumbe la labor de organización de todas estas instituciones. Hay que reconocer que hoy existen en Rusia muy pocas instituciones de este tipo, que ayuden a la mujer a salir del estado de esclava del hogar. El número de estas instituciones es insignificante, y las condiciones por las que hoy atraviesa la República Soviética –las condiciones militares y las del abastecimiento, de las que han hablado aquí a ustedes con detalle los camaradas– nos estorban en esta labor. Pero hay que decir que estas instituciones, que liberan a la mujer de su estado de esclava doméstica, surgen en todas partes donde para ello existe la menor posibilidad.

Decimos que la emancipación de los obreros debe ser obra de los obreros mismos, y de igual modo la emancipación de las obreras debe ser obra de las obreras mismas. Son ellas las que deben preocuparse de desarrollar esas instituciones, y esta actividad de la mujer conducirá a un cambio completo de la situación en que vivía bajo la sociedad capitalista.

En la vieja sociedad capitalista, para ocuparse de política hacía falta una preparación especial, razón por la cual era insignificante la participación de la mujer en la vida política, incluso en los países capitalistas más avanzados y más libres. Nuestra tarea consiste en hacer que la política sea asequible para cada trabajadora. Desde el momento en que está abolida la propiedad privada de la tierra y de las fábricas y ha sido derrocado el poder de los terratenientes y los capitalistas, las tareas de la política para la masa trabajadora y para las mujeres trabajadoras pasan a ser

sencillas, claras y plenamente asequibles para todas. En la sociedad capitalista, la mujer está colocada en una situación tal de falta de derechos que su participación en la vida política es mínima en comparación con el hombre. Para que cambie esta situación, es preciso que exista el poder de los trabajadores, y entonces las tareas principales de la política se reducirán a todo lo que directamente atañe a la suerte de los propios trabajadores.

En este sentido es necesaria también la participación de las obreras, no sólo de las militantes del Partido, de las que son conscientes, sino de las sin partido y de las más inconscientes. En este sentido, el Poder soviético brinda a las obreras un vasto campo de actividad.

Hemos atravesado una situación muy difícil en la lucha contra las fuerzas hostiles a la Rusia Soviética, que sostienen la campaña contra ella. Nos ha sido difícil luchar en el terreno militar contra las fuerzas que están haciendo la guerra al poder de los trabajadores, y en la esfera del abastecimiento contra los especuladores, porque no es lo bastante grande el número de personas, el número de trabajadores que acuden plenamente en nuestra ayuda con su propio trabajo. En este sentido, el Poder soviético nada puede apreciar tanto como el concurso de las amplias masas de obreras sin partido. Ellas deben saber que en la vieja sociedad burguesa se requería, tal vez, para la actividad política una preparación compleja, inasequible para la mujer. Pero la República Soviética se propone como tarea principal de su actividad política la lucha contra los terratenientes y los capitalistas, la lucha por la supresión de la explotación, y de ahí que en la República Soviética se abra para las obreras el campo de la actividad política, que consistirá en que la mujer ayude al hombre con su capacidad organizadora.

No necesitamos solamente la labor de organización de millones de personas. Necesitamos además la labor de organización en la más modesta escala, que permita también trabajar a las mujeres. La mujer puede trabajar asimismo en tiempo de guerra, cuando se trate de ayudar al ejército y de realizar propaganda dentro de él. En todo esto debe tomar parte activa la mujer para que el Ejército Rojo vea que hay preocupación y desvelo por él.

La mujer puede ser útil igualmente en todo lo relacionado con el abastecimiento: distribución de los productos y mejora de la alimentación pública, desarrollo de los comedores que tan ampliamente han sido organizados ahora en Petrogrado.

Éstas son las esferas en las que la actividad de las obreras adquiere verdadera importancia desde el punto de vista de la organización. La participación de la mujer es necesaria también en la creación de grandes haciendas experimentales y en el control de las mismas, para que esto no sea obra de unos pocos. Esta empresa es irrealizable si no participa en ella un gran número de trabajadoras. Las obreras pueden perfectamente intervenir en esta labor, además, controlando la distribución de los productos y procurando que sea más fácil adquirirlos. Esta tarea es plenamente proporcionada a las fuerzas de las obreras sin partido, y su realización contribuirá poderosamente al afianzamiento de la sociedad socialista.

Una vez abolida la propiedad privada de la tierra y suprimida casi por entero la propiedad privada de las fábricas, el Poder soviético tiende a que en esta edificación económica participen todos los trabajadores, no sólo los militantes del Partido, sino también los sin partido, y no sólo los hombres, sino también las mujeres. Esta obra iniciada por el Poder soviético puede progresar únicamente cuando en ella tomen parte, en toda Rusia, no cientos sino millones y millones de mujeres. Entonces, estamos seguros de ello, se afianzará la obra de la construcción socialista.

Entonces los trabajadores demostrarán que pueden vivir y pueden administrar sin terratenientes ni capitalistas. Entonces será tan firme en Rusia la edificación socialista que no causará temor a la República Soviética ningún enemigo, exterior ni interior.

Primer folleto

SOLOMIN

LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER EN LA U.R.S.S.*

Valentina Ivanovna Petrova es una obrera textil que ha trabajado desde 1909 en varias fábricas. La revolución ha producido una brusca crisis en la vida de Valentina Ivanovna. De la antigua miseria, opresión y privación de derechos no ha quedado el menor vestigio. La Revolución de Octubre ha llamado a Petrova a una nueva vida, a la edificación de la sociedad socialista. El frente de batalla, el estudio, el trabajo activo sindical del Partido han reeducado a Valentina Ivanovna Petrova. En 1929 la designan para ocupar un alto y responsable puesto: vicedirectora de la más grande fábrica textil, la «Trejgornaia Manufactura».

Pasados dos años, Petrova abandona a su querida «Trejgor-ka». La abandona para ocupar el puesto, primero, de presidenta del Soviet regional de Krasne Presnai, y luego, de secretaria del Soviet Sindical de la ciudad de Moscú.

Esa exobrera textil era, en el pasado, una mujer poco consciente, actualmente una participante de gran talla, activa y organizadora de los sectores combativos de nuestra construcción socialista. He aquí lo que escribe en su autobiografía:

En 1931, durante las fiestas de Octubre, fui miembro de la comisión de recepción de los huéspedes extranjeros. Tuve que conversar con ellos. Estaban asombrados de que una mujer, obrera textil, haya destacado tanto. Pero no soy yo la única; ejemplos de esta índole existen entre nosotros a millares.

* Reproducimos el texto de Solomin según la traducción publicada por Ediciones Europa-América en 1933.

Precisamente ahora tiene la obrera la posibilidad de trabajar en los puestos de responsabilidad. Desde 1917 se han abierto ante la obrera amplios caminos en la administración del Estado. Se están llevando a la práctica las palabras de Lenin: «Toda cocinera debe saber administrar el Estado».¹ La mujer es una copartícipe activa en la construcción socialista, en la misma medida en que fue una activa combatiente en el frente de la guerra civil y en el frente de la restauración de la economía.

El Partido da la posibilidad a la obrera de forjar en sí misma un combatiente de la construcción socialista. La obrera marcha hoy al unísono con la clase trabajadora.

El Partido Comunista ha logrado grandes victorias. Ha llevado a la clase obrera por el camino de la lucha y bajo su dirección se han producido los magnos días de Octubre; bajo su dirección hemos sabido vencer a los enemigos y a los bandidos blancos; hemos sabido restaurar nuestra economía destruida, y, bajo su dirección, edificaremos el socialismo. (*La obrera en la construcción socialista*)

Valentina Ivanovna Petrova no es una excepción. Su biografía es característica y típica de muchas obreras trabajadoras soviéticas. De la cocina, de los pañales, de lavar la ropa, hasta el trabajo creador, organizador y dirigente; éste es el camino de muchos millares de trabajadoras de la U.R.S.S.

¹ Famosa paráfrasis del siguiente fragmento: «No somos utopistas. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera son incapaces de asumir ahora mismo la gobernación del Estado. [...] Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos [los demócratas constitucionalistas] en que exigimos romper sin demora con el prejuicio de que sólo los ricos o funcionarios procedentes de familias ricas pueden *gobernar* el Estado, efectuar el trabajo cotidiano de administración. Nosotros exigimos que *el aprendizaje* de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes y que se emprenda sin demora, es decir, que *se empiece* inmediatamente a hacer participar en este aprendizaje a todos los trabajadores, a toda la población pobre.» LENIN, V. I.: *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* (1917); en *Obras Completas*, tomo 34, página 324. Editorial Progreso, Moscú, 1985. | N. de la E.

Dos años después de la Revolución de Octubre, Vladimiro Ilich [Lenin] decía en un artículo dedicado al balance de los dos primeros años de existencia de la joven República:

En estos dos años, el poder soviético, en uno de los países más atrasados de Europa, ha hecho por la emancipación de la mujer, por igualarla con el sexo «fuerte», mucho más de lo que han hecho todas las repúblicas avanzadas, ilustradas, «democráticas» de todo el mundo en el período de ciento treinta años (desde la época de la gran revolución francesa de 1789).²

Desde que Lenin escribió esas frases, han pasado trece años. En el transcurso de esos años, el país soviético ha atravesado un camino difícil y heroico. De país atrasado en todos los sentidos, de país de miseria y falta de cultura, la U.R.S.S. se ha transformado en un país de técnica y cultura avanzadas, en un país de trabajo emancipado.

No hay ni un rinconcito en la Unión Soviética donde obreros y trabajadores no estén por la gran construcción socialista, por la gran reconstrucción de toda su vida sobre principios nuevos, socialistas, bajo la dirección de su partido.

El camarada Lenin hizo notar no pocas veces que la construcción auténtica del socialismo comenzará sólo cuando las enormes masas de mujeres trabajadoras se incorporen a ella.

Perseguimos el ideal socialista, queremos luchar por la realización completa del socialismo, y aquí la mujer encuentra un amplio campo de trabajo. La construcción de la sociedad socialista comenzará sólo cuando, después de conseguir la igualdad plena de la mujer, comencemos la nueva labor de la mujer emancipada del trabajo mezquino, embotador y poco productivo...³

² Cfr. LENIN, V. I.: *El poder soviético y la posición de la mujer* (1919); en *Obras Completas*, tomo 39, página 297. Editorial Progreso, Moscú, 1986. | N. de la E.

³ Cfr. LENIN, V. I.: *Las tareas del movimiento obrero femenino en*

Y más adelante:

La obra comenzada por el poder soviético puede avanzar únicamente cuando, en vez de centenares de mujeres en toda la Rusia, participen en la obra millones y millones... Entonces la tarea de la construcción socialista estará cimentada tan sólidamente que no habrá enemigos dentro ni fuera de Rusia que sean peligrosos para la República de los Soviets.⁴

En las condiciones capitalistas, la mujer se ve sometida a una explotación más ruda que el hombre en las fábricas y talleres. Una opresión suplementaria de la mujer son los grillos [grilletes] de la familia, una carga complementaria es el eterno trajín en la cocina, y, por último, la educación de los niños entregada por entero en manos de la mujer. La mujer está privada de toda una serie de derechos políticos, pero con la opresión que soporta, ni siquiera la declaración de igualdad de derechos modifica prácticamente los destinos de la mujer, pues a la mujer proletaria no le resta ni tiempo ni fuerzas para aprovecharse de ellos.

Los capitalistas no renuncian en absoluto al empleo del trabajo femenino. Empléase el trabajo de la mujer en una escala extraordinariamente amplia, constituyendo en Francia hasta el 40% del total de obreros: en Alemania, el 37%; en Checoslovaquia, el 39%, etc. En todos los países capitalistas hay alrededor de 60 millones de mujeres obreras, pero la incorporación de las mujeres al trabajo en las fábricas y talleres conduce tan sólo a un nuevo y cruel avasallamiento. Los capitalistas emplean en tan vastas proporciones el trabajo femenino para agravar la explotación. El salario de los obreros desciende de año en año, de mes en mes. Pero hasta ese salario en descenso resulta un lujo excesivo para las obreras. La obrera, por el mero hecho de ser mujer, recibe en Francia el 56% del salario de un hombre; en Inglaterra, el 46%; en la China, tan sólo el 8,25%.

la República Soviética (1919); en *Obras Completas*, t. 39, p. 211. Editorial Progreso, Moscú, 1986. | N. de la E.

⁴ Cfr. *Ibidem*, pp. 213-214. | N. de la E.

La plaga del paro forzoso afecta dolorosamente a la mujer. Y al quedar desocupada la mujer tampoco goza de los mismos derechos que el hombre. En una serie de países la mujer recibe un subsidio menor que el hombre; en otros (Polonia, Alemania) una mujer casada sin trabajo está privada de todo subsidio si alguno de los miembros de la familia trabaja o percibe subsidio.

En oposición al mundo capitalista, la Unión Soviética presta una atención especial al saneamiento del trabajo femenino, a su activa incorporación a la producción, a la instrucción, al trabajo directo de la administración del país. Tras una equiparación de la mujer en sus derechos con el hombre, siguió un período de lucha por su emancipación efectiva. Sólo cuando la mujer obtenga, a la par del hombre, el acceso al trabajo productivo, pueden ser alcanzados éxitos significativos en la obra de la emancipación económica de la mujer.

En la U.R.S.S. crece cada año el enrolamiento en la producción de nuevos millares de mujeres trabajadoras, de esposas de obreros, de miembros de sus familias.

En 1930 fueron incorporadas a la producción un millón de mujeres; en 1931, cerca de millón y medio; en 1932, el mismo número. El papel del trabajo femenino en la industria y en toda la economía nacional aumenta incesantemente. La preparación de la mujer para nuevas funciones de trabajo avanza con un rápido ritmo. En 1930, las mujeres constituían la tercera parte de los que recibieron una preparación productiva; en 1932 fueron admitidas en las escuelas de aprendizaje fabril más de 300.000 jóvenes.

La mujer se aleja cada vez más de la cocina y se coloca en las filas de los constructores activos del socialismo. Pues sólo por este camino es posible alcanzar la equiparación en los derechos económicos de la mujer.

A diferencia de los países capitalistas, el trabajo de la mujer en las empresas soviéticas se halla bajo la constante *vigilancia de los órganos de trabajo*. Más abajo examinaremos detalladamente todas las condiciones que alivian el trabajo femenino en la U.R.S.S.

Pero no es suficiente enrolar a la mujer en la fábrica. Hay que darle la posibilidad de trabajar en la producción, de dedicar la

noche al estudio y al trabajo social. La economía individual casera no da esa posibilidad ni puede darla. La salida está sólo en la reconstrucción socialista de las formas de vida.

Los éxitos de la Unión Soviética, la industrialización y la colectivización del país, han hecho avanzar mucho la reconstrucción de la vida social sobre principios colectivos. Las casas-cuna, los lavaderos, los baños, los clubs, los comedores; todo esto emancipa a la mujer, la libra de la esclavitud doméstica y le permite participar activamente en la edificación socialista.

Una enorme porción de tiempo y de fuerzas de la mujer se gasta en la cocina, se invierte en la preparación de la alimentación individual, en trajinar con los pucheros. El crecimiento colosal de la red de la alimentación social en la U.R.S.S. coadyuva a la real emancipación de la mujer.

En 1928 había en toda la Unión Soviética 1.856 comedores colectivos; en 1932, ese número llegó a 17.000. En 1928 fueron abarcadas por la alimentación colectiva tan sólo 1.250.000 personas; en 1932 había ya 13.500.000.

El lavado de la ropa constituye uno de los aspectos más importantes del trabajo físico que deja a la obrera extenuada. En 1930 fueron asignados para el renglón lavaderos comunales 8.000.000 de rublos; en 1931, 12.000.000, y en 1932 se invertirán 27.000.000 de rublos.

Pero para colectivizar las formas de vida no es suficiente liberar a la mujer de la cocina y del lavado de ropa. Si permanece encadenada a los hijos, la mujer no puede luchar activamente por la realización del plan de producción, no puede participar activamente en la vasta vida social y política del país.

He ahí por qué el Partido y el poder soviético prestan una atención especial a la construcción de una red de jardines infantiles, de plazas de recreos, de casas-cuna, que adquieren una importancia trascendental, en conexión con la incorporación cada vez más amplia de las masas femeninas a la producción.

La resolución del Partido dice:

Es necesario desarrollar la construcción de una red suplementaria de jardines de infancia, de campos de juego y de asilos, que asumen una función cada vez más vital para nues-

tra sociedad, en cuanto que entrará en la producción un número cada vez mayor de mujeres. Esta red de asilos, campos de juego y jardines de infancia deberá desarrollarse hasta el grado de poder hospedar en el curso de dos años a todos los hijos de los obreros ocupados en la producción. (*Resoluciones del pleno del Comité Central del P.C.*, celebrado en junio de 1931)⁵

Para juzgar los beneficios reportados a la mujer por el poder soviético, lo mejor es oír lo que cuentan ellas mismas, mujeres trabajadoras, obreras de fábricas y talleres. Hace poco, un grupo de obreras del combinado textil más grande, de la «Trejgornaia Manufactura», exfábrica de Projorov, escribieron sus autobiografías.

Sus palabras, sencillas e ingenuas, son una ilustración palmaria del grandioso proceso que se opera ante nuestra vista, el proceso de la emancipación de la mujer.

Cedamos la palabra a las mismas obreras:

Tengo cuarenta y seis años. He nacido en la aldehuela Golubino, de la provincia de Moscú, departamento Serpujov, distrito Ulianinovskoi. Éramos una familia pobre; teníamos una vaca, pero no teníamos caballo. El padre trabajaba en Moscú de cochero; ganaba de cinco a siete rublos con comida...

Mi madre murió en carnaval, y después de las pascuas, una tía mía, que vivía en «Trejgorka», me llevó a su casa. Como no tenía la edad, me aumentó un año, me dieron un pasaporte y el director me colocó en la sección de tejidos. Trabajé allí durante tres años, cobraba seis, siete, ocho rublos. Vivía en los dormitorios de las muchachas. Una vida no del todo cómoda: una tarima de un metro; bajo ella, un ca-

⁵ Hemos sustituido la traducción presente en el original por una más completa, extraída de: *Resolución del pleno del C.C. del P.C. (b) del 15 de junio de 1931 sobre la economía urbana de la ciudad de Moscú y sobre el desarrollo de la economía urbana de la URSS*; en CECCARELLI, P. (comp.): *La construcción de la ciudad soviética*, pp. 191-210. Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1972. | N. de la E.

jón: dos tarimas unidas y un pasillo de una anchura de unos 40 centímetros; no había mesa, y bajo la tarima había todo: un balde, un bacín y una tina... Comíamos en la cocina, en la caballeriza. Comíamos seis personas en una taza de madera... La carne era de la peor, a veces encontrábamos gusanos enormes... Muchos días ayunábamos...

Trabajábamos desde las *cuatro de la madrugada* hasta las *diez de la noche*, y luego, de las diez de la mañana hasta las cuatro.

Hasta 1905 todo andaba mal. Después de 1905 comenzamos a vivir un poco mejor. Pero no se puede comparar con la vida actual, aunque atravesamos algunas dificultades. En 1905 ya se había insinuado que sonaría algún día la hora final del capitalismo...

Antes temíamos pronunciar una sola palabra contra la administración de la fábrica, y sobre el zar no abríamos la boca; ahora no tememos nada; si hay hechos que criticar, ninguna se muerde la lengua.

Mi hijo mayor está ahora en el Ejército Rojo; trabajaba en la fábrica, sección de tejidos y aprendía el oficio de chófer.

Mi segundo hijo está aprendiendo el oficio de cerrajero en la escuela de la Sección de Instrucción Pública de Moscú, y mi hija hace poco se fue a estudiar química.

Así relata su vida anterior y actual la obrera de la «Trejgor-naia Manufactura», una activa productora llamada Tatiana Iegorovna Doktsova.

He aquí lo que comunica sobre su pasado y su vida actual la obrera Iroida Ivanovna Komisarova:

He nacido en una aldea grande, Chansk, de la provincia de Kaluga, departamento Medinsk, distrito rural Virievsk.

A los doce años comencé a trabajar en la fábrica de Mescherin, con un sueldo de 18 y más tarde de 80 kopeks. El dinero se lo entregaba a mis padres. Luego me permitieron vivir con ellos y me concedieron la mitad de una tarima: dormía allí con una muchacha. Luego, mi padre me envió a Iversk: había allí gente inteligente que sabía agregar años. A

mí me agregaron dos años y medio, de modo que resultaron diez y siete años, mientras que yo no tenía ni quince. Mi padre pagó por esa operación 50 kopeks. De nuevo comencé a trabajar. No recuerdo cuántas horas trabajaba; sólo sé que eran muchas.

Trabajé siempre en «Trejgorka». Cuando comenzó la guerra, pensé que eso estaba mal. Muy bien, cuando apareció la consigna «abajo la guerra». Era una alegría para todas las viudas y huérfanos. Cuando llegó el, 1917, era tanta la alegría, tal el regocijo...

En 1917, todos siguieron a los bolcheviques.

Yo fui elegida delegada del taller. Luego, en los años de hambre, iba a inspeccionar los asilos de niños. Trabajé a conciencia; me elogiaban, me llamaban al Partido. En 1930 era miembro del Comité de fábrica y hasta de la presidencia; trabajaba en el buró del taller. El verano de 1930 fui de excursión a Orejovo-Zuevo a ver cómo trabajan allí, cómo cumplen el plan.

No pienso ahora en Dios. No voy a la iglesia ni rezo; pienso y digo que nos embaucan, que nos engañan. De esta manera comencé a pensar después de 1917, al empezar a asistir a las reuniones.

Siempre trabajábamos a destajo y también antes de haber brigada de choque procurábamos trabajar bien; pero después lo hacíamos mejor: no llegar tarde, no alejarse del banco de trabajo, no faltar al trabajo. Y el salario ha aumentado.

Cedamos ahora la palabra a otra obrera de la misma fábrica:
Praskovia Etiepanovna Komarova:

Me casaron a los diez y seis años, en 1910, y comencé el noviazgo a los quince y medio. Mi novio trabajaba en Moscú, en la fábrica de Projorvsk, en la sección de percal.

En cuanto me casé fuimos a Moscú. Aquí mi marido compró un abecedario y comenzó a darme lecciones.

Al principio alquilamos una pieza por ocho rublos; luego nos resultó caro y tomamos un inquilino: un primo. Al cabo de seis meses empecé a trabajar en «Trejgorka». Al principio

trabajaba en la sección de percal: ganaba 18 rublos. Luego me pasaron a la sección de tejidos, donde necesitaban gente. Mas tarde me trasladaron. A los cinco años, en vísperas de las pascuas, hubo un despido de obreros, yo entre ellos, aunque protesté y grité. Pronto me tomaron otra vez en la sección de percal, y más tarde de nuevo a la sección de tejidos. Hasta el principio de la guerra cobraba de 29 a 25 rublos, y mi marido 18 rublos. Trabajábamos sin salir, desde las cuatro de la madrugada hasta las diez de la noche...

Llegó Octubre, y la vida de Komarova sufrió un cambio:

En 1925 me eligieron delegada del taller. Lo desempeñé por seis meses, luego me reeligieron por otros seis. También estaba en la sección femenina y comencé a convencerme de que todo lo que se realizaba era necesario, y explicaba y contaba a las obreras todo lo que se decía en las reuniones. Las reunía y les decía: «A ver si vigilamos mejor el trabajo...»

En los días de descanso enseñaba a las nuevas obreras, que vinieron de los koljoses [granjas de propiedad colectiva]. Les explicaba para qué sirven los koljoses, qué es el Partido. Muchas han ingresado ya en Partido, y las jóvenes, en la Juventud Comunista. Además, enseñé a trabajar en las máquinas; enseñé a una obrera nueva cómo hay que trabajar en una máquina de ocho lados, cuando ella ni siquiera sabe trabajar en una. Hay mucho que hacer.

No ingresé antes en el Partido porque hay que asistir a las reuniones, de lo contrario me retrasaría. Vivía en una habitación sola y no había con quien dejar los hijos. ¡Qué miembro del Partido seré yo si no puedo explicar nada! En cuanto me dieron mejor habitación, me di cuenta de que ya podía ingresar en el Partido. Antes, temía asistir a las reuniones. Pensaba: ¿cómo iré? Pero la primera vez que se asiste, ya se siente uno atraído. Vuelve uno de la reunión y como si ya lo supiera todo.

Mi hija mayor tiene trece años; está en el quinto grupo; la hija tiene diez años y el chico menor ocho. Se ocupa de ejercicios físicos. En verano, la abuela quiso que fuera a comulgar;

pero él no quiso: «Vete sola», le dijo: ¡Oh! Él es un «octubrista» y los mayores son pioneros. No les prohíbo nada a los chicos; van donde quieren, es su voluntad. Asisten a reuniones y yo sé que de esto va a resultar un bien. Si no asistiesen, nada bueno resultaría.

Podríamos citar otras muchas autobiografías semejantes, que evidencian con toda claridad la transformación que se ha operado en la situación de las obreras.

La esclava antigua, que se sometía en todo sin chistar al marido, ligada estrecha y sólidamente a su hogar, es ahora un constructor activo, que goza de todos los derechos en la nueva sociedad socialista sin clases.

Toda la legislación y la labor práctica de los órganos soviéticos tienden a asegurar a la mujer trabajadora una igualdad efectiva, no formal en los derechos.

POR LA IGUALDAD JURÍDICA Y PRÁCTICA DE LOS DERECHOS DE LA MUJER

La Revolución de Octubre ha establecido la completa igualdad jurídica de los derechos de la mujer.

El matrimonio por la iglesia constituye un asunto exclusivamente personal de los ciudadanos que lo contraen, y no concede ningún derecho jurídico. El registro del matrimonio en los órganos del Registro civil (Sección de registro de las actas de Estado Civil) no es obligatorio, pero «se establece (...), en interés del Estado y del público, para facilitar la protección de las personas, derechos, bienes e intereses de los esposos y de los hijos» (Art. 1º del *Código de Leyes sobre el matrimonio, la familia, la tutela*).⁶

Los derechos de bienes de los esposos se definen por los siguientes artículos del Código:

⁶ Citamos todos los artículos según la única versión castellana del Código que nos es conocida: BALSELLS MORERA, P. (trad.): *Código de familia soviética. Matrimonio, divorcio, familia, tutela y adopción*. Librería Bosch, Barcelona, 1933. | N. de la E.

Los esposos gozan, recíprocamente, de plena libertad para elegir profesión u oficio. La dirección económica del matrimonio se funda en el consentimiento de los esposos. El cambio de residencia de uno de los esposos no crea en el otro la obligación de seguirle. (Art. 9º)

Los bienes particulares de los esposos conservan durante el mismo carácter. Los bienes adquiridos durante el matrimonio se consideran bienes comunes a ambos cónyuges. (Art. 10º)

En vez del procedimiento, largo y penoso para la mujer, del divorcio en el pasado, aquí no tiene ningunas dificultades.

En vida de los cónyuges el matrimonio puede cesar, por mutuo disenso o por unilateral deseo de cualquiera de ellos. (Art. 18º)

La extinción del matrimonio, tanto si fue inscrito como en caso de no haberlo sido, pero declarado por el juez (...) puede inscribirse en el registro de actos de ciudadanía (divorcio). (Art. 19º)

Son simples y áridas esas líneas de las leyes, pero ¡qué revolución gigantesca han realizado en la situación social de la mujer!

El camarada Lenin dio la siguiente característica de la legislación soviética, en lo que respecta al matrimonio y a la familia:

La revolución más terminante realizada por el poder soviético, como poder de los trabajadores, en los primeros meses de su existencia, es la legislación referente a las mujeres. No ha quedado piedra sobre piedra en la República Soviética de aquellas leyes que colocaban a la mujer en una situación de subordinación. Me refiero precisamente a aquellas leyes que aprovechaban especialmente el estado débil de la mujer, colocándola en una situación de desigualdad de derechos y a veces de humillación, es decir, leyes del divorcio y de los hijos fuera del matrimonio, del derecho de la mujer a percibir del

padre de su hijo lo necesario para asegurar su existencia.⁷

La Revolución de Octubre, al libertar a la mujer, ha arrancado las raíces de un atributo vergonzoso e inalienable del sistema capitalista. Nos referimos a la prostitución.

La prostitución es un compañero inevitable de la dominación capitalista. A la par del desarrollo capitalista, florece también la prostitución.

La lucha contra la prostitución en los países burgueses, si es que se puede llamar así, se lleva por medio de la reglamentación. Toda la hipocresía de esta institución hace tiempo que está descubierta por los representantes de la misma burguesía. Ni un Estado burgués se decide a jactarse de la disminución de la prostitución, como resultado de la reglamentación.

El examen médico de las prostitutas, para separar las enfermedades venéreas, es en la práctica una farsa.

En Hamburgo —escribe Feckseer—, las mujeres se aglomeran en una casa pública, donde se las admite en la cantidad que permite la capacidad de la habitación. Las examinan por grupos. El médico echa un vistazo a la boca, a los órganos genitales, y muy raramente utiliza el espéculo; durante el examen no se lava las manos. A cada mujer se dedican unos cuantos segundos.⁸

En la Rusia zarista, la situación de la mujer era mucho peor que en los demás países capitalistas. Esto lo confirman en forma nítida los relatos de las obreras arriba insertos. En la Rusia zarista no había de hecho lucha contra la prostitución.

El reglamento policíaco afirmaba con un cinismo excepcional que están sujetas al examen sólo las que «pertenecen a las capas bajas de la población, es decir, las criadas y las obreras» y como resultado de esta lucha, el número de prostitutas era sólo en

⁷ Cfr. LENIN, V. I.: *Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética* (1919); en *Obras Completas*, t. 39, p. 208. Editorial Progreso, Moscú, 1986. | N. de la E.

⁸ Citado según el profesor V. Bronner: *La prostitución y los medios de liquidarla*.

Moscú y Retrogrado, de 150.000.

El poder soviético ha modificado radicalmente la actitud con respecto a la prostitución. La emancipación política de la mujer, toda la suma de disposiciones en lo que atañe a la protección de la mujer y de la madre; la incorporación de la mujer a la construcción activa; la lucha contra la desocupación de las mujeres y contra su desamparo, han asestado a la prostitución un golpe terrible.

Todavía en 1919, fueron formados órganos especiales, anexos al Comisariado de Salud Pública y al de Seguro Social, para luchar contra la prostitución. Las medidas administrativas que la milicia adopta no van dirigidas contra las prostitutas, sino contra los dueños de antros, cafés, etcétera. En lo sustancial, los métodos de lucha se reducían a luchar contra la desocupación, contra el desamparo, a prestar ayuda a mujeres aisladas, singularmente a mujeres embarazadas y parturientas. En 1923, se dio comienzo a la organización de Profilacterios, que existen ya en todas las grandes ciudades. Las prostitutas que aparecen son llevadas al profilacterio, donde se les enseña a trabajar, las curan en caso de hallar una enfermedad venérea; viven en casas comunas o colectivas; después de terminar el período de enseñanza, se las envía a las fábricas donde se incorporan a la vida social y de trabajo, rompiendo para siempre con su pasado.

Como resultado de esas medidas, la prostitución sigue disminuyendo cada vez más. En 1928 existían en Moscú 3.000 prostitutas. ¡Ni comparación con las cifras de la Rusia zarista! La misma investigación realizada en 1931 dio una cifra nimia: 400 prostitutas.

El gobierno soviético ayuda por todos los medios a las mujeres trabajadoras, en el sentido de asegurar una observancia firme e inflexible de la legislación soviética, que establece la igualdad jurídica y de facto de la mujer trabajadora.

Desde 1924, se están creando los titulados consultorios jurídicos, transformados ahora en gabinetes social-jurídicos, anexos a los consultorios. El volumen de trabajo de esos gabinetes social jurídicos es enorme.

Llegan aquí con toda clase de necesidades y de desgracias, en demanda de un consejo, de una ayuda.

Aquí tenemos una mujer, agitada, con lágrimas en los ojos, que cuenta que su marido no es un mal hombre, pero es un borracho perdido y todo su salario se le va en bebida, mientras la familia pasa miserias. El consultorio invita al esposo, lo persuade, le explica lo funesto del alcoholismo, le aconseja el modo de librarse de esa enfermedad. Suele suceder que ese método de invitación y la conversación tranquila, insistente y explicativa de parte del médico ejerce una influencia decisiva y advierte en el hombre una crisis: deja de beber. En los casos obstinados el asunto llega hasta el traslado a un dispensario antialcohólico para su curación.

He aquí un caso: un padre oscuro e inculto trata mal a sus hijos, los maltrata. De nuevo una invitación a la asesoría para conversar con él; el asunto pasa al Comité de Fábrica o a un tribunal social de camaradas para ejercer una acción colectiva, y, por último, si todo eso es en vano, el asunto pasa a la justicia. Y la justicia en la U.R.S.S. defiende siempre los intereses de los hijos.

La promiscuidad en las viviendas origina choques, reyertas y da lugar a toda una serie de procesos. Sucede muy a menudo que los esposos, al divorciarse, debido a la falta de una vivienda libre, se ven obligados a permanecer en la misma habitación, lo que provoca, naturalmente, conflictos y la mujer recurre a la asesoría. Ésta busca la forma de instalar a los esposos.

Sufre la mujer a causa de la educación de un niño retardado, sin resultado alguno, y entonces la asesoría social-jurídica le ayudará a colocar su niño en la institución para niños defectuosos mentales.

Muere el marido sin dejar parientes; la mujer, que acaba de llegar de la aldea, ha quedado embarazada. Representa así un «peligro social», pues en un momento de desesperación puede abandonar a su niño en el umbral de la primera puerta. Una mujer así necesita una atención especial. Se le presta una ayuda material por intermedio de las organizaciones del seguro social (Comisión de Saneamiento del Trabajo y de la Vida), la visita una camarada del patronato, y poco tiempo antes de que dé a luz la colocan en la Casa de la Maternidad.

Una parte considerable del trabajo de las asesorías corresponde a los asuntos por alimentos.

De acuerdo con las leyes soviéticas, toda persona que resulte padre de un niño debe sufragar los gastos de manutención de ese niño, teniendo la madre por su parte el derecho de exigir esos alimentos. Todavía en el período de preñez, la mujer puede presentar una declaración ante el Registro Civil, con respecto al padre del futuro niño.

El gabinete jurídico-social ayuda a la mujer en la busca del padre, corre con el asunto en los tribunales, ayuda a percibir los titulados alimentos. Es muy vario el trabajo de los Gabinetes Jurídico-Sociales de las asesorías, amplia y excepcionalmente provechoso; enseña a la mujer a usar todos los derechos que le fueron concedidos por la Revolución de Octubre.

LA NATALIDAD EN LOS PAÍSES CAPITALISTAS Y EN LA U.R.S.S.

Desde fines del siglo XIX, se comenzó a notar un fenómeno muy alarmante para la burguesía; declinaban lentamente los nacimientos, pero seguían segura e inflexiblemente bajando.

El cuadro que sigue ilustra con toda claridad nuestro aserto. Los nacimientos por cada mil personas eran:

	1861-1880	1891-1900	1904-1913	1923	1926	1929
Inglaterra	44,2	32,0	25,6	18,8	16,6	16,3
Francia	26,2	22,1	17,7	20,1	18,8	—
Alemania	35,3	36,1	31,0	21,0	19,5	17,0
Italia	37,6*	35,3	32,9	29,9	27,2	—
Serbia	44,3*	41,9	38,6	—	—	—
Rusia	48,6	47,6	45,5	42,5 (URSS)	43,5 (URSS)	—

* 1861-1870

Hace mucho ya que las clases burguesas, con el fin de no fraccionar las herencias, han limitado en sus familias el número de hijos. El proletariado, que sigue depauperándose cada vez más, también se ve forzado a reducir la natalidad. Las horribles condiciones materiales en que le colocó el capitalismo le constriñen a esto. Otro factor que fuerza a la mujer proletaria a emplear ese procedimiento es el crecimiento de la aplicación del trabajo femenino en las fábricas y talleres. Es imposible soportar la explotación capitalista en la fábrica y luego educar en las más indigentes condiciones una numerosa prole.

La brusca declinación de la natalidad provoca la alarma entre la burguesía. Se trata de que puede ir reduciéndose la cantidad de los reclutas del ejército de reserva del trabajo. Todo esto asesta golpes directos al bolsillo del capitalista, amenaza su política de anexión de nuevos mercados. Comienza un nuevo viraje de la opinión pública burguesa en el sentido de la protección de la infancia. Crece, pues, la red de las instituciones filantrópicas burguesas; establécense premios (Francia) por la mayor cantidad de hijos; en 1910-13, en vísperas de la guerra imperialista, se debatían en una serie de parlamentos leyes sobre la protección de la maternidad; se presta una atención especial a la lucha contra la mortalidad infantil, y se persiguen con gran vigor los abortos y los medios preventivos que destruyen el feto.

Son claramente evidentes las causas de una tal alarma de la burguesía, como lo demuestran las manifestaciones de dos especialistas. El socialdemócrata alemán Tugendreich, escribe:

...Hemos conocido mejor el valor de la vida humana que en los tiempos antiguos. La hemos calculado en signos monetarios. No existe una tutela mejor remunerada que la que va dirigida a la lucha contra la mortalidad infantil.

El «socialista» Hervé, dice con mayor franqueza aún:

Si nuestras mujeres parieran más soldados, Francia no hubiera sufrido de la invasión enemiga y no hubiéramos sido vencidos.

La guerra se ha llevado a la tumba decenas de millones de vidas humanas en plena flor de sus fuerzas y salud. Pero los antagonismos del capitalismo, de resultados de esa guerra, no sólo no fueron solucionados, sino al contrario, el nudo se ha enredado con mayor fuerza. La burguesía se prepara nuevamente para la guerra y necesita de nuevo carne de cañón. La lucha contra la declinación de la natalidad se viene intensificando. Y encontramos la explicación de esto en las siguientes palabras del representante del imperialismo alemán, Neumann:

La población del país es un capital inagotable y es preciso vencer por todos los medios la disminución de la natalidad, que ha comenzado a notarse. Los primeros años después de la guerra demostrarán si se logra ese objetivo. La Europa Central necesita hijos, hijos, hijos. En el sentido militar y económico, esto es la primera condición de la prosperidad. La guerra ha demostrado con un ejemplo vivo, Francia, cuán desamparado es el país cuyo crecimiento de la población cesa, debido a la excesiva cultura y corrupción. Después de que hayamos perdido en la guerra centenares de miles de hombres, es preciso que al mismo tiempo que la noticia de la conclusión de la paz, se lance un llamamiento insistente en todas las ciudades y en todas las aldeas dirigido a hombres y mujeres: «¡Procread hijos!»

Sin embargo, en estos momentos, a raíz del recrudescimiento de la crisis económica mundial, comenzaron a surgir entre las filas de la burguesía, y de su fiel lacayo el socialismo, tendencias hacia la limitación de la natalidad.

El proletariado —razonan los teóricos burgueses— se multiplica rápidamente, y en esto consiste la causa de todas las desgracias. La «buena» burguesía no puede alimentar la enorme cantidad de bocas hambrientas. Por esto, produce la menor cantidad posible de pretendientes al pan y al trabajo. Lo que la burguesía piensa, lo dicen en voz alta sus adláteres socialdemócratas. Esto lo prueba el ideólogo de la II Internacional, Otto Bauer, que exigía que los proletarios diesen menos hijos.

La burguesía ha cargado todos los fardos de la crisis sobre los

hombros del proletariado, condenándole a una degeneración lenta, y por eso más horrible; y los socialfascistas vislumbran una salida de la crisis, no en el derrocamiento del capitalismo, sino en que... los proletarios procreen menos hijos.

Simultáneamente, comienzan a desaparecer también aquellos progresos en el dominio de la protección de la maternidad y de la infancia, que existían anteriormente en la Europa Occidental. Toda una serie de instituciones infantiles (casas-cuna, casa de niños, etc.) se suprimen una tras otra; se suprimen las leyes sobre la protección de la maternidad promulgadas hace tiempo; la crisis suprime autoritariamente todas las medidas en el dominio de la protección del trabajo de la mujer y del niño.

Mientras que en todos los años de postguerra la declinación de la natalidad era rápida e inflexible en todos los países capitalistas, la Unión Soviética sigue dando como anteriormente los más altos guarismos de la natalidad en Europa.

La causa fundamental de la declinación de la natalidad es el régimen capitalista. La depauperación progresiva de la clase obrera engendrada por el capitalismo es la fuente de la disminución de la natalidad.

¿POR QUÉ ESTÁ PERMITIDO EL ABORTO EN LA U.R.S.S.?

¿Qué es lo que impulsa a la mujer al aborto? Hay distintas causas para los distintos grupos de clase.

La causa principal que obliga a la dama burguesa a recurrir al aborto es el deseo de no estropear su figura, de tener que alimentar y cuidar al niño.

El vasto desarrollo de los abortos entre las mujeres de la pequeña burguesía refleja el destino de esa clase. La pequeña burguesía que siente hundirse el terreno bajo los pies, intenta aplazar su naufragio mediante la reducción de la natalidad. Procrear menos hijos, reducir sus necesidades hasta el mínimo, y de esta manera, «ir pasando», vencer en la competencia con los gigantes del gran capital. Pero no lo logran. No se detiene la acción de las leyes económicas con abortos, y la pequeña burguesía sigue arruinándose.

El sistema capitalista es la única causa fundamental de la difusión en masa de los abortos entre las mujeres obreras. La reducción del salario de año en año, la presión colosal del paro forzoso, la racionalización capitalista, han extenuado completamente las fuerzas de la mujer obrera, ya de por sí minadas por la inanición: he ahí lo que impulsa a la mujer obrera al aborto. Dar a luz a un niño, para dejarlo luego en completo desamparo, ya que es necesario ir a trabajar a la fábrica; dar a luz a un niño sin tener la posibilidad de alimentarlo; dar a luz a un niño y experimentar junto a él todas las bellezas de la crisis capitalista. ¡No, la mujer obrera no lo consiente más! Pero el capitalismo, que impulsa a la mujer proletaria al aborto, le veda al mismo tiempo recurrir a esa operación. El capitalismo teme que, como resultado de la autorización de los abortos, la natalidad se reduzca a un tal grado que el mundo capitalista quedará sin mano de obra libre y sin soldados. Por esto, todas las fuerzas de la moral burguesa, de la iglesia y de la justicia de clase van enfiladas contra el aborto libre.

En todos los países capitalistas existen leyes contra el aborto. La ley alemana reza:

Párrafo 218. La mujer embarazada que envenena el germen o lo mata en sus entrañas, es condenada a trabajos forzados hasta cinco años. Si hay circunstancias atenuantes, la culpable sufre un encarcelamiento no menor de seis meses. Además, están sujetos al castigo todo el que emplea, consintiendo la mujer embarazada, medios para producir el aborto o para matar el germen.

Párrafo 219. Condénase a sufrir la cárcel y trabajos forzados, hasta diez años, a todo el que entrega a la mujer embarazada por una remuneración medios destinados a matar o a envenenar el germen.

No menos severa es la ley francesa de 1923:

Párrafo 11. El que produce o intenta producir, mediante alimentos, bebidas, procedimientos especiales de violencia u otro cualquiera, un aborto con el consentimiento de la mujer

embarazada, sufre la condena de multa de 500 a 10.000 francos. Se castigará con cárcel, de seis meses a dos años y multa de 100 a 2.000 francos, a la mujer que aborte o dé su consentimiento para emplear métodos con ese fin, si el aborto llega a producirse. Los médicos, los enfermeros, las parteras, los dentistas, los farmacéuticos, así como los estudiantes-médicos, estudiantes farmacéuticos, empleados de farmacia, herboristas, los que hacen vendajes y los que comercian con instrumentos quirúrgicos, que enseñen como hay que hacer, ayuden a hacer o hagan ellos mismos el aborto, serán castigados con las sanciones que establece el párrafo 1. Además, los culpables pueden ser privados de su diploma temporalmente o para siempre. Finalmente, el tribunal puede condenar a los culpables a destierro con un plazo de dos a diez años.

La ley italiana es análoga a la francesa.

¿Contra quién van dirigidas esas severas leyes? ¿Contra las damas burguesas?

No. Pues ellas tienen la posibilidad de adquirir los mejores medios preventivos, pueden consultar a los mejores especialistas, respecto a los medios que hay que emplear. En caso de embarazo, tienen a su servicio a los mejores médicos especialistas, los mejores sanatorios particulares, donde la operación del aborto se hace en un ambiente higiénico y con el menor peligro para la salud.

Las leyes caen con todo su peso sobre la mujer obrera, que no tiene noción de los medios preventivos y con harta frecuencia carece de dinero para adquirirlos.

Y tienen que hacer el aborto en un ambiente repulsivo de clandestinidad. Un médico charlatán, codicioso de ganancias, una comadrona de baja calificación, y muy a menudo sencillamente una partera, disponen del cuerpo de la mujer a su gusto. Y los resultados son sencillamente horribles.

Horadamiento de la matriz, lesión del intestino, y como resultado fiebre puerperal; un insignificante descuido en las normas de esterilización (aseo absoluto que excluye la existencia de microbios) acarrea un envenenamiento general o inflamaciones

locales de la matriz, de los ovarios o en los órganos colindantes; un raspado poco prolijo de la matriz acarrea peligrosas hemorragias. Todo eso hace de la mujer muy frecuentemente un inválido, dejando de lado ya que el aborto clandestino apareja una alta mortalidad. Según cálculos de algunos sabios, mueren a raíz del aborto titulado «criminal» hasta 300.000 mujeres. Todas esas leyes no llenan sus finalidades.

¿Disminuye acaso la cantidad de los abortos?

Las cifras hablan con más elocuencia que las palabras. En Alemania, se calcula la cantidad de abortos anuales, no por miles, sino por millones.

Mientras a fines del siglo pasado, sobre cada cien nacimientos había diez abortos, al finalizar la guerra imperialista esa cifra alcanzó primero a 40 y luego a 60, y según algunos datos, durante los últimos años el número de abortos ha superado al de los nacimientos.

En América también se calculan en millones. Allí sólo en un año se hacen dos millones y medio de abortos.

Además, en vista de la prohibición de los abortos, el cálculo exacto se refiere tan sólo a las mujeres que, después de una infeliz operación clandestina, tuvieron que ser internadas en una clínica o ser procesadas; toda la masa restante puede ser calculada solamente en forma indirecta.

Las cifras de la gran declinación de la natalidad en los países de la Europa Occidental hablan también del crecimiento incesante y colosal del número de abortos.

De modo que, en vez de una declinación, se observa un fuerte aumento de la cantidad de abortos que se hacen clandestinamente, con todas las consecuencias funestas relacionadas con esto. Tal es el balance de la política burguesa en la cuestión de los abortos.

Las leyes sobre la prohibición del aborto no alcanzan su objetivo ni en un mínimo grado. Pero, en cambio, mutilan y llevan a la tumba a decenas y centenares de millares de mujeres proletarias. El párrafo 218 y las leyes análogas están enfiladas contra la mujer de la clase obrera.

El sistema capitalista conduce a la mujer a la necesidad del aborto cuando el mismo sistema le veda hacer tal operación en

las condiciones higiénicas de las clínicas, colocando su cuerpo bajo las sucias manipulaciones de las parteras y de las comadronas.

¿Y en la U.R.S.S?

Como tiene por objeto transformar a la mujer obrera en una mujer efectivamente libre; crear condiciones en que la maternidad no sea un yugo, una maldición, sino un júbilo, hacer el acto de dar a luz más consciente, el poder soviético ha prestado siempre una gran atención a los abortos. Antes de la revolución, los abortos en Rusia se hallaban en manos de parteras analfabetas y de médicos charlatanes, como en los países capitalistas. Por consiguiente, el primer paso debía ser el de arrancar los abortos de esas sucias manos, hacerlo lo menos nocivo para la mujer. Y esto podía ser alcanzado por una sola vía: legalizar el aborto, es decir, permitir a cada mujer obrera practicar el aborto; claro está, que con ese solo medio no terminaba la lucha por la salud de la mujer. Un paso ulterior fue la creación de condiciones en las que no hubiera necesidad de aborto. Y por este camino se desarrolla la labor de la organización de la maternidad y de la infancia.

Más abajo insertaremos el texto del decreto, único en el mundo, sobre la impunidad del aborto, promulgado el 13 de noviembre de 1920 por el Comisariado de Salud Pública junto con el de Justicia.

Durante los últimos decenios crece el número de las mujeres, tanto entre nosotros como en el Occidente, que recurren a la interrupción de su embarazo.

Las legislaciones de todos los países luchan contra este mal mediante sanciones contra las mujeres que se deciden a dar tal paso, así como contra los médicos que practican el aborto.

Sin rendir resultados positivos, ese método de lucha ha llevado esa operación a la clandestinidad, convirtiendo a la mujer en víctima de gente codiciosa e ignorante que se ocupaban en realizar abortos, haciendo del secreto una profesión.

Como resultado, hay hasta un 50 por 100 de enfermeda-

des por envenenamiento de la sangre con un 4 por 100 de casos fatales.

El Gobierno Obrero y Campesino tiene en cuenta todo el mal de este fenómeno para la colectividad. Y lo combate con la consolidación de la construcción socialista y la agitación entre las masas de las mujeres obreras contra el aborto y practicando en vasta escala el principio de la protección de la maternidad y de la infancia, prevé la desaparición paulatina de ese fenómeno.

Pero mientras las supervivencias morales del pasado y las difíciles condiciones económicas del presente fuerzan aún a una parte de las mujeres a decidirse a tal operación, el Comisariado de Salud Pública y el de Justicia, velando por la salud de la mujer y por los intereses de la raza, en contra de los rapaces codiciosos e ignorantes, y considerando que el método de represiones en ese dominio no alcanza en absoluto su objetivo, resuelve:

1. Se permite practicar operaciones gratuitas de interrupción del embarazo en los hospitales soviéticos, donde está asegurada su máxima inocuidad.

2. Se prohíbe en absoluto practicar esa operación a cualquier persona que no sea el médico.

3. Los culpables de practicar esa operación —partera o comadrona— serán privados del derecho a ejercer su profesión y serán entregados al jurado popular.

4. El médico que haya practicado la operación del aborto como una práctica privada con fines de lucro, también será entregado a la justicia.

Más tarde fueron formadas comisiones especiales de aborto, con médicos y representantes de organizaciones sociales, los cuales decidían en cada caso si tal o cual ciudadano tenía o no derecho, según los indicios sociales o médicos, a practicar el aborto.

Los indicios médicos para producir el aborto no son muy amplios: estrechez, tuberculosis activa de los pulmones en el segundo y tercer grado, especialmente tuberculosis de otros órganos, como, por ejemplo, garganta; casos difíciles de cardí-

cos; algunos casos de profunda anemia, y otras enfermedades.

La cantidad de abortos por indicios médicos no es muy grande.

En 1926 se calculan del 12 al 18 por 100. La masa fundamental la constituyen los indicios sociales. En primer término, se resuelven favorablemente los permisos de aborto a las mujeres sin parientes; desocupadas y obreras; luego, obreras con numerosos hijos y mujeres de obreros; siguen las otras mujeres aseguradas y por último el resto de las ciudadanas.

A las esposas de los soldados rojos, obreras o esposas de obreros a los que corresponden veinte rublos de salario por persona y a las mujeres obreras por indicios médicos, el aborto se les hace gratuitamente. En los otros casos, la remuneración se percibe de acuerdo con su posición material. Con un salario de 20 a 25 rublos por cada miembro de familia, se cobran cinco rublos por el aborto; con un salario de 40 a 50 rublos por cada miembro de familia, 10 rublos; de 90 a 100 rublos, 25; con un salario mayor de 100 rublos, 30 rublos.

Según datos de la ciudad de Moscú, en 1924 ingresaron en los hospitales con un aborto ya comenzado, resultado de manipulaciones clandestinas, el 43 por 100, y ya en 1926 el porcentaje de la misma categoría es el 12 y continuó declinando en los años siguientes.

El objetivo fundamental de la ley sobre la legalización del aborto —lucha contra el aborto clandestino— ha sido de esta manera alcanzado.

Hemos logrado éxitos excepcionalmente grandes también en el dominio de la reducción de enfermedades y mortalidad a causa de los abortos; los abortos practicados en los hospitales han dado el 0,2 por 100 de enfermedad y ni un caso fatal. Estos son datos de Moscú, pero pueden extenderse a toda la U.R.S.S.

Es difícil calcular cuántas decenas de miles de trabajadoras fueron salvadas de la muerte y de distintas graves enfermedades, como resultado de la política del gobierno soviético en la cuestión de los abortos.

Han pasado más de diez años desde la legalización del aborto en la U.R.S.S., y ahora podemos decir, con toda franqueza, que el balance habla en favor de la U.R.S.S.

La legalización de los abortos en la Unión Soviética no excluye, sino que presupone una lucha sistemática y metódica contra los abortos.

Las organizaciones de protección a la maternidad y a la infancia realizan un trabajo sanitario y cultural sobre el daño del aborto, sobre sus consecuencias mediatas e inmediatas para el organismo de la mujer.

Las asesorías femeninas sostienen una gran lucha contra el aborto. Las mujeres pasan del hospital, donde se practica el aborto, a la asesoría, donde se toman medidas contra la repetición del aborto.

La labor de las organizaciones de protección de la maternidad y de la infancia, en el sentido de prestar ayuda social y jurídica a la mujer embarazada, tiene una enorme importancia, puesto que va a las mismas raíces de los abortos.

La solución del problema del aborto en la U.R.S.S. no se reduce en manera alguna a la lucha contra las mujeres que recurren a ese medio, sino que va dirigida a la creación de condiciones en que la mujer no deba recurrir al aborto.

En la cadena de las disposiciones contra el aborto tiene no poca importancia el empleo de medios preventivos.

En la U.R.S.S., tiene una amplia aplicación el empleo de medios preventivos anticonceptivos en la lucha contra el aborto, sobre una base científica.

El empleo de esos medios dista mucho de ser indiferente para el organismo de la mujer.

Algunos de ellos, como la aplicación del yodo, representan muy a menudo un peligro inmediato para la vida.

Finalmente, hasta los medios más inocuos, al ser empleados en forma constante y prolongada, pueden resultar nocivos.

Por otra parte, la mayoría de los medios que se emplean hoy día no son muy seguros, ni previenen en todos los casos contra el embarazo.

Por lo tanto, el problema de esos medios preventivos ha reclamado un profundo estudio científico.

En 1925 fue organizada, anexa a la sección de protección de la maternidad y de la infancia del Comisariado de Salud Pública, una comisión especial compuesta de eminentes representantes

de la ciencia.

La comisión ha realizado un enorme trabajo para examinar todos los medios existentes o propuestos. Una parte de ellos ha sido terminantemente rechazada, otra parte es recomendada.

En una clínica especial se han establecido observaciones, para ver la efectividad e inocuidad para el organismo de la mujer, de tal o cual medio preventivo.

Desde 1925 se han comenzado a dar en las asesorías para mujeres consejos con respecto a la aplicación de los medios anticonceptivos.

La ampliación del trabajo ha conducido a que se destaquen días profilácticos especiales, y más tarde gabinetes profilácticos especiales. Actualmente, existen en todas las asesorías femeninas.

En 1930, de todas las mujeres que se dirigieron a la asesoría, el 12 por 100 de ellas fue por consejos para la prevención del embarazo. Esa cifra no es pequeña, si tenemos en cuenta que el trabajo organizado en el sentido de recomendar contraconceptivos comenzó solamente en 1925.

El médico plantea cada caso, a cada mujer, en forma individual.

La constitución de la zona sexual femenina, enfermedades anteriores y otras modalidades del organismo femenino, requieren una individualización rigurosa para recomendarles tal o cual medio anticonceptivo.

Las condiciones materiales y el ambiente doméstico exigen también del médico un enfoque individual y le obligan muy a menudo a sustituir un medio por otro.

En la asesoría femenina el médico no sólo recomienda medios anticonceptivos, sino que enseña a la mujer a aplicarlos debidamente, pues a veces es bastante complejo.

Pero después de enseñar la técnica de la aplicación de tal o cual medio, la asesoría no la olvida. De vez en cuando, por intermedio del correo o de una compañera del Patronato, se invita a la mujer a concurrir al examen para ver si se aplica correctamente el medio anticonceptivo recomendado, si hace el efecto necesario, si no provoca síntomas dolorosos.

La propaganda de los medios anticonceptivos se realiza tam-

bién por medio de publicaciones especiales. Esta penetra cada vez más ampliamente en el campo, limitando la aplicación de medios caseros, lo que es esencial, reduciendo la cantidad de abortos clandestinos.

Las investigaciones en el dominio de los medios anticonceptivos distan mucho de ser terminadas, y continúan en las instituciones científicas.

Los resultados positivos del empleo de los medios anticonceptivos, en el sentido de la reducción de la cantidad de abortos, no son de esperar, por supuesto, en el acto, sino en el transcurso de una serie de años y con su extensión entre las mujeres trabajadoras de la ciudad y del campo.

LA MUJER OBRERA EMBARAZADA ESTÁ RODEADA DE LAS PREOCUPACIONES DE LA SOCIEDAD

La incorporación de muchachas adolescentes a la producción en los países capitalistas apareja muy a menudo la mutilación del organismo no robustecido aún. El estrechamiento de las caderas y el encorvamiento de la espina dorsal, la posición irregular de la matriz y los procesos inflamatorios de los órganos genitales, la irregularidad de las menstruaciones, son resultado del trabajo prematuro y violento.

Según datos del doctor Burhat (Alemania), si se toman las enfermedades de los niños de catorce a dieciocho años, por 100, las enfermedades de las niñas de la misma edad son de 174.

El trabajo demasiado prematuro y no protegido de la mujer conduce a una vitalidad reducida de sus hijos. Así, por ejemplo, el profesor Willbrand señala que la mortalidad de los hijos cuyas madres han comenzado a trabajar desde muy jóvenes en la fábrica capitalista, alcanza al 31 por 100, y la mortalidad de los hijos de las mujeres que comenzaron a trabajar tarde en las fábricas es tan sólo el 14 por 100.

Todos los daños profesionales —permanecer por largo tiempo en pie, levantar grandes pesos y, principalmente, la manipulación de productos venenosos— aumentan notablemente el porcentaje de los abortos y de los nacimientos muertos.

Pero tampoco los niños que nacen están libres de la influen-

cia de las condiciones en que transcurrió el embarazo de sus madres. Ilustraremos este nuestro aserto con un hecho insignificante, pero que no carece de elocuencia.

El profesor Pinard hace mucho ha establecido la siguiente relación entre el peso del recién nacido y el trabajo de la madre embarazada:

El niño de una mujer que trabaja hasta el último día de su embarazo tiene un peso promedio de 3.010 gramos.

El niño de la mujer que descansa diez días antes del parto, pesa 3.290 gramos.

El niño de la mujer que descansa un tiempo más largo, pesa 3.306 gramos.

Todas esas conclusiones de la ciencia son conocidas ya desde hace decenas de años. Pero los capitalistas se interesan tan sólo por la mano de obra barata de la mujer y no por la protección de la salud de la mujer obrera. El ejército de los millones de desocupados puede suministrar en cualquier momento un sustituto de la obrera enferma o muerta. De ahí la menguada legislación sobre la protección del trabajo de la mujer y de la maternidad que existe actualmente en occidente. La licencia antes y después del parto, con el salario completo, no está prevista por la ley, y, por consiguiente, la mujer embarazada debe trabajar hasta el último día. En Alemania, la ley establece tan sólo un subsidio para el parto. Para obtenerlo es necesario estar registrado en la caja no menos de diez meses antes del parto, durante los dos últimos años; durante el último año, no menos de seis meses. Durante diez semanas se da un subsidio a la mujer, y durante doce semanas, un subsidio para amamantar; pero en el mejor de los casos, todas las especies de subsidios no pueden ser superiores a las tres cuartas partes del salario básico (Ley de 1922). Luego (especialmente en 1929), las proposiciones del subsidio fueron algo elevadas; pero en 1932, no sólo fueron disminuidas, sino que fue reducido también el número de las mujeres con derecho a percibir el subsidio y la ayuda de la Caja de Previsión Social. En general, fueron excluidos prácticamente todos los desocupados. El empresario, el patrono en general, no tiene ninguna obligación con respecto a la mujer embarazada y parturienta. Ni que hablar de que se conserve el puesto de trabajo en

la fábrica para la mujer que se ausente a dar a luz. Si el patrono conserva el puesto es tan sólo por su propia voluntad y no por obligación. La ley burguesa reza que el hecho de dar a luz es un asunto privado de los ciudadanos, y el Estado no se inmiscuye en esto para nada.

Pero en Inglaterra, por ejemplo, una maestra no tiene derecho a contraer matrimonio ni a tener hijos. El matrimonio, especialmente el embarazo, son causas legales para el despido. Y claro es que es en vano hablar aquí de licencia antes y después del embarazo.

En la U.R.S.S., las trabajadoras intelectuales gozan de una licencia de cuarenta y dos días antes y después del parto; las trabajadoras manuales, de una licencia de cincuenta y seis días. Los ingenieros técnicos y agrónomos femeninos (aparte de los que trabajan en las oficinas), una serie de especialidades del grupo médico (médicas de distrito, etcétera), cajeras y vendedoras en la tiendas, telefonistas y telegrafistas, mecanógrafas y taquígrafas están equiparadas a este último grupo.

Esta ley se extiende no sólo a las que están ocupadas en las fábricas y en las instituciones del Estado, sino también a las que están ocupadas en el comercio del Estado, en las cooperativas y en el comercio privado, en las cooperativas industriales, en los trabajos de construcción, a las que trabajan en el servicio doméstico —niñeras, cocineras, etcétera—, a las que trabajan en las sovjoses y particularmente en la agricultura; en general, en todas las formas de trabajo. Actualmente se está tratando de extender esa ley también a los miembros de los koljoses.

Las organizaciones de seguro social abonan durante las licencias un subsidio igual *al salario completo de las obreras de las ramas fundamentales*, y las tres cuartas partes y las dos terceras del salario a las otras categorías.

Es preciso observar que todas las sumas por el seguro social se forman exclusivamente con las cuotas de los patronos y no de los obreros.

Por último, la mujer embarazada no sólo debe aprovechar la licencia durante su embarazo, sino que está obligada a hacerlo, pues en caso de haber en la fábrica mujeres después del séptimo mes de embarazo, el patrono paga una multa. La inspección del

trabajo, el sector social de los Comités de fábrica y toda la colectividad obrera vigilan la observancia de esas leyes.

Las que se hayan ausentado con licencia, conservarán su puesto de trabajo, según el decreto.

El período de lactancia del niño, que tiene para él una importancia trascendental, origina nuevas preocupaciones en la madre.

Además de los intervalos generales en el trabajo, la mujer que amamanta tiene derecho a un descanso de media hora cada tres y media de trabajo.

Si en la empresa hay una gran cantidad de mujeres y las casas-cuna se encuentran lejos de la fábrica, se designan habitaciones especiales para las mujeres que deben amamantar a sus hijos.

El nacimiento del niño representa una carga bastante pesada para el presupuesto de una familia obrera. Por esto el gobierno soviético se encarga de una buena parte de esos gastos.

Además del subsidio por todo el tiempo de la licencia, antes y después del parto, cada mujer obrera goza de un subsidio que se le entrega *por una sola vez con motivo del parto, para el cuidado del niño, y otro subsidio para alimentarle.*

¿Quién goza del derecho a obtener esos subsidios?

Todas las obreras y empleadas aseguradas de la industria, del comercio, de las cooperativas, del transporte, de las sovjoses, las que trabajan a jornal en economías privadas, si en los últimos dos años han trabajado no menos de doce meses o si tienen una antigüedad en el trabajo que da derecho al subsidio; todas las esposas de los obreros asegurados (teniendo sus esposos las mismas condiciones de antigüedad en el trabajo), las jubiladas y las esposas de los jubilados, las pensionadas y las esposas de los pensionados.

El subsidio se entrega según tarifas fijas, diferenciales según las regiones de la Unión Soviética.

Con el fin de alentar el trabajo de emulación («udarniki») y consolidar en la industria cuadros fijos, a las mujeres de las brigadas de choque y a las que hayan trabajado dos o tres años en una misma empresa, se les da un subsidio mayor que a las otras.

Durante los últimos tiempos, con el objeto de que las sumas

que se entregan a las madres vayan únicamente para las necesidades del niño, el subsidio se entrega en productos. En vez de dinero, se entregan diversos artículos: pañales, una camisita, sábanas, una manta, una bañadera, etcétera.

Con el objeto de elevar la alimentación de la madre en el período en que cría y mejorar con ello la alimentación del niño, el Estado entrega durante los primeros amamantamientos un determinado subsidio. Tienen ese subsidio todas aquellas personas que reciben un subsidio para el parto. Esta categoría del subsidio también se entrega actualmente en forma natural; en lugar de dinero se entregan de las cocinas lácteas alimentos suplementarios.

El poder soviético se ha planteado la tarea de librar a la mujer del trabajo pesado y violento, de eliminar el daño profesional, de crear condiciones higiénicas, no sólo en la vida social, sino también en la producción.

Todo esto es posible tan sólo en el país del socialismo en construcción. En el país de la emancipación de la mujer, en la U.R.S.S.

De acuerdo con el Código del trabajo, se prohíbe en la U.R.S.S. el trabajo nocturno a las mujeres menores de diez y ocho años.

En toda una serie de ramas de la industria, reconocidas como nocivas y pesadas, según una lista especial de Comisariado de Trabajo (entre ellas los trabajos de las minas), se prohíbe, en general, el trabajo de la mujer.

Los órganos de protección de la maternidad y de la infancia, como toda la protección soviética de la salud, están dando estos últimos años un viraje decisivo frente a la producción.

Los médicos de la Sección de protección de la maternidad y de la infancia, junto con los de los centros sanitarios, van a las fábricas y estudian atentamente su influencia sobre el organismo femenino y especialmente sobre el organismo de la mujer embarazada. Indican a la administración de la fábrica la necesidad y los medios de eliminar el daño profesional.

Para librar a la mujer de levantar cargas demasiado pesadas, se buscan medios de máxima mecanización de todos los procesos en el trabajo, y para librarla del polvo y de las emanaciones

venenosas, se mejora por todos los medios la ventilación y se practica la hermetización.

Junto con las células sanitarias obreras, se lleva a cabo un gran trabajo en el sentido de saneamiento de los talleres, de la introducción del mínimo sanitario en los mismos: dar más luz, más aire, agua limpia para beber, inculcar a los obreros costumbres y usos culturales, etc.

En casos especiales, siguiendo indicaciones de los médicos, se buscan medios de trasladar a las obreras embarazadas a un trabajo más fácil.

¿CÓMO ESTÁ PLANTEADO EN LA RUSIA SOVIÉTICA EL ASUNTO DE LA AYUDA EN EL PARTO?

Desde el principio del embarazo, la obrera que visita la asesora es sometida a un estudio prolijo. Se tienen en cuenta todas las particularidades patológicas durante los embarazos y partos anteriores, pues pueden influir en el embarazo actual.

Todas las modificaciones en las caderas, los fenómenos inflamatorios, las inflamaciones en el cuerpo y en la zona genital de la mujer, se examinan atentamente. Pero una importancia extraordinaria, tanto para la marcha del embarazo como para el parto y para la vitalidad del futuro niño, tiene el estado de todos los demás órganos de la mujer embarazada.

Los cardíacos exigen un cuidado especial, curación, y a veces traslado a otro trabajo; otras veces es necesario internar a una mujer con esta enfermedad en una clínica, en una sala especial de embarazadas, para observarla o para atender un parto prematuro.

Toda clase de exámenes (reiterados análisis de la orina, examen de la presión sanguínea y pesaje) permiten diagnosticar los calambres (convulsiones de una clase especial), la complejidad extraordinariamente seria del embarazo, que muy a menudo termina con la muerte de la mujer y del feto.

La tuberculosis y la sífilis requieren una lucha especial.

La alta mortalidad de los enfermos de tuberculosis activa, el advenimiento frecuente (hasta el 30 %) del parto prematuro entre las mujeres tuberculosas, son una grave amenaza a esas

enfermas embarazadas.

En los casos semejantes recurren a una curación sumamente enérgica, son internadas en un sanatorio y con frecuencia (en los primeros meses del embarazo) se les practica el aborto.

El niño nacido sano de una mujer tuberculosa corre el peligro de contagiarse desde los primeros días. Por esto, en algunos casos emplean el método Granche: se le aísla por un largo tiempo de la madre.

Pero en vista de que en la mayoría de los casos es imposible un aislamiento de esta índole, todos los esfuerzos de los órganos de Salud Pública van dirigidos a crear un ambiente higiénico en la familia, de modo que el peligro de contagio para el niño disminuya considerablemente. En una serie de grandes ciudades (Moscú, Leningrado, Jarkov y algunas otras) se practica una inyección especial de tuberculosis a los niños nacidos de madres tuberculosas. Las observaciones han demostrado que esa inyección, junto con la mejora de las condiciones sociales, rinde excelentes resultados: los niños no enferman de tuberculosis. Sin embargo, son aún muy insuficientes estas observaciones para permitir practicar esa inyección a todos los niños.

Gracias a una prolija investigación, se logra revelar también la sífilis que no tenía síntomas manifiestos. Mediante una curación enérgica, se puede salvar el feto de la muerte. El consultorio de niños, ya avisado de esto, toma al recién nacido en un registro especial.

¿Cómo estaba planteado el asunto de la ayuda al parto en la Rusia zarista?

La mayor parte de los trabajadores de las ciudades, y no digamos en los campos, se veía obligada a dar a luz en sus casas, utilizando los servicios de las comadronas o sencillamente de las vecinas, y, como resultado, se originaba una enorme mortalidad a causa de los partos y de las enfermedades subsiguientes, una enorme cantidad de toda clase de enfermedades de los órganos genitales, que mutilan para siempre a la mujer obrera.

Si en Rusia zarista la cantidad de camas para parturientas, en el período de 1904 hasta 1914, aumentó de 3.900 a 7.500, es decir, un aumento total de 3.600 camas, en la Unión Soviética y sólo en la Rusia central (sin contar Ucrania, la Rusia Blanca y

otras Repúblicas), ya había, en 1924, 11.500 (en las ciudades, 7.700); en 1926, 14.500 (en las ciudades, 8.600); en 1929 había en toda la Unión Soviética 20.700 camas para parturientas. En 1929 fueron prestados servicios para parturientas a domicilio a 265.000 mujeres; en los hospitales y en las maternidades, 796.000 mujeres.

En 1932, en las regiones industriales deben ser prestados servicios de esta índole al 100 por 100 de las mujeres obreras que los necesiten. Todos esos servicios durante los partos son completamente gratuitos.

¿Cómo daba a luz antiguamente la campesina rusa?

Máximo Gorki tiene un hermoso relato que se titula *El nacimiento de un hombre*.

Cuenta nuestro escritor que, durante una de sus deambulaciones por el Cáucaso del norte, en la costa del Mar Negro, tuvo ocasión de encontrarse con un grupo de campesinos empobrecidos, extenuados, que vagaban desde la Rusia Central en busca de trabajo. Y entre ellos, una mujer embarazada en vísperas de dar a luz.

He aquí lo que dice Gorki:

Sentí un quejido apenas perceptible entre los arbustos, un quejido humano, que siempre sacude fraternalmente el alma.

Al separar los arbustos, apoyada en el tronco de un nogal, vi sentada a una mujer, con la cabeza, cubierta por un pañuelo amarillo, inclinada sobre el hombro, la boca enorme y deformemente distendida, los ojos desorbitados. Con las manos sostenía su enorme vientre y respiraba tan extraña y horriblemente, que el vientre le bailoteaba convulsivamente. La mujer se lo sostenía con ambas manos y gruñía sordamente mostrando sus dientes amarillos de lobo.

—¿Qué, te han pegado? —le pregunté, inclinándome sobre ella.

Encogió como una mosca sus pies desnudos y, moviendo la pesada cabeza, gruñó:

—¡Vete, atrevido, vete!

Comprendí de lo que se trataba; ya lo había visto más de una vez.

En medio de mi excitación recordé lo que sabía de esto, la acosté de espaldas y le doblé las piernas.

—Quédate acostada, pronto darás a luz.

Corrí al mar, me subí las mangas de la camisa, me lavé las manos y volví al lado de la mujer a oficiar de partero.

La mujer temblaba como una rama en el fuego, golpeaba a su alrededor el suelo y arrancaba puñados de hierba que se esforzaba por meterse en la boca. Yo debía contener las convulsiones de sus pies, ayudar al niño y tratar de que no se llenara de hierbas la boca, torcida y rugiente de dolor.

Gruñimos un poco los dos: ella entre dientes, yo también en voz baja; ella, de dolor y seguramente de vergüenza; yo, de turbación y de una torturada compasión.

Con sus manos débiles y retorcidas, me apartaba; yo trataba de persuadirla:

—Vaya, tonta, no te apures...

Y he aquí un hombre en mis manos.

Le miré y me reí.

—¡Tanto gusto en verte!

Y se me olvidó lo que había que hacer.

—Corta... —susurra la madre con los ojos cerrados, el rostro adelgazado, terroso, como el de un muerto, y los labios azules, que se mueven imperceptiblemente:

—Con el cuchillo..., córtalo...

El cuchillo me lo habían robado en la barraca y mordí el ombligo.

La mano, oscurecida, tantea su ropa, buscando el bolsillo y sus labios ensangrentados susurran:

—N... n... n... fuerza... n... n... n..., una cinta en el bolsillo... atar el ombligo...

Encontré la cinta, até, ella sonrió...

Después de arreglarse y descansar un poco, la campesina se levantó, y, con el niño en brazos, se fue a alcanzar a los campesinos, que ya estaban lejos.

Este pasado salvaje y penoso, ese ayer, entra cada vez más en el dominio de las leyendas.

En 1913, la ayuda a las campesinas parturientas se prestaba

tan sólo en un 3%; en 1928, un 16%; en 1931, en los koljoses, en un 30%, y en los sovjoses, en un 40%.

Esas cifras hablan, de una parte, del crecimiento colosal de la ayuda a la maternidad en el campo, y por otra, demuestran que el aumento de la red es aún insuficiente y lo mucho que hay que hacer aún en este dominio.

Tanto el sistema de protección de la salud como los órganos de protección de la maternidad y de la infancia, prestan especial atención a la obra de ayuda a la maternidad en el campo.

Se está desarrollando toda una red de salas de maternidad y se designan camas para las parturientas en los hospitales regionales. Se están preparando nuevos cuadros de parteras para el campo. Se están formando centros de obstetricia.

LOS CONSULTORIOS SON UN AUXILIAR SEGURO EN FAVOR DE UNA MADRE SANA, DE UNA GENERACIÓN SANA

La protección de la salud en la Unión Soviética presta una atención especial a la profilaxis, es decir, al sistema de medidas protectoras del trabajador contra posibles enfermedades. Este principio se ha manifestado singularmente en el dominio de la protección de la maternidad y de la infancia.

La organización de la protección de la maternidad y de la infancia tiene por objeto enseñar a la mujer la higiene de la vida sexual y luego la del embarazo; ayudarle en la lucha contra los abortos, elevar el nivel general sanitario y cultural. Ayudar a la obrera inexperta, caída en desgracia, consejos materiales y jurídicos; estudiar la influencia que ejerce la fábrica en el organismo de la mujer; sanear todo lo posible la fábrica; mitigar, y donde es posible, eliminar, las enfermedades profesionales, y con ello liquidar la causa de una considerable parte de enfermedades. Tales son las tareas que tiene asignadas el sistema de protección de la maternidad y de la infancia.

Todavía antes de nacer el niño hay que enseñar a la madre el cuidado del mismo, fundado en las enseñanzas de la ciencia; crear en la familia un ambiente sano para el niño y colocarlo bajo la observación sistemática de los médicos.

Todas esas tareas, sumamente serias, se encargan en la U.R.S.S. a la red ampliamente ramificada de los consultorios femeninos e infantiles.

Los consultorios son en la U.R.S.S. creación del poder soviético, en todo el sentido de la palabra. La mortalidad infantil en la Rusia zarista, en comparación con otros países europeos, ocupaba el puesto más alto. Mientras en Europa la mortalidad infantil seguía disminuyendo, aunque en forma lenta, Rusia no manifestaba esa tendencia de declinación.

El gobierno zarista no se inquietaba con preocupaciones sobre la protección de la madre y de la infancia. Esto era misión de la filantropía burguesa y de la iniciativa privada de los médicos.

El primer consultorio, que fue durante mucho tiempo el único, fue inaugurado en 1904 en la ciudad de Kiev, gracias a las gestiones del profesor Muratov.

En 1903 se organizó en la ciudad de Moscú una sociedad de médicos para luchar contra la mortalidad infantil. En 1911, esta sociedad pudo organizar varios consultorios. Más tarde fueron inaugurados en las ciudades principales unas instituciones más. En general, antes de la Revolución de Octubre había en todo el vasto país unos 30 o 40 consultorios que prestaban servicios a un porcentaje completamente nulo de mujeres y de niños.

Ésta es la herencia que le ha cabido en suerte a la Revolución de Octubre.

Al mismo tiempo, el poder soviético recibió una enorme cantidad de huérfanos, de niños y madres desamparados como resultado de la guerra, de la corriente de fugitivos, del colapso económico y de la miseria.

Había que arrojar todas las fuerzas para la más rápida liquidación de esa funesta herencia, y, en los primeros tiempos (1917-1922), crecía en forma inusitada la red de casas de niños de dos a cuatro años y de casas de madres y niños.

Luego se produjo un viraje en el sentido del aumento de la red de instituciones del tipo consultorio.

Y los consultorios mismos sufren modificaciones pasando de consultorios para embarazadas en su calidad de agregados a la maternidad, a consultorios para mujeres con sus métodos de dispensarios, penetrando en la fábrica, con un amplio trabajo en

todas las cuestiones relacionadas con la vida sexual de la mujer.

Desde 1923-1924, los consultorios, que eran antes instituciones de tipo exclusivamente urbano, comienzan a extenderse al campo cada vez con mayor amplitud, y viene a ser el núcleo en cuyo torno se concentra todo el trabajo concerniente a la protección de la maternidad y de la infancia.

¿Qué representan los consultorios para la mujer en la actualidad?

En la consulta, el médico no se limita a breves respuestas a las preguntas que se le hacen, sino que conversa con ella ampliamente sobre la higiene del matrimonio, sobre las enfermedades venéreas, sobre el perjuicio de los abortos.

El trabajo cultural se realiza también por medio de la escuela de madres, que se organiza en el mismo consultorio y por medio de conversaciones con las obreras delegadas.

Un trabajo singularmente importante realizan los consultorios respecto a las observaciones durante el proceso del embarazo.

Los médicos de los consultorios tienen el encargo de conceder la licencia durante el embarazo, es decir, todas las mujeres, absolutamente, tienen que asistir, aunque sea por una sola vez, al consultorio. Pero la labor de nuestros consultorios se ha arraigado tanto, que el 70 al 90 % de todas las mujeres obreras embarazadas asisten en la ciudad a los consultorios varias veces. No satisfacen en absoluto las tres o cuatro visitas que hacen las embarazadas, y por eso se realiza un trabajo insistente para que esas visitas sean más frecuentes y con mayor anticipación.

En su primera visita al consultorio, la mujer recibe una serie de consejos respecto al alimento, a la higiene del organismo, a la higiene del cuerpo, a la conducta sexual durante el embarazo, la manera más racional de vestirse, etc.

El examen médico de la mujer, sólo desde el punto de vista de su embarazo, hace mucho que está desterrado de nuestros consultorios. Todo el organismo de la mujer se somete a un prolijo examen; se examina, se modifica el ambiente social y productivo de la mujer embarazada en la medida de lo posible.

La mujer embarazada es enviada en caso de necesidad a un hospital o a un especialista.

Se le toma el peso regularmente; se hace el análisis de su orina; se determina su presión sanguínea; se examina la sangre por medio de la reacción de Wasserman para determinar la existencia o no de la sífilis.

Las mujeres embarazadas con dientes cariados son puestas en cura, pues se ha comprobado en forma categórica el hecho de que muchas enfermedades, y entre ellas las de postparto, dependen de las enfermedades de la boca.

Se seleccionan con anticipación las mujeres que pueden dar partos anormales y son internadas en salas especiales.

Los consultorios no aguardan a que la mujer llegue a ellos. La enfermera del Patronato la visita a domicilio.

Esta camarada realiza un trabajo cultural, esforzándose por modificar el ambiente social de la embarazada. El trabajo del Patronato data de algunos años, pero ya cuenta actualmente con enormes progresos.

Desde el principio del embarazo, la mujer va preparándose en el consultorio para el cumplimiento de su futuro papel de madre. Las conversaciones con los médicos, el trabajo de las enfermeras del Patronato, escuelas especiales para las madres, volantes, folletos, carteles, rincones y exposiciones especiales tienen por mira ese objetivo.

Un cuidado higiénico del niño de pecho y un amamantamiento regular desempeñan un enorme papel en la lucha contra la mortalidad infantil.

Entretanto, aún se puede encontrar entre nosotros con frecuencia, especialmente en las aldeas y singularmente en los puntos remotos de la Unión Soviética, el antiguo temor al aire libre, a bañar la criatura; se la envuelve en pañales sucios, etc.; alimentan al niño con cualquier cosa, en cualquier tiempo, le introducen en la boca el chupete. Aún no se ha librado por completo nuestra obrera, y especialmente la campesina, de una serie de bárbaros prejuicios.

El consultorio, al trasladar a la mujer a la Maternidad, no rompe las relaciones con ella.

La enfermera del Patronato visita a la parturienta que haya dado a luz en casa o que acaba de llegar a la casa de Maternidad. Luego, la mujer comienza a concurrir al consultorio, donde vigi-

lan el desarrollo normal de curación de sus órganos genitales, previniendo una serie de enfermedades de postparto.

Otro cuidado del consultorio es el del niño.

Del mismo modo que los de la mujer, los consultorios de niños en la Rusia zarista se contaban por docenas y estaban condenados a una vida vegetativa, bajo el patrocinio de las sociedades filantrópicas burguesas. El primer consultorio de niños con cocina láctea anexa fue inaugurado en 1910 por la sociedad «Gota de Leche», organizada por una sociedad de médicos.

Esa misma sociedad pudo, en el transcurso de dos decenas de años, antes de la Revolución, abrir unas cuantas decenas de esos mismos consultorios, quedando realmente como una gota en el mar de miseria, ignorancia y mortalidad infantil.

La Revolución de Octubre, que halló también en este dominio casi un completo erial, ha construido una amplia red de instituciones que abarcan en las ciudades del 70 al 100 por 100 de los niños de pecho.

Es necesario recordar que tanto la asistencia a los consultorios de mujeres como de los niños es absolutamente gratuita.

Si algún consultorio no está en condiciones de abarcar a todas las mujeres y niños de su barrio, entonces, en primer término, se presta ayuda a las mujeres trabajadoras de las industrias directrices, luego a las mujeres obreras de las otras ramas, y, por último, a las empleadas.

En la Maternidad se confecciona una tarjeta del niño recién nacido y se transmite al barrio en que vive la madre. Si al cabo de una semana la madre no concurre con su niño al consultorio, una enfermera del Patronato la visita a domicilio y la aconseja que visite el consultorio de niños.

¿Qué representan esas instituciones?

El Consultorio de Niños tiene por objeto crear un ambiente sano normal para el niño y lograr una enérgica reducción de la mortalidad infantil. El Consultorio de Niños es una escuela para las mujeres trabajadoras para el amamantamiento correcto del niño, un cuidado regular y una educación acertada del mismo; es una escuela para la elevación del nivel cultural de la misma madre y de toda la familia.

Al llegar al consultorio, la madre se somete a una transfor-

mación cultural intensa.

En el Consultorio hay una exposición donde la madre ve modelos de vestuario racional para los niños, modelos de juguetes que se pueden dar a los niños y otros que no deben dársele; hay camitas que demuestran cómo debe ser arreglada la cama para el niño, en la que éste pasa la mayor parte de su tiempo. Desde las paredes nos miran carteles, cuadros, diagramas que explican toda la importancia de la alimentación del niño y su método.

La enfermera de guardia, después de pesar al niño y examinar a la madre para ver si no tiene alguna erupción sospechosa, le enseña la manera de envolverle en pañales correctamente, cómo hay que tenerlo en brazos, etc.

Durante la consulta del médico, éste imparte a la madre instrucciones detalladas con respecto al amamantamiento, a la alimentación, cuándo hay que comenzar la alimentación suplementaria y qué clase de alimentos se le pueden dar, cómo hay que bañarle, vigilarle, etc.

En el transcurso de todas las visitas, el médico vigila atentamente toda la marcha del desarrollo del niño: su peso, el estado estomacal intestinal y de otros órganos, su desarrollo mental, etc.

Una atención especial se presta a las enfermedades sociales. Los niños tuberculosos se van observando conjuntamente con el dispensario para tuberculosos; se ponen todos los empeños para el saneamiento de las condiciones sociales y de vivienda y se presta ayuda material.

Se someten a una curación enérgica las mujeres sifilíticas.

Todo el trabajo que atañe a la alimentación regular se lleva a cabo sobre la base de la lucha contra el raquitismo.

Como norma, los consultorios prestan servicios únicamente a los niños sanos, enviando a los enfermos a las clínicas y hospitales. Pero las madres se acostumbran tanto a los consultorios que, en caso de enfermarse su niño, recurren a «su» médico. Y es necesario a veces atender a los niños enfermos, pero cuidando de aislar a los niños enfermos de los sanos para evitar el contagio de la infección.

Grupos de enfermeras del Patronato se consagran a las obreras que visitan raramente los consultorios, a las menos cultas,

etc. Esas enfermeras, durante sus visitas, no sólo realizan un trabajo cultural, sino que también enseñan prácticamente a las madres la forma de cuidar al niño. Vigilan para que las madres cumplan todas las prescripciones del médico, y, por último, contribuyen a la modificación de las condiciones sociales de toda la familia, ya por medio de la persuasión, de la enseñanza o bien mediante los gabinetes jurídicos sociales.

Anexo a los consultorios de niños existen cocinas lácteas, que proveen a los niños de pecho de alimentación suplementaria con distintas mezclas que prescribe el médico como medio curativo.

Actualmente, a causa del enorme crecimiento del empleo del trabajo femenino, el papel de esas cocinas lácteas cambia. De apéndice de hospital o de botica agregada al consultorio, se transforman en centros de alimentación infantil. Cada uno de esos centros irá abasteciendo a centenares y miles de niños, no sólo de pecho, y la comida no será tan sólo láctea, sino de varias clases, especialmente a base de vitaminas, etc.

Al establecer que el subsidio para la alimentación se entrega en especies, se fija también una paga diferencial, de acuerdo con el salario, para alimentación.

Con un salario de quince rublos para cada miembro de familia, la alimentación suplementaria se entrega gratis; con un salario de 20 a 30 rublos, se abona el 50 por 100 del costo de la ración; con un salario de 30 a 40 rublos, el costo total; con un salario de 50 a 60 rublos, se cobra dos kopeks más del precio de costo por cada frasquito, etc.

Una parte considerable de los consultorios de niños prestan servicios solamente a los niños de pecho, a los de un año de edad.

Una tarea esencial se plantea para abarcar por completo también a los niños mayores de tres y cuatro años de edad. Muchos consultorios han organizado plazas de verano anexas a los mismos, donde los niños pasan una gran parte de su día, aprovechando en gran escala el sol, el aire y el agua (duchas). Esas plazas se construyen sobre la base de la «actividad» propia de la población, tanto en el sentido de una cuota mínima como en el sentido de designación de madres para hacer guardia en esas plazas.

En conexión con la reconstrucción socialista del campo, la organización de la protección de la maternidad y de la infancia en la aldea se apoya en una base nueva. En vez de la anterior aldea dispersa, los órganos de la protección de la maternidad y de la infancia obtienen ahora puntos de apoyo para el desarrollo de su actividad en los sovjoses y koljoses.

Si anteriormente los médicos de zona designaban algunas horas o un día especial titulado «profiláctico», para atender a las mujeres embarazadas y a los niños recién nacidos, para darles consejos sobre higiene, ahora se organizan en los grandes koljoses y sovjoses verdaderos consultorios. y en los de menor importancia, consultorios «primitivos», que trabajan dos o tres días por semana.

Con el débil desarrollo de la ayuda a las parturientas en el campo, son especialmente grandes las tareas de los consultorios rurales en lo que concierne a la investigación y a la selección del embarazo que transcurre anormalmente. La falta de cultura y la ignorancia, los bárbaros prejuicios, costumbres y supersticiones en lo que atañe a la educación de los niños fuerzan a los consultorios rurales a prestar una atención especial al trabajo cultural y de esclarecimiento. Sus tareas son: enseñar a la campesina la higiene del embarazo, enseñarles todo el daño que hacen las parteras y la necesidad de que el parto sea asistido por una comadrona o en el hospital, destruir todos los prejuicios y enseñar cómo hay que alimentar y cuidar en forma regular al niño. Durante los últimos años penetra cada vez más en la práctica de los consultorios rurales el trabajo en lo que concierne a los medios anticonceptivos.

El consultorio en el campo no sólo presta servicios a la aldea en que se encuentra instalado, sino que también designa grupos que recorren las aldeas cercanas, establecen un vínculo estrecho con los centros obstétricos que trabajan en los distintos puntos de la región. Los métodos de dispensario de trabajo comienzan a emplearse también en el campo. Los servicios de dispensarios abarcan los principales grupos de las mujeres trabajadoras en los sovjoses y koljoses. Desarróllase el trabajo de las enfermeras del Patronato que atienden a la campesina durante su embarazo, durante el periodo del parto y del amamantamiento. En las con-

diciones de atraso de la aldea, este modo de trabajar adquiere una importancia excepcional. La red de instituciones de protección de la maternidad y de la infancia era en 1924 de 165 consultorios de niños, 95 de mujeres, 30 jurídicas, siete rurales; luego comienza un fuerte aumento que ilustramos con un cuadro referente tan sólo a la República Soviética Rusa (Rusia Central).

<i>En la ciudad</i>	1927-28	1929-30	1931
Consultorios de niños	595	772	1552
Consultorios de mujeres	416	528	590
Consultorios jurídicos	–	102	–

En la aldea

Consultorios rurales	391	650	850
----------------------	-----	-----	-----

En las regiones industriales de toda la Unión Soviética había, en 1930, 1.300 consultorios de mujeres y de niños, y en 1931, 2.140.

Como resultado de todo eso se ha obtenido un notable descenso de la mortalidad infantil.

Tanto por ciento de la mortalidad infantil

	Moscú	Leningrado
1911-1915	16,8	23,9
1922	24,5	22,8
1924	17,7	16,8
1926	13,4	14,2
1928	12,7	14,2
1929	12,7	13,6
1939	12,7	14,6

El mismo cuadro se observa en toda la Unión Soviética en lo que respecta a la mortalidad infantil.

Tanto por ciento de la mortalidad infantil

	1910	1928
Rusia	29,7	16,4
Ucrania	20,4	13,6
Rusia blanca	18,5	9,5

En estos éxitos desempeñan un papel, y no de los últimos, el trabajo de los órganos de protección de la maternidad y de la infancia, y particularmente los consultorios.

LAS CASAS-CUNA COMO INSTRUMENTO DE LA EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

La educación de los niños no es sólo un asunto personal de los padres, sino de toda la sociedad. La educación de los hijos en la familia significa una carga suplementaria para la mujer obrera que trabaja en la fábrica, que le quita muchas fuerzas, apartándola del trabajo social y de la vida económica. La tarea del Estado soviético es libertar a la mujer trabajadora, aunque sea de una parte de los trabajos y de las preocupaciones relacionadas con la educación de los hijos; dar a los hijos una educación social colectiva.

Las casas-cuna sirven para cumplir esa tarea.

El camarada Lenin dice en su artículo *Una gran iniciativa*:

La mujer continúa siendo una *esclava doméstica*, pese a todas las leyes liberadoras, pues el *menudo* trabajo *doméstico* continúa presionándola, ahogándola, embotándole su inteligencia y humillándola; la encadena a la cocina y a los hijos; derrocha su trabajo hasta la barbarie, mediante las minucias improductivas que la enervan, acosan y la embotan. La verdadera *emancipación de la mujer*, el verdadero comunismo comenzará justamente cuando y donde comience la lucha de masas (dirigida por el proletariado en el poder) contra la pequeña economía doméstica, o, mejor dicho, su *transformación masiva* en una gran economía socialista.

¿Es acaso suficiente nuestra preocupación por los brotes

del comunismo que ya existen en ese dominio? No, y mil veces no. Comedores colectivos, casas-cuna, jardines infantiles: he ahí muestras de estos brotes, he ahí medios sencillos, comunes, sin nada suntuoso, grandilocuente y solemne que *prácticamente* son capaces de *emancipar a la mujer*...⁹

El gobierno soviético ha recibido del viejo régimen un par de decenas de casas-cuna en toda la vasta Rusia. Rápidamente se ha desarrollado el trabajo médico en lo que atañe a la organización de casas-cuna, y ya en 1919 había 186 (solamente en la República Soviética rusa), y para principios de 1928, esa cantidad llega ya a 800. Y claro está que también la calidad del trabajo de esas casas-cuna ha mejorado enormemente. Luego, comenzando el 1930, se inaugura una nueva etapa de un desarrollo impetuoso en el trabajo de las casas-cuna.

Se lleva a cabo la gran construcción socialista.

Falta mano de obra en el país.

Y he aquí que comienza a aumentar, al principio con lentitud y luego cada vez con mayor rapidez, el empleo del trabajo de la mujer.

Pero es poco poner a la mujer a trabajar en la fábrica. Es necesario que llegue a adquirir la técnica, es necesario que el banco de trabajo se transforme en sus manos en un potente instrumento para cumplir la consigna de «alcanzar y sobrepasar» a los países capitalistas. Para tal objeto, es preciso estudiar. Las casas-cuna deben dar a la mujer trabajadora la posibilidad de aprovechar algunas horas del día para el estudio.

En la República Socialista, la mujer, una vez en la fábrica, no se convierte en un apéndice de la máquina. Allí, en la fábrica, la mujer viene a ser un partícipe activo en la vida política. La casa-cuna brinda a la mujer la posibilidad de ser una activa constructora de su propio Estado.

Las casas-cuna atienden, en primer término, a las obreras de las principales ramas de la industria, y entre ellas a las mujeres

⁹ Traducción ligeramente modificada siguiendo: LENIN, V. I.: *Una gran iniciativa* (1919); en *Obras Completas*, t. 39, pp. 25-26. Editorial Progreso, Moscú, 1986. | N. de la E.

«udarnitki» (de las brigadas de choque). En 1932 se proyecta asegurar con casas-cuna las necesidades de las obreras de las principales ramas industriales en un 75 por 100 y de las otras ramas de la industria en un 45 por 100, mientras que en 1931 se satisfacían las necesidades de las obreras de las fábricas en el dominio de las casas-cuna tan sólo en un 38 por 100. En el ramo de transportes será abarcado este año el 75 por 100 de los niños, contra el 65 por 100 del año pasado; en toda la economía nacional, el 58 por 100 en comparación con el 28 por 100 en año 1931.

Después de pasar en la casa-cuna hasta los tres o cuatro años, el niño es trasladado a la institución de educación preescolar, que se encuentra bajo la tutela del Comisario de Instrucción Pública plazas infantiles, jardines infantiles, etc.

La red de instituciones de educación preescolar en las ciudades industriales abarca, en el 1920, 476.000 niños; en 1930, 752.000; en 1931, 1.894.000, y en 1932 se proyecta abarcar más de 3.000.000 de niños.

Se está elaborando ahora un plan para abarcar durante el segundo quinquenio por todas las categorías de instituciones de educación preescolar, a todos los niños de cuatro a siete años de edad.

Se asignan muchos millones de rublos para el desarrollo de las casas-cuna. Así, se ha invertido en 1930 en la construcción de casas-cuna en los centros industriales 120.000.000 rublos; en 1931, 45.000.000, y en 1932, 52.000.000.

Por decisión del gobierno, se ha propuesto reservar en todas las grandes casas en construcción una parte de la superficie para casas-cuna y otras instituciones preescolares. Todas las empresas industriales destinan una parte de la superficie de los fondos de vivienda que les pertenece, así como del terreno de las empresas, para casas-cuna. Aparte de las casas-cuna de fábricas y de barrio, se organiza actualmente un nuevo tipo de casas-cuna en las casas.

Todas las asociaciones domiciliarias y las cooperativas de esta misma índole descuentan un 10 por 100 de los alquileres para necesidades culturales y sociales y para las casas-cuna. No sólo las casas que se construyen ahora, sino también en las otras grandes casas se organizan por medio de esos descuentos y con

el concurso de los mismos padres, casas-cuna anexas. No menos del 80 por 100 de esas casas-cuna se conceden a los hijos de las obreras.

Surgen también casas-cuna cooperativas. Los inquilinos de cualquier casa juntan sus propios recursos y organizan una casa-cuna. De los hijos de obreros y empleados con altos sueldos se percibe una paga igual al costo íntegro de su manutención, de los otros niños se perciben una paga menor y los niños de las obreras con un pequeño sueldo se mantienen gratuitamente.

Todo el trabajo de las casas-cuna está consagrado a la tarea de atender a la mujer obrera para ayudarle en el cumplimiento del plan industrial y financiero, ayudarle en la elevación de su calificación y darle la posibilidad de participar activamente en la vida social del país. Existen en consecuencia con esto varios tipos de casas-cuna. El número de casas-cuna que atienden al niño tan sólo durante ocho o nueve horas por día sigue disminuyendo. Ocupan su lugar las casas-cuna de horario más prolongado, donde el niño se encuentra durante doce, catorce o diez y seis horas por día. Gracias a esto, la mujer obrera puede dedicar después de su trabajo en la fábrica algunas horas para asistir a las escuelas, cursos, y puede cumplir su trabajo social. Este tipo de casas-cuna viene a ser el predominante.

Pero el trabajo de tres relevos en la fábrica obliga a organizar también otras categorías de escuela: de dos turnos o de un día íntegro. En las casas-cuna de dos turnos, la existencia de un área complementaria permite mantener dos turnos de niños y mantenerlos además simultáneamente en las horas en que el nuevo turno de las obreras trae sus hijos y el turno anterior aun no los ha retirado. Con el fin de no despertar a los niños de noche, hay establecidas casas-cuna de todo el día, de donde la madre retira su niño tan sólo los días de descanso.

Sin embargo, la categoría principal de las casas-cuna en el presente no es la de todo el día, sino la del horario prolongado.

¿Cuáles son los factores fundamentales del trabajo en las casas-cuna de la U.R.S.S?

En las casas-cuna se acostumbra al niño a los procesos y hábitos del trabajo; por supuesto, en la medida de sus fuerzas y edad. Para tal fin, se emplean los elementos de su propio cuida-

do. Con gran orgullo, los niños de tres y cuatro años se traen la vajilla, el pan, retiran la mesa después del almuerzo, ayudan a sus camaradas menores a comer con cuchara. Los juegos, que desarrollan las capacidades motrices, con juguetes de material fabril averiado, juegos con material de construcción, comunican a los niños en una forma viva y amena las costumbres del trabajo.

Imitando a los mayores, muchos niños de tres o cuatro años de edad adquieren elementos de religión, de chauvinismo nacionalista, de distintos prejuicios y de groserías. El trabajo de las educadoras, tranquilo y perseverante, la permanente comunión con los grupos de niños y los juegos conjuntos de camaradas, destierran paulatinamente las viejas costumbres y crean nuevas, colectivas. En lugar de un niño caprichoso, envidioso y egoísta, se elabora un niño tranquilo, alegre, ampliamente desarrollado, lleno del sentimiento de camaradería: un pequeño hombre.

Los padres toman una parte activa en el gran trabajo de las casas-cuna, así como la vasta colectividad soviética. Al principio, los padres miraban con cierta desconfianza las casas-cuna, pero ese hielo de desconfianza pronto se derritió. Se entablan constantemente conversaciones con respecto al cuidado y a la educación de los niños. En las reuniones de padres que se celebran regularmente, concurriendo el personal de las casas-cuna, se plantean distintas cuestiones sobre la vida de las casas-cuna y el estado de los niños. Una enorme importancia educacional tienen las guardias de las madres, en las que se enrolan en lo posible todas las madres. La madre del niño pasa todo el día en la casa-cuna, participa en el trabajo, recibe respuestas a todas sus preguntas. Ve la enorme diferencia del régimen que el niño sigue en la casa-cuna y la educación irregular doméstica, y ve el reflejo benéfico del ambiente de la casa-cuna sobre su hijo. Está abierta la brecha en su conciencia, y ahora a las enfermeras y los médicos les resta consolidar, mediante un trabajo cultural y de esclarecimiento perseverante, esa crisis producida, con el fin de establecer en la familia un buen ambiente cultural para el niño.

De este modo, la casa-cuna irrumpe en la vida social y la transforma. En la U.R.S.S. no sólo los padres influyen sobre los niños, sino que también estos últimos ejercen una acción de

reeducación sobre sus padres.

La casa-cuna introduce una nueva y viva corriente en la vida de la aldea. La vieja aldea no conocía instituciones como la casa-cuna. La mortalidad infantil entre los niños del campo, como resultado de la depauperación de la enorme masa del campesinado, de las horribles condiciones de pobreza, oscuridad e ignorancia, alcanzaba cifras tan angustiosas, que colocaban a Rusia, en este sentido, en el primer puesto. Con gran dificultad se abrían paso a través de la muralla de ignorancia las primeras casas-cuna organizadas por los órganos de la protección de la maternidad y de la infancia. En 1921 había en toda la Unión Soviética 46 casas-cuna rurales; en 1923, 475; en 1925, 2.614, y en 1927, 5.381. Pero también esas cifras palidecen ante el crecimiento que hubo de tomar esa rama con el paso de la aldea a rieles socialistas. La campesina se aparta cada vez más de su horno y de los pañales; en los sovjoses se emplea en vasta escala el trabajo asalariado de la mujer; en los koljoses, que abarcaron en 1932 el 60 % de nuestro campo, las mujeres se emancipan del yugo de la economía doméstica para ir a ocupar el puesto de miembro de los koljoses en el mismo grado que sus maridos. Un cuadro habitual de la aldea lo constituye ahora la mujer sentada en el volante de un tractor, la mujer «brigadier» o el jefe de una zona territorial, la mujer-jefe de corral, etc.

Crece y se ensancha la red de las casas-cuna permanentes. Si en 1927-28 había en toda la Unión Soviética tan sólo 1.500 camas en las casas-cuna permanentes, ya en 1929-30 esas camas alcanzan a 27.500; en 1931, más de 100.000, y en 1932, 250.000 camas.

En las casas-cuna de verano, que trabajan la temporada y que se fundan para funcionar el período más difícil de la vida campestre, había en 1927-28 135.000 camas; en 1929-30, 465.000; en 1931 cerca de 2.000.000, y en 1932, 4.200.000. Además, se están creando grupos de casas-cuna, tituladas «primitivas», de fácil traslado durante las faenas campestres, etc.

Es menester dar a la obrera la posibilidad de pasar en forma cultural sus momentos de ocio. Y entonces surgen en los clubs obreros y en los cinematógrafos mejor ordenados, salones para niños. La madre que va al cine o al club entrega su niño a un

personal adecuado, y, segura ya de su suerte, puede dedicarse al reposo y a la elevación de su nivel cultural. Y el niño, en el salón de niños, encuentra a sus compañeros, todo un surtido de juguetes, donde pasa su tiempo alegremente, mientras su madre está ocupada, bajo la dirección de una educadora.

Una iniciativa curiosa y de valor excepcional se ha llevado a cabo en las estaciones de Moscú, pasando de ahí a las estaciones de los más importantes ramales ferroviarios. Durante los largos viajes sufren singularmente los niños. No los alimentan a tiempo, es difícil encontrar los productos necesarios, no los acuestan a tiempo. Una gran parte de las enfermedades de los niños surgen debido a esos viajes.

Y he aquí que se han organizado en las estaciones de Moscú salas para las madres y los niños.

Ante todo, el niño da con un «filtro», donde un médico o una enfermera establece la salud del niño. Si se descubre en el niño una pequeña infección, se les coloca en un aislador especial.

Los niños sanos siguen adelante. Es preciso quitar la tierra y el barro del camino, y ahí están los lavaderos y las duchas. Limpito, fresco, el niño, junto con su madre, va a una sala llena de luz, que sirve tanto para comedor como para sala de juegos. Juguetes de toda índole seducen a los niños y juegan cordialmente, bajo la dirección de una educadora. A los niños cansados se los llevan a un dormitorio donde duermen en camitas limpias. La madre puede ausentarse mientras tanto por algunas horas a la ciudad.

Las penurias del viaje se mitigan también por la circunstancia de que, de acuerdo con un convenio con la administración de las estaciones, las madres que llevan niños consiguen boletos fuera de turno.

No en vano, en los libros de registros que se encuentran en todas las casas de niños en las estaciones, encontramos unas notas como la que sigue:

He dejado a mi niño en la sala de la Madre del Niño, desde las cinco de la mañana hasta las cinco de la tarde. Fui a la ciudad a arreglar mis asuntos. A mi regreso encontré el niño bañado, saciado, alegre y ya no quería irse de allí. Las enfer-

meras son buenas. Una gran obra, una excelente obra ha hecho el poder soviético para los niños.

Firmado: *Campesino koljosista, Rileev.*
(Región de Saratov)

En la Unión Soviética está liquidada la enojosa subdivisión de los niños en «legítimos» e «ilegítimos».

Esa subdivisión privaba a los hijos «ilegítimos» de todo derecho a bienes y de muchos otros derechos ciudadanos; acarrea la hostilidad hacia la madre del hijo «ilegítimo». Y esto es característico, no sólo de la atrasada Rusia zarista, sino también de los países capitalistas de Europa y de América, más avanzados y cultos. Antaño, esos niños se titulaban «bastardos».

De ahí el enorme aumento tan típico para el capitalismo de los niños abandonados. Abandonan a sus niños las madres que se extenuan bajo el yugo del capitalismo, que no están en condiciones de asegurar a sus hijos la vida y la salud.

Hasta la revolución de 1917, había en Rusia cerca de 70.000 niños abandonados. Se fundaban para ellos asilos especiales, que en el fondo no eran otra cosa que estaciones para despachar a esos niños lo más rápidamente posible a la tumba. Las condiciones de los asilos eran tales, que la mortalidad alcanzaba en ellos del 70 al 90 por 100. ¡Noventa por 100 de mortalidad!

En los países burgueses de Occidente, la mortalidad infantil en los asilos no llega, por supuesto, a tales cifras horripilantes, pero también allí supera a la del resto de la población infantil.

*Tanto por ciento de la mortalidad infantil
entre los niños de un año en Alemania*

	1913	1923	1926
Total	15,1	13,1	8,9
Entre los «legítimos»	13,5	12	8,3
Entre los «ilegítimos»	21,8	23,6	13,7
Exceso de los «ilegítimos» sobre los «legítimos»	61	96	65

De esta manera, la mortalidad entre los hijos «ilegítimos», no solamente supera en mucho a la mortalidad entre los legítimos, sino que ese exceso no se ha reducido en lo más mínimo durante los años de la guerra y el período de postguerra.

En la U.R.S.S., en vez de 70.000 niños abandonados que hubo en la época prerrevolucionaria, en 1927 hubo tan sólo 6.000 niños abandonados, o sea, una disminución en 12 veces. Un progreso de esta índole se ha hecho posible, pese a los años de guerra civil, del hambre y del colapso económico únicamente gracias a la modificación radical de la situación de la mujer, debido a su incorporación a la construcción socialista; merced a las prescripciones con que rodea a la mujer trabajadora el gobierno soviético.

Ahora, cuando el bienestar de la mujer trabajadora se ha elevado considerablemente, cuando está liquidado por completo el paro forzoso y millones de mujeres están incorporadas al trabajo social y útil, el número de los niños abandonados ha declinado bruscamente y representa una cifra insignificante. Entre nosotros, la situación es tal, que no se trata de la lucha contra el abandono de los niños, sino de la liquidación de ese fenómeno.

Claro está que desempeña un papel decisivo en esta cuestión la política general del Partido y del Gobierno, encaminada al creciente bienestar de los trabajadores; pero ¿cuáles son las medidas que se adoptan especialmente por los órganos de protección de la maternidad y de la infancia?

Lo esencial es, diríamos, la profiláctica del abandono de niños. Durante las visitas en los consultorios y al apadrinar a las embarazadas, se colocan en un registro especial y se presta una atención singular a las «socialmente peligrosas» en el sentido del abandono: las recién llegadas de la aldea que aún no han hallado trabajo; las que se han divorciado; las solteras con poco salario, etc. A ellas se les presta toda clase de ayuda: jurídica, en el sentido de buscar al padre y conseguir el pago de alimentos, etc.; ayuda material, en el sentido de vivienda, de subsidios, mensuales, en la entrega de artículos, de cuidado del niño, etc.

Son muy importantes las primeras semanas después del parto, cuando la mujer se siente especialmente débil y desamparada. Luego se acostumbra al niño y desaparece el peligro de

abandono. En virtud de esto, existen en la U.R.S.S. instituciones especiales: Casas de la Madre y del Niño.

En esas casas, las mujeres trabajadoras sin parientes y singularmente las «socialmente peligrosas», pasan dos meses antes y dos meses después del parto. En un ambiente de hospital, la mujer descansa, acumula fuerzas, antes para el parto y luego para regresar al trabajo. Desde el momento de ingresar en esa casa, aun antes del parto, la mujer cursa toda la ciencia de una regular alimentación y cuidado del niño. Le enseñan en el mismo lugar, en la práctica. La misma mujer también se somete a una reeducación, en el sentido de adquirir y consolidar hábitos de higiene. En el período más penoso y peligroso, la mujer recibe un cuidado atento, y gracias a esa ayuda, ni siquiera piensa en los primeros meses después del parto en abandonar a su niño, se habitúa a él, siendo completamente tranquila, despreocupada, en el sentido de las necesidades de su niño, pues ya le alimentarán, le acostarán y le distraerán con un juego ameno. Por un precio poco elevado, la madre puede almorzar y conseguir todo lo necesario para alimentar a su niño.

Todas las categorías de las casas-cuna en la U.R.S.S. están llamadas a emancipar a la madre de la esclavitud doméstica, a luchar por una generación sana.

LA MUJER COMO ACTIVA CONSTRUCTORA DEL SOCIALISMO

La mujer emancipada por la Revolución de Octubre se ha arrojado ávidamente a la vida social-política. Los frentes de la guerra civil han dado no pocos ejemplos de heroísmo y abnegación de las mujeres proletarias por la causa de su clase. Exploradoras, enfermeras, dirigentes del trabajo político o guardias rojos rusos, se pusieron en primera fila para la conquista de Octubre.

El frente de la construcción socialista ha exigido un esfuerzo no menor y la mujer ha demostrado también en ese frente heroísmo y proezas sin par.

Millones de mujeres incorporadas a la producción permanecían como mano de obra auxiliar, sin instrucción alguna. En

cursos de muchas categorías, trabajan día tras día por elevar su calificación y penetran también en ramas industriales y en puestos de mando, en los cuales jamás habían osado soñar.

El crecimiento de la conciencia política de la mujer y de su nivel cultural ha hallado su reflejo en la vasta participación de la mujer en la emulación socialista, en las brigadas de choque. Algunas fábricas dan los siguientes índices:

	Mujeres	Hombres
Construcción de máquinas del Ural	92%	67,5%
Talleres de Columna	90,3%	85,5%
Fábrica «Stalin»	79,8%	78,4%
Fábrica «Molotov»	83,7%	81%

Un número cada vez mayor de mujeres se designan para trabajos de dirección. En la región de Moscú, solamente en la segunda mitad del año 30, habían sido destacadas para trabajos de dirección en las organizaciones económicas 77 obreras; para trabajo sindical, 66; en la cuenca del Don fueron destacadas para distintos trabajos 1.610 obreras

La mujer en la sección del Soviet, la mujer en la directiva de la cooperativa; la directora de fábrica, de sovjós; la mujer ingeniera, la mujer agrónoma, la mujer técnico, la mujer instructora, la mujer brigadier. En todas partes, en los puestos de mando, en las zonas responsables de combate, por doquier se puede encontrar a la mujer obrera, pues «ni vestigios han quedado entre nosotros, en la Unión Soviética, de la desigualdad ante la ley entre el hombre y la mujer».

Las fábricas de construcción de máquinas de Leningrado designan para el trabajo de dirección en las instituciones en calidad de compatibilidad socialista, a cien de las mujeres obreras «udarnitzi» [de choque, que batían récords en la producción].

Ochenta de las mujeres obreras «udarnitzi» reciben premios.

En la ciudad de Zinovievsk, fue designada para el puesto de vicedirectora de la sección del Soviet local una mujer de la fábrica

ca. Asimismo, fueron destacadas en calidad de ayudantes de capataces en la fábrica «Estrella Roja» mujeres obreras.

El buró de la Central Sindical Soviética de Asia Central resolvió destacar para los puestos de dirección en la economía, en las cooperativas y en el trabajo sindical a trescientas de las mejores «udarnitzi».

En la ciudad de Chelabinsk, en la construcción «Pink», ingresaron al Partido 10 obreras; en el ramal ferroviario, 14; en la fundición de hierro, 27. Siguiendo su ejemplo, ocho esposas de obreros extranjeros, que trabajan en la Central Eléctrica regional de la ciudad mencionada, presentaron una petición colectiva de ingreso al Partido.

La emancipación de la mujer en la U.R.S.S. se evidencia con mayor nitidez y relieve en lo que se observa entre las regiones atrasadas nacionales.

La esclava oprimida de la «orilla» nacional —Asia Central, Transcaucasia—, se ha asociado al trabajo productivo y socialista. La mujer del Oriente se ha quitado el velo. Las mujeres de Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán y otras repúblicas nacionales se han incorporado activamente a la construcción socialista.

La fábrica N. I. de Bakú ha destacado para un trabajo de dirección a 27 obreras tiurlas. La fábrica de Azerbaiyán «Lenin» destacó a 23 obreras de la misma nacionalidad para trabajos sindicales de dirección.

Terminamos el presente folleto con una carta de la obrera de la fábrica «La hoz y el martillo», camarada Mirokova, que nos describe en forma clara los cambios ocurridos en la situación de la mujer, que nos pasaban muy a menudo completamente desapercibidos.

Hace treinta años que trabajo en esta fábrica, y solamente bajo el gobierno soviético comencaron a destacarme para un trabajo de mayor clasificación. Al principio, trabajaba en el taller de corte de pernos luego, en tallado. Luego me han puesto a trabajar en un trabajo en el cual las mujeres de antes de la revolución ni siquiera pensaban. Actualmente trabajo de maquinista en un martillo a vapor, en la herrería.

Estoy muy contenta de haber llegado a una situación en que no tengo que inclinarme ante el capataz. Se acabaron las groserías, el capataz es un camarada de los nuestros.

Me consideran en nuestro taller la mejor «udarnitza»; tengo la enseña de ésta y una libreta de «udarnitza». Ahora trabajo como miembro del Comité de taller en la protección del trabajo. En 1929, ingresé en el Partido.

Cuido mucho mi máquina, que está siempre en perfecto estado y orden.

Estoy muy orgullosa de ser una maquinista.

Todo esto se hace en la U.R.S.S., a fin de que la consigna de Lenin, «cada cocinera debe aprender a administrar el Estado», encarne en la realidad. Y los éxitos de la U.R.S.S., en ese sentido, son enormes. Actualmente, llegan a nuestro país decenas de médicos y de hombres públicos, para ver qué y cómo hemos hecho en la cuestión de la protección de la maternidad y de la infancia, qué es lo que hemos hecho en la obra de la emancipación efectiva de la mujer. Y hasta nuestros enemigos más encarnizados deben reconocer nuestros éxitos.

Sin embargo, el trabajo no está terminado. Hay todavía lagunas y fallas. Solamente mediante los esfuerzos mancomunados de toda la colectividad trabajadora de nuestro país, bajo la dirección de la vanguardia de la clase obrera, del Partido Bolchevique, el país soviético logrará en el próximo quinquenio, con la construcción de la sociedad socialista sin clases, la completa encarnación del postulado de Lenin.

Interludio

I. V. STALIN

EL TRABAJO FEMENINO LIBERADO*

*Discurso en la recepción de las koljosianas
de choque de los campos de remolacha
10 de noviembre de 1935*

Camaradas, lo que hemos visto hoy aquí es un fragmento de la nueva vida, de la vida que llamamos vida koljosiana, vida socialista. Hemos oído palabras simples de personas simples, de trabajadoras: nos han dicho cómo han luchado, cómo han superado las dificultades para obtener éxitos en el terreno de la emulación. Hemos oído a mujeres que no son mujeres normales sino, diría yo, heroínas del trabajo, puesto que sólo las heroínas del trabajo podrían obtener el éxito que han obtenido ellas. Nunca ha habido antes mujeres semejantes. Yo ya tengo 56 años, ya he visto bastantes cosas, he visto muchos hombres y mujeres que trabajan. Pero nunca he encontrado unas mujeres así. Son seres totalmente nuevos. Sólo el trabajo libre, sólo el trabajo koljoso podía crear estas heroínas del trabajo en el campo.

Ni existían ni podían existir mujeres así en los viejos tiempos.

De hecho, sólo hay que pensar en lo que eran las mujeres año. Siendo todavía una niña ya era la última entre los trabajadores. Trabajaba para el padre, trabajaba incansablemente y su padre todavía le reprochaba: «yo te doy de comer». Cuando se casaba, ella trabajaba para su esposo, trabajaba tanto como le exigía su marido, y él le volvía a reprochar: «yo te doy de comer». En la aldea, la mujer era la última entre los trabajadores.

* Reproducimos el discurso de I. V. Stalin según la antología *La mujer y el comunismo* (traducción de *La femme et le communisme*, Editions Sociales, 1951), ligeramente corregido según la versión inglesa y el original ruso, y restituyendo el texto que figura en la página 77, omitido en la traducción castellana. El título es nuestro.

Es concebible que con una existencia así no podía haber heroínas del trabajo entre las campesinas. El trabajo estaba considerado en aquel momento como una maldición para la mujer y ella lo evitaba siempre que podía. Sólo la vida koljosiana podía hacer del trabajo una cuestión de honor, sólo ella podía crear verdaderas heroínas en la aldea.

Sólo la vida koljosiana podía abolir la desigualdad y asegurar a la mujer el lugar que le correspondía. Vosotros mismos lo sabéis muy bien. El koljós ha introducido la jornada de trabajo. ¿Qué es la jornada de trabajo? Ante la jornada de trabajo, hombres y mujeres son iguales. El que más días ha trabajado más gana. Aquí, ni el padre ni el marido pueden reprochar a la mujer que es alimentada por él. Hoy, cuando trabaja y abastece las unidades de trabajo, la mujer es su propio amo. Recuerdo una conversación que tuve con muchas camaradas en el II Congreso de koljosianas. Una de ellas, que era de las regiones del Norte, me dijo:

Hasta hace dos años, no se me presentó ni un sólo pretendiente. ¡Una mujer sin dote! Hoy, tengo 500 unidades de trabajo, y ¿qué pasa? Que no puedo deshacerme de los pretendientes. Todos quieren casarse conmigo. Yo observo detenidamente y elegiré solo a uno.

Por medio de la unidad de trabajo, el koljós ha liberado a la mujer y la ha vuelto independiente. Ya no trabaja para su padre, cuando es una jovencita, ni para su marido cuando se casa, ella trabaja ante todo para sí misma. Y eso es la liberación de la campesina, eso es el régimen del koljós, que hace de la trabajadora la igual del trabajador. Sólo sobre esta base y en estas condiciones podían aparecer estas magníficas mujeres. Por eso no considero el encuentro de hoy simplemente como un encuentro ordinario entre personas avanzadas y miembros del gobierno, sino como un día solemne en el que han quedado a plena luz los éxitos y capacidades del trabajo femenino liberado. Pienso que el gobierno debe honrar a las heroínas del trabajo, que han venido aquí para exponer sus éxitos al gobierno.

¿Cómo debe celebrarse este día? Aquí, los camaradas Voroshilov, Chernov, Molotov, Kaganovich, Orjonikidze, Kalinin, Mikoyan y yo, hemos conferenciado y llegamos a la siguiente idea: solicitar al gobierno que premie a nuestras heroínas del trabajo con la Orden de Lenin, a las jefas de equipo con la Orden de Lenin, y a las obreras de choque de base con la Orden de la Bandera del Trabajo.

La camarada Maria Démchenko, por supuesto, tendrá que ser destacada especialmente.

Voroshilov: ¡Buena muchacha!

Molotov: ¡La principal responsable!

Stalin: Creo que Maria Démchenko, como líder en este ámbito, además de serle entregada la Orden de Lenin debería recibir el agradecimiento del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, y las koljosianas de su equipo deberían recibir la Orden de la Bandera del Trabajo.

Una voz: Están todas presentes, menos una. Está enferma.

Stalin: La enferma también debe ser premiada. Así es como pensamos celebrar este día.

(Grandes y prolongados aplausos. Todos se ponen de pie.)

Segundo folleto

ANÓNIMO

LA NUEVA MUJER DE LA UNIÓN SOVIÉTICA*

En la U.R.S.S se concede a la mujer iguales derechos que al hombre, en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural, social y política.

La posibilidad de realizar todos estos derechos de la mujer está asegurada por la concesión a la misma de derechos iguales a los del hombre en cuanto al trabajo, al salario, al reposo, a los seguros sociales y a la instrucción, por la protección por el Estado de los intereses de la madre y del niño, por la concesión a la mujer de permisos de embarazo, con disfrute del salario, por una vasta red de maternidades, casas-cuna y jardines de infancia. (*Artículo 122 de la nueva Constitución*)¹

Este artículo expresa, con la brevedad del estilo legislativo, la posición de la mujer en la U.R.S.S., y esta declaración de la Constitución es la expresión de una serie de hechos de la realidad soviética, que representa una de las páginas más admirables de la Historia de la Humanidad. La situación de la mujer soviética ha provocado siempre el asombro y la admiración de los observadores extranjeros.

* Reproducimos el texto del folleto según la traducción publicada por Ediciones Europa-América en 1937.

¹ Hemos sustituido la traducción presente originalmente en el folleto por la versión castellana «oficial»: *Constitución (ley fundamental) de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas*, páginas 106-107. Editorial Partisdat, Moscú, 1937. | N. de la E.

Lo que más me impresiona –dice una mujer inglesa eminente en los medios políticos británicos– es la igualdad absoluta entre las mujeres y los hombres. No hay nada en la U.R.S.S. que me haya admirado tanto.

Se pueden contar por cientos comentarios como éste, hechos por eminentes personalidades. Después de varias generaciones, todos los reformadores sociales y todos los defensores del progreso humano han anhelado la abolición de la desigualdad de sexos. El programa soviético toma tal disposición desde su comienzo, y seis meses después del establecimiento de la República Soviética de 1917, Lenin escribía:

Sin arrancar a la mujer de la atmósfera embrutecedora de los trabajos domésticos, es imposible llegar a una verdadera libertad, es imposible construir la democracia y más todavía, el socialismo.²

Y, en consecuencia, uno de los primeros actos del Poder soviético ha sido dar a las mujeres derechos civiles y políticos iguales a los hombres. Pero el Gobierno soviético ha comprendido que este derecho quedaría sobre el papel si no se creaban las condiciones materiales que permitieran a las mujeres hacer uso de él. Y como en realidad existe una cierta desigualdad biológica entre los sexos, con desventaja para la mujer, el fin hacia el cual ha tendido el régimen soviético ha sido crear una verdadera igualdad que permita a la mujer contrarrestar esta desventaja.

Para llegar a este fin fue preciso transformar la manera de vivir de estas mujeres, tanto en la casa como en el trabajo; transformar la legislación social; asegurar una protección adecuada con privilegios especiales para la madre; crear instituciones para el cuidado de los niños, así como un plan minucioso para el entrenamiento de las mujeres en el trabajo social e industrial.

La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas tiene ya 20 años, y todo lo que se ha hecho durante este tiempo para que la mujer pueda gozar plenamente de esta igualdad, es una larga

² No hemos logrado encontrar la referencia exacta. | N. de la E.

historia: tan larga, que en este trabajo sólo puede darse un breve esquema.

La situación de la mujer en la U.R.S.S. contrasta enormemente con las de la antigua Rusia, de las cuales puede decirse que tenían más derechos que [quienes se hallan en] una [condición de] semiesclavitud. Hay unos viejos proverbios rusos que dicen: «Las gallinas no son gallos, y las mujeres no son seres humanos». «¿Quién debe ser golpeada? La chica de la casa. ¿Por qué la chica de la casa debe ser golpeada? Porque es la chica de la casa». Esto solamente da una idea de lo que en otro tiempo era la mujer en Rusia.

También contrasta la situación de las mujeres rusas con las de la mayor parte de los países burgueses. Es inútil recordar aquí la actitud general de los países fascistas hacia la mujer. El hecho de que en una nación avanzada como Francia las mujeres no tengan derecho a votar es igualmente bien conocido.

Consideremos el derecho de la mujer soviética a un salario igual que el del hombre por un trabajo igual, así como la facilidad de acceso a todos los empleos y oficios, a todas las funciones. Cuando se recuerda que en la mayor parte de los países la mujer no tiene acceso a todas las profesiones y que, por otra parte, es utilizada con salarios reducidos para competir con la mano de obra masculina, se comprende por qué la mujer soviética goza de una situación muy superior a las mujeres de otros países.

El derecho al reposo que la Constitución concede a la mujer en la U.R.S.S., es un derecho legal del que no gozan las mujeres de los otros países.

En la Rusia zarista, las mujeres asalariadas ganaban la mitad que los hombres, y casi todas eran analfabetas. El régimen soviético les ha dado no solamente un salario igual por un trabajo igual, sino que ha hecho enormes esfuerzos para atraer un número cada vez mayor de mujeres en la industria y en todas las profesiones, levantando considerablemente su cualificación. El analfabetismo de las mujeres trabajadoras se ha liquidado al mismo tiempo que el analfabetismo en general; y hoy, no solamente el número de mujeres alcanza el 40 por 100 de la cifra general de los trabajadores asalariados, sino que cada vez más

cumplen ellas los trabajos de cualificación y ocupan los puestos más importantes.

El régimen soviético ha librado a la mujer de los duros trabajos domésticos y le ha abierto el camino de las funciones públicas más importantes. Hay un gran número de mujeres entre los soldados de la construcción socialista y los héroes de la U.R.S.S.

El Gobierno soviético ha condecorado a 86 mujeres con las distinciones más honoríficas de la U.R.S.S. Sin recurrir a estadísticas fastidiosas, es suficiente decir que, en las escuelas y universidades, en las profesiones científicas, en la administración y en todas las profesiones que requieren una mano de obra cualificada, el porcentaje de mujeres ha crecido enormemente, y ellas mismas han demostrado que no son inferiores al hombre. Hay muchas mujeres inventoras, otras muchas que han llegado a ser especialistas reconocidas en diversos ramos de la técnica, y el número de las mujeres doctoras alcanza un 48 por 100 de la cifra total de los médicos.

Todo esto no se ha obtenido fácilmente. Las mujeres no han llegado a ser iguales a los hombres únicamente porque el Gobierno soviético lo haya decidido así. Una lucha persistente se ha tenido que llevar a todas las esferas de la vida soviética, contra el obscurantismo que impedía a las mujeres gozar de su igualdad y de su libertad. Esta resistencia para considerar a las mujeres como compañeras de trabajo sobre un pie de igualdad, se manifestó particularmente en los koljoses y entre los elementos más atrasados de los sindicatos soviéticos.

La experiencia soviética ha probado que es totalmente falso que las mujeres no puedan jugar un papel igual al de los hombres en la industria y en la vida económica general del país, sin que esto sea perjudicial a su salud.

En el trabajo obrero, la mujer sufre una cierta inferioridad ante el hombre, pero en la U.R.S.S., donde este trabajo se lleva a su grado máximo, de la masa de trabajadores salen ingenieros, técnicos y obreros cualificados. Precisamente por esto, las mujeres se muestran iguales a los hombres, y la participación en la vida económica general favorece su desenvolvimiento psíquico y cultural, pues mientras a las mujeres se les ha dado todas las posibilidades de acceso a todas las profesiones, se les ha dado

igualmente la facultad de construirse una vida familiar y gozar de ella, cumpliendo su misión de ser madre y cuidar de sus hijos.

En ningún sitio la vida de familia es tan apreciada como en la U.R.S.S., ni más alegre, ni más estable. Y todas las medidas tomadas recientemente por el Gobierno en lo que concierne a las mujeres, no tienen más que un fin: el de reforzar, enriquecer y estabilizar la familia. No hay un solo país donde la mujer sea más protegida contra la irresponsabilidad de los maridos y de los padres que en la U.R.S.S. Ésta es una de las razones más importantes de la ley promulgada últimamente prohibiendo el aborto y que tiene por objeto proteger a la mujer contra la irresponsabilidad de los maridos que olvidaban todas las ventajas de la antigua ley sobre abortos.

En la U.R.S.S. no hay contradicción entre la maternidad y la participación en la actividad industrial y social; al contrario, las dos se coordinan en perfecta armonía y se completan mutuamente.

LA MUJER EN LA POLICÍA SOVIÉTICA

La mujer en la U.R.S.S. se encuentra en todos los departamentos de la policía, donde ocupa los puestos más diversos, pues tiene acceso a ellos lo mismo que los hombres.

Muchas son expertas en conocer huellas, otras se ocupan de investigaciones criminales, otras dirigen las oficinas de la policía, etc. En Kiev, la capital de Ucrania, se ha hecho la experiencia, completamente satisfactoria, de emplear las mujeres en la policía del tráfico urbano.

Estas mujeres policías prestan un gran servicio con los niños, inculcándoles buenos hábitos en lo que concierne a la calle y a los edificios públicos, preparándolos para ser buenos ciudadanos. Los departamentos especiales de las oficinas de la policía para los niños vagabundos y ladrones, son modelo de confort, y la solicitud que las mujeres policías testimonian a los niños admira a todo el mundo.

TRESCIENTOS MIL CASOS DE ALUMBRAMIENTO INDOLORO

El profesor Lourié, de Sverdlovsk, que ha sido condecorado con la orden de Lenin por sus notables trabajos sobre alumbramiento indoloro, ha declarado en una reciente conferencia en Moscú, que el método del alumbramiento indoloro era ahora practicado en toda la U.R.S.S., y que, en muchas ciudades, el 100 por 100 de los alumbramientos eran efectuados por este método.

Se han registrado 300.000 casos de estos alumbramientos al final del año 1936.

El parto indoloro, según este profesor, ha reducido notablemente la mortalidad de las madres y de los recién- nacidos. Es evidente que cuando el alumbramiento se efectúa por este procedimiento, las mujeres están asistidas durante todo el proceso por el médico, la comadrona y la enfermera, que lo siguen con atención y evitan casi siempre toda complicación.

En Tagil, provincia de Sverdlovsk, hay un joven especialista, el doctor Pelvinov, que no ha tenido un solo caso mortal en los 1.000 partos que ha operado el año pasado.

Es preciso añadir que el profesor Lourié es el director del nuevo Instituto de Alumbramientos indoloros de Sverdlovsk, que puede tratar 12.000 casos al año y trata igualmente los casos de esterilidad.

LA MUJER SOVIÉTICA Y LA MODA

La Casa de la Moda, en Moscú, acaba de organizar una exposición de sus nuevos modelos de invierno. Han sido presentados unos sesenta modelos, y un representante de la prensa soviética preguntó a la señora Medvedeva, directora del taller de croquis, en qué se diferenciaban estos modelos de los de las mejores casas de París.

Es que –nos contestó ella– hay tanta ligazón entre todos los países, que no se puede vestir a la mujer soviética de tal

manera que tenga un aire excéntrico. Si se acortan las faldas en París, nosotras las acortaremos también. Las faldas cortas son mejores de llevar y hacen una silueta muy suelta. Lo que hay es que el tipo de vestido que nosotras presentamos más, es el que mejor conviene a las necesidades particulares de la mujer soviética. Tomemos, por ejemplo, a María Federovna como verdadero tipo de mujer soviética. Tiene una lección de inglés por la mañana antes del trabajo; después de su jornada de seis horas en la fábrica, se va a las cuatro y media de la tarde al Stadio Dynamo, para ver las finales de patinaje; a las siete y media se va al Teatro de Arte de Moscú, y come con unos amigos porque no tiene tiempo de comer en su casa. Por eso quiere un vestido que sea, a la vez, de sport, de mañana y de tarde.

LAS VENTAJAS DEL RESTAURANTE COLECTIVO

Desde el advenimiento del Poder soviético, ha habido calurosos defensores de una alimentación en común, y su propaganda fue ingeniosa y persuasiva.

Hasta estos últimos tiempos, los trabajadores preferían comer en los lugares de trabajo y en los comedores de las fábricas por tres razones principales: primera, ganar tiempo; segunda, economizar las raciones que percibían, cuando todavía existían las tarjetas de aprovisionamiento; y tercera, que les costaba más barato. El precio de una buena comida en un restaurante de fábrica era inferior al que esta misma comida tendría hecha en casa, teniendo además la ventaja de que era más variada y mejor preparada. Pero ahora se ha operado un gran cambio. En el mercado se encuentra de todo y está más barato. Hay variedad y mejor calidad.

Y los más firmes partidarios de la alimentación en común, comprenden muy bien que hay ahora una lucha verdadera entre los adeptos de la comida colectiva y los que quieren volver a la antigua tradición familiar. El Estado no hace presión alguna sobre la población. Por otra parte, una presión hecha por el Estado no tendría eficacia alguna cuando se trata de un problema

psicológico tan fundamental como el de saber de qué manera hombre y mujer tomarán su comida.

Por otra parte, si se quiere hablar de presión del Estado, casi se puede decir que se inclina del lado opuesto a la alimentación en común, haciendo bajar los precios en el mercado y construyendo alojamientos provistos de cocina y comedores cómodos.

Si la población de la U.R.S.S. desea poco a poco volver al viejo sistema familiar, no hay para ello ningún obstáculo. Pero hay argumentos irresistibles en favor de la alimentación en común, y toda mujer emancipada sólo puede estar convencida de su valor. La alimentación en común, más que ningún otro nuevo hábito tomado después de la Revolución, librerá a la mujer de su esclavitud ancestral. Esto, por otra parte, no la privará de la misión que ella ha tenido desde hace muchos siglos de preparar el alimento de su marido y de sus hijos. Porque si una mujer siente por ello vocación, esta misión no será despreciada por el hecho de que no sea ejercida por un grupo de familias y porque el trabajo se efectúe de un modo más sistemático y más refinado.

Y al final, la cuestión económica de tiempo, de alimento y de combustible, era una cuestión de orden práctico en la U.R.S.S. Ahora los propagandistas la han convertido en una cuestión de principios de sana economía. Una comunidad civilizada no debe dilapidar su tiempo, su energía y su combustible, pues tiene algo mejor que hacer: un trabajo de creación ilimitada y una alegre utilización del tiempo de que uno puede disponer libremente.

La cuestión del gasto de energía y de combustible ha sido estudiada científicamente. En 1927 se han establecido en diversos pueblos, por un período que comprendía de julio a septiembre, estadísticas de consumo de combustible en esta época del año. Se ha comprobado que el gasto durante estos meses era de 9,22 rublos por familia media de 4,36 personas. Así, el gasto anual por persona, por la cocción de alimentos en una familia, se elevaba alrededor de 9 rublos. Y, por otra parte, se ha calculado que por la alimentación colectiva el gasto anual por persona es de 4,1 rublos aproximadamente, o sea menos del 50 por 100. En los pueblos, evidentemente, es preciso calcular que los gastos generales de instalación de los restaurantes colectivos son bastante elevados y disminuyen algo la economía. Pero está reconocido

también que en ellos se consume bastante más³ combustible por persona.

En lo que concierne a la cuestión de tiempo, el examen de «los presupuestos de tiempo» ha revelado que, para la preparación doméstica de dos comidas para 1.000 personas, se emplean 1.370 horas, y en un restaurante colectivo se emplean solamente 120 horas para el mismo número de comidas.

Es preciso aclarar que estas cifras han sido tomadas en un período en el cual las cocinas estaban todavía muy poco mecanizadas.

Volviendo a la cuestión del gasto de tiempo, los defensores de la alimentación colectiva han hecho cálculos, que dan cifras verdaderamente astronómicas. Se ha calculado que en un sistema familiar se consumen cada año 700 horas por habitante en cocina, lavado y cuidado de los niños, esto es: 86.000.000.000 de horas de trabajo en toda la U.R.S.S. Esto significa, pues, que calculando sobre la base de una jornada de 10 horas, hay 30 millones de individuos que dan toda su actividad para un trabajo doméstico, concebido bajo la forma familiar.

Otro cálculo ha establecido que 4.500.000 personas emplean todos los días ocho horas para confeccionar la comida en forma familiar, de toda la población de la R.S.F.S.R. (la República de la U.R.S.S. que tiene 113.000.000 de habitantes). Así, pues, con la alimentación colectiva no es preciso más que la sexta parte de este tiempo, lo que permitiría a tres o cuatro millones de mujeres emplearlo en un trabajo productivo.

Igualmente se hace intervenir la calidad y la variedad de los platos, que pueden ser más fácilmente obtenidas con cocineros profesionales.

Pero los partidarios cuentan sobre todo con la transformación radical que está en vías de operarse en la vida de las mujeres, y con los resultados que los restaurantes colectivos han dado ya.

Es preciso inculcar en el público la idea de que es una necesidad vital que el alimento sea sano y bien condimentado. Y el

³ Por el sentido de la frase, entendemos que se trata de un error y que el texto debería decir «menos». | N. de la E.

control de los restaurantes por los Comités de fábrica permite a los trabajadores adquirir el sentido del valor de una alimentación sana y bien preparada.

Se han organizado campañas especiales para la alimentación colectiva por medio de conferencias. Se han editado además, con este fin, un gran número de carteles y folletos. En 1931, por ejemplo, los folletos han sido editados en los koljoses y sovjoses para incitar a la alimentación colectiva, y contenían muchos detalles sobre la mejor manera de hacer funcionar las cocinas comunales.

En las fábricas, se trata de llegar a que los trabajadores coman en el restaurante colectivo y no lo consideren como una cosa excepcional. ¿Por qué desayunar una vez o dos en el restaurante y no tomar de allí todas las comidas? ¿Por qué no lo hace igualmente la familia, ya que ésta es la manera más racional de alimentarse? He aquí cómo se les presenta el asunto a los trabajadores.

LAS MUJERES DE LAS MINORÍAS NACIONALES

En Uzbekistán, el número de mujeres que han votado en las últimas elecciones a diputados de Soviets ha aumentado considerablemente. Mientras que en 1926 habían votado solamente un 7,8%, en 1934 han utilizado el derecho a votar un 69,4%. En Turkmenistán, la proporción fue de 9,5% en 1927 y 73,5% en 1934, y en Tayikistán, 22% en 1927 y 72,5 % en 1934.

Las mujeres de las minorías nacionales ejercen también la medicina y la enseñanza, en cuyas profesiones son excelentes profesoras. En 1935, en Transcaucasia la mayoría del cuerpo de enseñanza primaria eran mujeres: el 85 % en las ciudades y el 45% en los pueblos.

En las escuelas secundarias se encuentran: en las ciudades, un 46% de mujeres, y en los pueblos, un 19%. En Uzbekistán, el porcentaje es igualmente elevado, y más de la mitad del cuerpo de enseñanza está compuesto de mujeres.

En la República Tártara, antes del Poder soviético no había más que ocho mujeres médico y ninguna de ellas era indígena.

Ahora hay 743, de las cuales el 30% son tártaras. Esta misma proporción se encuentra en el personal de asistencia médica. En Turkmenistán había en 1926, 24 mujeres que supieran leer y escribir. En 1936, este porcentaje se ha elevado a un 18% en los distritos rurales y un 72% en los urbanos. En la República Tártara, bajo el dominio zarista solamente había un 5% de mujeres que supieran leer y escribir. Hoy hay un 70%.

LOS SINDICATOS SOVIÉTICOS Y LAS MUJERES

Los Sindicatos soviéticos desempeñan un papel muy importante en la organización de los servicios sociales y comunales. Schwernik, secretario del Consejo Central de los Sindicatos de la U.R.S.S., ha dicho:

Los sindicatos deben crear las condiciones que permitan a la mujer hacer su trabajo con toda tranquilidad, sin ningún cuidado superfluo.

Los Sindicatos ejercen su control sobre todos los ramos de actividad de las instituciones de educación de los niños, participando directamente en la elección del personal administrativo y de enseñanza. Igualmente toman una gran parte en el financiamiento de estas instituciones.

En la U.R.S.S., todos los fondos del Seguro social están en manos de los Sindicatos, y este fondo está depositado por las empresas y no por los trabajadores. En 1935 los fondos del Seguro social alcanzaban por año la suma colosal de 6.700.000.000 de rublos. El mayor porcentaje de este Seguro social va a los cuidados de los niños.

En el curso de los últimos cinco años, la suma asignada por los sindicatos a los servicios comunales para los niños ha aumentado en 74 veces la suma primitiva. En 1935 esta suma ascendía a 438 millones de rublos.

PROTECCIÓN A LA MATERNIDAD

El crecimiento de la protección a la maternidad puede juzgarse por estas cifras. En 1929 fueron asignados 30 millones de rublos para las mujeres embarazadas; en 1935, esta cifra aumentó en 203 millones. Además, 82 millones de rublos han sido destinados a casas-cuna y maternidades. Este aumento considerable de gastos para la protección de la maternidad durante los últimos años ha sido debido a la elevación del número de mujeres que trabajan en el comercio y en la industria, e igualmente ha aumentado el número de nacimientos en toda la U.R.S.S.

Una buena organización de los servicios ginecológicos es particularmente importante para salvaguardar la salud de la madre. En 1935 había 42.800 camas en las Maternidades de la U.R.S.S. Estas Maternidades son modelo en su género.

En los distritos rurales, el número de Maternidades es todavía insuficiente. Actualmente sólo un 20% de las madres pasan por sus servicios. Pero por pequeña que sea esta cifra, representa un progreso considerable cuando se piensa que en 1913 solamente un 4% de mujeres aldeanas podían ir a las Maternidades.

LA MUJER SOVIÉTICA Y EL DEPORTE

En la Rusia zarista, solamente un pequeño número de la juventud podía practicar los deportes. En la U.R.S.S., el movimiento de cultura física alcanzaba a 8.200.000 de personas en 1935, número que aumenta cada año. En el año 1935, 2.000.000 de mujeres tomaban parte en el movimiento de cultura física. En septiembre de 1936, este número llega a 29 millones, inscritas en los diversos clubs.

LA MUJER SOVIÉTICA QUIERE SER CULTA

El deseo de cultura ha sido firmemente experimentado por las koljosianas de la Estación de Máquinas y Tractores del distrito de Georgievské, en su carta a Stalin:

Es evidente que nosotras debemos estudiar para ser aptas antes de ocupar convenientemente las grandes granjas. Nosotras vamos a estudiar todo el invierno para aprender a leer y a escribir. Estudiaremos los rudimentos fundamentales de la economía política y de la agricultura. Pero dadnos más libros y más cuadernos, pues es muy grande el deseo de las mujeres de estudiar. «Si yo no soy bastante educada –dicen–, yo no puedo dirigir bien mi brigada.» Y todas dicen lo mismo. Ahora que nosotras somos llamadas a tomar parte en la administración de la vida pública, de la economía nacional, la educación no es un lujo, sino una absoluta necesidad, como el agua cuando se tiene sed.

LAS MUJERES EN LA ADMINISTRACIÓN DEL PAÍS

Daremos aquí las cifras comparadas [en miles] de elegidas en los Soviets, entre 1926 y 1934:

	1926	1931	1934
Soviets urbanos	18,7	43	50
Soviets rurales	122,6	317	329

En 1935, 380.000 mujeres eran miembros de los soviets urbanos y rurales, y representaban el 30% del número total de diputados.

LA SERVIDUMBRE DE LA MUJER EN LA RUSIA ZARISTA

Esta servidumbre está bien expresada por el extracto siguiente del Código civil:

La mujer está obligada a obedecer a su marido en todos los aspectos, y no puede en ningún caso substraerse a su autoridad. Las mujeres no pueden ser contratadas sin la autoridad de sus maridos.

LENIN Y LA VIDA DOMÉSTICA DE LA MUJER

La mujer en la vida doméstica está sacrificada cotidianamente en mil pequeños detalles. El antiguo derecho del hombre a ser el amo subsiste secretamente. Y en nuestro trabajo entre las masas femeninas, hay que hacer un esfuerzo considerable para la educación de los hombres. Es preciso desarraigar hasta la última fibra de esta concepción secular del hombre, dueño y señor, tanto en el Partido como entre las masas.⁴

STALIN Y LA MUJER

La mujer representa la mitad de la población de la U.R.S.S., que supone un inmenso ejército de trabajo, y su misión es educar nuestra infancia, nuestra futura generación, es decir, nuestro porvenir. Por esto, nosotros debemos saludar la actividad social creciente de las trabajadoras y su elevación a los puestos dirigentes, como un signo claro del desenvolvimiento de la cultura.⁵

LA MUJER Y EL FASCISMO

En lo que concierne a la educación femenina, el punto esencial es la preparación psíquica: primero, la formación del carácter, y solamente luego la de la inteligencia, porque el único fin de la educación femenina es la maternidad. (Hitler: *Mein Kampf*)

⁴ Cfr. ZETKIN, C.: *Del cuaderno de notas (1925)*; en *Ellos conocieron a Lenin*, pp. 44-45. Editorial Progreso, Moscú, s/a. | N. de la E.

⁵ Cfr. STALIN, J.: *Informe ante en XVII Congreso del Partido acerca de la actividad del C.C. del P.C.(b)...*; en *Obras*, t. 13, p. 354. Ed. en Lenguas extranjeras, Moscú, 1955. | N. de la E.

En Berlín se han colocado por todas partes carteles concebidos en estos términos:

A las jóvenes alemanas.

Vosotras no estáis hechas para el trabajo. Aprended a ser mujeres. No dejéis al hombre en la casa, y volved a los cuidados del hogar. Dejad el trabajo al hombre, que en caso contrario será indirectamente sostenido por vosotras. El dinero y el seguro para la vejez no tiene ninguna utilidad si no habéis dado a vuestra vida un sentido real. Sin esto, vuestro cuerpo y vuestro espíritu no serán más que ruinas.

A las amas de casa.

No robéis a vuestros hijos y a vuestros maridos las horas que reclaman de vosotras.

Goebbels, en una conferencia dada a los militantes del Partido «nazi» el 12 de febrero de 1934, ha dicho:

La influencia de la mujer en la vida pública es el comienzo de una decadencia aparente.

La preparación de la vida pública, los estudios y la educación, impiden a la mujer cumplir su misión natural; no es preciso, pues, animarlas a seguir carreras intelectuales.

Según el líder nazi Gottfried Feder:

El judío nos ha robado la mujer para la democracia sexual. Nosotros, la nueva generación, debemos levantarnos para matar al dragón, a fin de revivir lo que hay de más sagrado en el mundo: la mujer sometida y esclava.

«Dios ha creado la mujer para el amor y los cuidados domésticos», ha dicho un miembro del Parlamento nazi de Baviera; y lo que los nazis entienden por amor lo ha expresado claramente Goebbels en su libro *Michail*:

La misión de la mujer es agradarnos y llenar el mundo de

niños. Esto es tan viejo, que ya se dice: «Entre los pájaros, la hembra se hace bella para el macho y cubre los huevos; en cambio, éste la protege y defiende contra los enemigos.

Si se admite que el mundo del hombre es el Estado, la lucha y la capacidad de sacrificio a la comunidad, se ve claramente que el papel de la mujer es de menor importancia. Su mundo será el marido, la familia, los hijos y la casa. (Hitler: *Mein Kampf*)

Cuando en abril de 1932 una delegación nacional de las organizaciones femeninas, deseosas de saber cuál sería la situación de la mujer en el III Reich, se presentó a Hitler a fin de asegurarse de que el futuro Gobierno no aboliría la igualdad legal de la Constitución de Weimar había concedido a las mujeres, éste les respondió:

¿Qué ha hecho la Revolución de 1918 hasta aquí por las mujeres? Todo lo que ha hecho fue transformar a 50.000 de entre ellas en medias azules y en militantes de los partidos. Bajo el III Reich, cada mujer tendrá la posibilidad de encontrar un marido.

LAS JÓVENES DE LA U.R.S.S.

«¿Cómo son las muchachas en la U.R.S.S.?»

He aquí una pregunta que nos ha sido hecha centenares de veces desde hace dos años. ¿Están estas mujeres trabajando siempre? ¿No se aburren? ¿Les gustan los trajes bonitos o son ratas de biblioteca y pertenecen a treinta y seis comités? ¿Cómo pasan su tiempo? ¿Cuáles son los conceptos de las muchachas rusas sobre el amor, el matrimonio y la familia?

La joven moderna en la U.R.S.S. tiene muchos puntos de contacto con las jóvenes de otros países, pero en otros difiere completamente. Tiene la suerte de poder realizar en su vida muchas cosas que las muchachas de otros países sólo pueden soñar.

Tomemos como ejemplo a mi amiga Volya, entre los millares de jóvenes que encuentro en todos los pueblos de la U.R.S.S.

Volya tiene 22 años; es risueña y siente la alegría de vivir. Tiene grandes condiciones para la música y estudia en el Conservatorio de Moscú para ser pianista y crítico musical. Es hija de un ingeniero de la industria petrolífera, pero esto no importa porque las mismas posibilidades que tiene ella de seguir su vocación, las tienen todas las muchachas de la U.R.S.S., sean hijas de quien sean. El Gobierno soviético, los sindicatos y todas las instituciones públicas, velan por que las posibilidades de la cultura comprendan no solamente la instrucción, sino que todo escolar, al llegar a estudiante, reciba un modesto estipendio que le permita cubrir sus gastos de habitación y de comida, y además tener un poco de dinero para ir al cine de vez en cuando. A medida que prosiguen sus estudios, esta pensión aumenta progresivamente.

Si vosotras conocierais a Volya, conoceriais a la joven soviética de hoy.

Aunque tiene apenas 22 años, Volya está casada hace ya dos años. Eugenio, su marido, algo mayor que ella, acaba de terminar sus estudios de física.

EL CONFLICTO ENTRE EL MATRIMONIO Y LA SITUACIÓN ECONÓMICA

La mayor parte de las muchachas rusas se casan jóvenes. Ellas consideran el amor y el matrimonio, como las restantes cosas de la vida, con una gran seriedad. En cuanto encuentran al compañero deseado, nada las impide casarse. Las razones económicas, que entre nosotros obligan muy a menudo a los jóvenes a diferir su matrimonio varios años, allí no existen.

Como todos están seguros de encontrar siempre trabajo, la base económica del matrimonio está asegurada, hasta para las parejas como Volga y Eugenio, que pueden vivir su vida y seguir estudiando.

La mayoría de las parejas de estudiantes prefieren no tener niños en seguida. Pero si los tienen, los llevan a las casas-cuna, donde los niños reciben los mayores cuidados, mientras sus

padres van a sus cursos o a su trabajo. Esto depende únicamente de su deseo.

Volya, como la mayor parte de las jóvenes soviéticas, prefiere tener una ocupación fuera de casa; pero esto no es obligatorio, porque la que prefiere quedarse en casa es libre de hacerlo, y muchas así lo hacen, sobre todo entre las de la generación anterior. Pero entre las jóvenes es corriente buscarse otra vocación además del matrimonio, y consideran esto a la vez como su deber social y su derecho, puesto que el Gobierno soviético toma a su cargo desenvolver todas las instituciones colectivas, tales como restaurantes, casas-cuna, lavaderos, etc. Así las jóvenes, ante su máquina, su encerado o en su obrador, están libres de esta doble esclavitud a que están sujetas las mujeres que trabajan entre nosotros.

La joven soviética de hoy piensa con alegría en su trabajo y en su futuro hogar. ¿Qué otros intereses tiene ella en la vida? Tiene muchos. Como Volya, muchísimas jóvenes son fervientes partidarias del deporte. Volya y Eugenio patinan y hacen juntos esquí de invierno. En verano van con sus amigos a nadar, a pasear al bosque y a remar por el Moskova. La mayoría de las jóvenes forman parte de su club de fábrica o de la oficina, en donde ellas pueden disfrutar de excelentes «soirées» [veladas] artísticas por muy poco dinero. Siguen además las conferencias técnicas, económicas y políticas; forman parte de sociedades teatrales y musicales, donde pueden descubrir en ellas mismas una serie de disposiciones y talentos insospechados.

«Pero ¿cómo se visten las muchachas? –me vais a preguntar–. ¿Llevan vestidos bonitos?» Las muchachas soviéticas son como todas las muchachas del mundo, y gustan de llevar cosas bonitas. Es posible que esto en ellas no esté tan arraigado como en una francesa o en una americana, porque hay otras cosas más importantes que llenan su interés, pero es evidente que, en todo caso, ellas gustan de las cosas bonitas.

Muchas jóvenes se maquillan, pero la mayor parte, no. Como gozan de buena salud, tienen buenos colores y los ojos brillantes; por eso no necesitan retocar su aspecto, tan agradable y vigoroso.

IGUALDAD SOCIAL COMPLETA

La joven soviética es sociable, cordial y amante de los niños y, por consiguiente, sueña con crearse una familia. Al mismo tiempo, toma parte activa en la vida pública y, como sus compañeras, es elegida para los Consejos o Soviets, como se llaman en la U.R.S.S. También participa en la elaboración de las medidas que proporcionan salud, cultura y dicha a la comunidad.

Una de las cosas que impresionan más a los que visitan la U.R.S.S., es el ver a las mujeres en el trabajo.

Hay muchas mujeres chófer, ingenieras, conductoras de tranvías, aviadoras, directoras de fábrica, escritoras, mecánicas, etc., y para ellas ningún puesto está vedado.

La joven soviética moderna toma no solamente parte activa con el hombre sobre una base de igualdad en los asuntos locales y nacionales, sino en todos los acontecimientos internacionales. Cree firmemente en la paz y en la importancia de las relaciones amistosas entre todos los pueblos del mundo, y se muestra dichosa de encontrar jóvenes y mujeres de otros países a quienes mostrar el mundo nuevo que está construyendo con sus compañeros, y en lo que ella pone tanta energía como amor.

LA IGUALDAD DE LA MUJER Y EL HOMBRE, EN TODOS LOS DOMINIOS, FUE PROCLAMADA POR LA REVOLUCIÓN RUSA

Hombres y mujeres tienen los mismos derechos políticos, los mismos derechos en lo que concierne a la distribución de la tierra, los mismos derechos en el matrimonio, respecto a los hijos e iguales derechos en caso de divorcio. Se halla en igualdad de condiciones para el acceso a todos los empleos, poseen, igualmente, iguales salarios para un trabajo igual y se hallan protegidos de igual modo en su trabajo. Se aprovechan en igual medida de todas las realizaciones en el dominio cultural, económico y técnico lo que permite a las mujeres alcanzar la misma capacidad que los hombres.

La legislación soviética se basa en el derecho al trabajo, es el trabajo el que proporciona derechos de ciudadano. Es el trabajo quien libera a la mujer, quien la independiza del hombre y quien ha abolido su inferioridad social.

EN LA ENSEÑANZA

La actividad de las mujeres se desarrolla constantemente y se extiende a nuevos aspectos. El número total de mujeres empleadas en trabajo de utilidad pública es de 5.859.100, es decir, casi la tercera parte del total de la población obrera de la U.R.S.S. La distribución es la siguiente:

Industria	2.337.400
Sector cultural	1.063.400
Economía campesina	623.600
Comercio del Estado, servicio de alimentación	601.600
Construcción	386.500
Vías de comunicación	220.700
Municipios	215.500
Instituciones del Estado	175.400
Correos y telégrafos	74.300
Varios	160.700
Total	5.859.100

Gran número de mujeres ingresan en las universidades y Escuelas Superiores. Aunque ya hemos hablado algo, diremos que el primero de enero de 1934, existían en:

	Porcentaje de mujeres
Escuelas Superiores Medicina	71,4%
Escuelas Pedagógicas	49,3%
Escuelas de Agricultura	30,6%
Escuelas de economía social	34,9%
Escuelas industriales	19,8%

Sin embargo, no todas las mujeres actuales de la U.R.S.S. han podido beneficiarse de esta escuela de trabajo y aún menos de la enseñanza en los Institutos. El Gobierno soviético ha realizado grandes esfuerzos para liquidar el analfabetismo, desarrollar la cultura general y la calificación técnica de los adultos. El porcentaje de mujeres iletradas, que se elevaba al 87% antes de la revolución, ha sido reducido a menos del 15%, comprendiendo las ancianas, lo que de hecho reduce a casi cero el porcentaje de mujeres analfabetas entre las jóvenes.

No hay que decir que grandes cantidades de obreras frecuentan las diversas organizaciones culturales creadas en todo el país soviético; el club de la fábrica en donde asisten a fiestas educativas, conferencias literarias, científicas, políticas o técnicas; la biblioteca instalada en cada casa obrera o en el parque de cultura y reposo. En la fábrica se les entrega el periódico, redactado por los técnicos, mediante el cual podrán elevar progresivamente su calificación y aumentar su salario. Existen numerosos cursos por correspondencia. El campo no está olvidado. El porcentaje de estudiantes de origen koljosiano es muy elevado. Entre las «delegadas sanitarias», especie de enfermeras o revisoras de higiene, más del 70% son de origen campesino.

LA VIDA DE FAMILIA

A veces se oye decir, a propósito de la mujer soviética: «La vida de familia es imposible en la U.R.S.S. Si la mujer trabaja, el hogar queda destruido».

Es preciso elegir. La «mujer del hogar» es, para la mujer, la servidumbre con relación al hombre; es el abandono de sí misma y la prostitución, en muchos casos, el día en que el mando se aleja de la vida común, el renunciamiento a una cultura superior, absolutamente inútil para el trabajo de casa, la perspectiva de un empobrecimiento intelectual y moral progresivo, reducida a vivir en un círculo estrecho en el que los cambios de pensamiento son muy escasos, el desarrollo en el espíritu de la mujer y del niño, que crece junto a ella, de un individualismo egoísta y pretencioso opuesto al espíritu de solidaridad necesario en la construcción del socialismo.

Todo lo que contribuye al desarrollo de la inteligencia y de la conciencia de la mujer no puede encontrar su atmósfera adecuada en el hogar. Nadie ama a sus hijos como la mujer soviética. Los niños, cuya educación controla el Estado, encuentran en establecimientos especiales las mejores condiciones para su desarrollo físico e intelectual. La madre soviética tiene el derecho de vigilar el funcionamiento de estas instituciones y de visitarlas cuando quiere. Al menor motivo puede dar la señal de alarma en el seno de los comités de padres, de los que ella forma parte, que controla estos establecimientos. Su aviso será tenido en cuenta y la falta corregida.

Otra de las preguntas de la gente cándida es la siguiente: «¿La facilidad del divorcio no lleva en sí el abuso? ¿Las relaciones entre hombres y mujeres no pierden dignidad? ¿La mujer no será la primera perjudicada?»

En la Unión Soviética la supresión de los privilegios sociales ha abolido las barreras levantadas entre hombres y mujeres de diferentes clases. Ningún cálculo, ningún prejuicio de clase puede equivocar a una mujer ni quebrantar la armonía en la unión que haya libremente verificado.

Todo se halla establecido para que las personas de los dos sexos establezcan su hogar en el que reinará perfecta y durable tranquilidad: educación común de los hijos desde su más tierna edad; el hábito por el hombre de considerar a la mujer como igual, tan bien dotada, cultivada, tan socialmente útil como él mismo; la costumbre también de asociarla, satisfecho, a todas sus luchas y esperanzas; la propaganda realizada en favor de la

higiene sexual; la lucha enérgica y eficaz contra la prostitución; el sentido en el que toda la colectividad dirige los problemas de la educación; el potente y generoso movimiento de emulación que lleva la gran masa de la población hacia la edificación de una sociedad racional y justa. Todas estas condiciones sociales, en las que hombres y mujeres se desarrollan, forman un clima ideal que las prepara a conducirse en el amor con la serenidad y el mismo entusiasmo que aporta para solucionar todos los problemas de la vida nueva.

Bajo cualquier aspecto que se examine la vida de la mujer en la U.R.S.S. hay que convenir en que su suerte es envidiable. Sea en el dominio del trabajo, de la educación y de la cultura o de la familia ella tiene en sus propias manos todos los elementos para organizar su felicidad. Bien criada en su infancia, dotada de la más amplia instrucción que sea capaz de recibir, cumple su labor en condiciones de seguridad y rendimiento cada día mayores. Su salario, sus ingresos aumentan. Dentro y fuera de su hogar es respetada por todos. Y la maternidad no la asusta porque no teme, hoy o mañana, dejar sin recursos a sus hijos.

Tercer folleto

T. SEREBRENNIKOV

LA MUJER EN LA UNIÓN SOVIÉTICA*

PRÓLOGO

En este folleto nos proponemos contar algunas cosas sobre la mujer en la Unión Soviética.

Actualmente todo el pueblo soviético sostiene una guerra patria contra los invasores germanofascistas. En esta dura lucha, la mujer soviética desempeña una importante y honrosa tarea.

Duro era el destino de la mujer en la Rusia zarista. Por unos míseros céntimos la mujer se veía obligada a trabajar en los talleres y fábricas 12 y 13 horas diarias en durísimas e insostenibles condiciones. Estaba privada de todo derecho y en continua zozobra por su porvenir. Por temor a ser despedida, la mujer frecuentemente ocultaba su preñez y daba a luz en el mismo taller, junto al banco de trabajo, volviendo al día siguiente a éste. En el centro del país, en Moscú, más de una tercera parte de los hijos de familias obreras morían antes de llegar a tener un año. A la edad de 30-40 años, la mujer obrera era ya una inválida. La vida de la campesina era más dura aún: el trabajo agotador de sol a sol, los constantes reproches y palizas del amo y del marido, el analfabetismo; todo esto reducía a la mujer campesina a la condición de esclava.

La Revolución de Octubre de 1917 en Rusia entregó el Poder a los Soviets de Diputados Obreros y Campesinos. Los obreros y campesinos crearon su propio Estado. El Poder Soviético cambió *radicalmente* la vida de la mujer: la libró de la servidumbre y le concedió los derechos que corresponden a todo ser libre, la incorporó a la vida activa, a la edificación estatal y económica del país. La mujer soviética obtuvo la libertad e igualdad de derechos.

* Reproducimos el texto de T. Serebrennikov según la traducción publicada por Ediciones en Lenguas Extranjeras en 1943.

Ha comprendido y adquirido plena conciencia del origen de la verdadera libertad y de la verdadera igualdad de la mujer; por eso defiende tan decididamente su nueva vida.

Para nosotras no puede haber otra vida –dicen las obreras del heroico Leningrado–, que la vida del ser libre. Esta libertad nos la ha dado nuestra Patria libre, que nos sacó de la miseria y de la mayor desigualdad; y nosotras estamos dispuestas a cualquier sacrificio para defenderla contra la vil agresión.

En estas vigorosas palabras resuena la voz de millones de mujeres soviéticas que se alzaron en defensa de su tierra, en defensa de las grandes conquistas de la Rusia Soviética.

La mujer soviética defiende abnegadamente su Patria. Defiende el Poder conquistado a costa de la sangre del pueblo.

Ya en la primera Revolución Rusa, en el año 1905, muchas mujeres tomaron parte en las huelgas políticas de masas que abarcaron todo el país. Al lado de sus maridos, hermanos e hijos luchaban en las barricadas; afrontaban los trabajos forzados, el destierro, las cárceles, por la causa común: la libertad.

Durante la segunda Revolución Rusa, en febrero de 1917, las mujeres estaban en las primeras filas de los luchadores. Pocos días antes de la Revolución, el 23 de febrero (8 de marzo), en el Día Internacional de la Mujer, tuvo lugar en Petrogrado la primera gran manifestación de mujeres exigiendo el pan, la paz y el regreso de sus maridos del frente.

En las filas de los obreros y campesinos que lucharon por la Revolución de Octubre había muchas mujeres. Ellas custodiaban las fábricas, que servían de fortalezas para los obreros, organizaban destacamentos de sanidad, efectuaban exploraciones, procuraban armas, realizaban una labor de agitación entre los soldados.

Las mujeres prestaron una inmensa e inapreciable ayuda a la República Soviética en su lucha contra los invasores extranjeros y la contrarrevolución interior en el período de 1918-1920.

La economía del país estaba muy quebrantada; en todas partes reinaba la ruina, el hambre y el frío. Las mujeres sustituyeron

a los obreros que marcharon al frente y pusieron de su parte todo lo posible para asegurar la victoria del Ejército Rojo: trabajaban en los talleres y fábricas, en los campos, en las minas y como fogoneras en las locomotoras. Se entrenaban en los ejercicios militares, ingresaban en las unidades del ejército como enfermeras, exploradoras, tiradoras de ametralladora y como combatientes de filas. Lucharon heroicamente contra los más viles enemigos de la joven República Soviética, los alemanes, que la habían agredido en 1918. Muchas mujeres se destacaron en los combates de Narva, donde las tropas alemanas, que trataban de abrirse paso hacia Petrogrado, recibieron un golpe fulminante de las fuerzas soviéticas.

Un brillante ejemplo de la participación de las mujeres en masa en la lucha armada, lo constituye la defensa de Petrogrado en 1919, cuando el enemigo se encontraba en los accesos de esta gran ciudad. Toda la población trabajadora, como un solo hombre, se lanzó en su defensa.

Después de un corto período de instrucción militar, 2.660 obreras marcharon al frente; cerca de 12.000 obreras marcharon para realizar trabajos de retaguardia y de fortificación. Además de esto, a las mujeres se encomendó la custodia de las empresas e instituciones del Estado: la Central de Correos y Telégrafos, las fábricas y los puentes. Las mujeres cumplieron valientemente con su deber, contribuyendo con todos los medios a su alcance a la derrota del enemigo y a la defensa de Petrogrado.

En la lucha por la Patria, las mujeres dieron pruebas de un verdadero heroísmo. Bajo el incesante fuego enemigo, retiraban del campo de batalla a los combatientes heridos y les cuidaban solícitamente. Marchaban en las primeras filas, a pesar de que a las mujeres que caían prisioneras los guardias blancos las sometían a los mayores escarnios y brutales torturas, las violaban y ejecutaban.

La vida combativa de la obrera Balándina, enfermera del Ejército Rojo, personifica la vida de centenares y millares de mujeres soviéticas. Desde el año 1918 hasta el final de la guerra civil, Balándina trabajaba como enfermera y propagandista del Ejército Rojo en el frente Este.

Durante un combate, mientras atendía a los heridos, cayó

prisionera de las bandas de Kolchak. La condenaron a ser fusilada. En el camino hacia el lugar de la ejecución, Balándina logró ganarse a los soldados que la escoltaban y junto con ellos volvió a las filas del Ejército Rojo. Cerca de Ishim, el escuadrón en que trabajaba Balándina quedó cercado. En el momento crítico, Balándina se lanzó hacia adelante, arrastrando con su ejemplo al escuadrón, y el enemigo fue arrollado. En 1920, Balándina fue enviada al frente Oeste. A pesar de la grave contusión que recibió durante uno de los combates, no abandonó el ejército hasta el final de la guerra civil.

Gran número de mujeres luchaban en la retaguardia enemiga, en los destacamentos de guerrilleros. Muchas de las que trabajaban en la ilegalidad perecieron en las cámaras de tortura de los guardias blancos.

En 1920, en Odesa, los guardias blancos condenaron a muerte a 9 jóvenes comunistas que trabajaban en la ilegalidad, entre ellos a dos muchachas: Ida Krasnoschókova y Dora Liubárskaia. A pesar de los escarnios y torturas durante el interrogatorio, las muchachas no dejaron escapar ni una palabra. Con absoluta serenidad escucharon el veredicto. Las últimas palabras de las acusadas fueron éstas:

Todo de lo que se nos acusa lo hemos hecho con plena conciencia y estamos orgullosas de haber procedido así; no intentamos pedir clemencia, estamos convencidas de que nuestra causa triunfará.

Esta serenidad, esta firmeza y elevación de espíritu no las abandonó hasta sus últimos momentos.

Es imposible leer sin emocionarse la carta de Ida a sus padres, escrita la víspera de su ejecución:

Queridos padres: Dentro de 24 horas seré ahorcada. Me marchó de la vida con la conciencia tranquila de haber cumplido con mi deber. Sólo siento el no haber podido hacer mucho más. Estoy muy animada, absolutamente tranquila, y no sólo yo, sino también todos los demás. Cantamos, charlamos sobre cuestiones políticas... Tengo 20 años, pero siento que

en estos últimos días me he hecho mucho mayor. Querida hermana, no te entristezcas por mí; consuela a mamá... A tu hijito le dejo como legado el hacer lo que no he logrado hacer yo. En este momento tengo un solo deseo: que vosotros todos, queridos míos, consideréis mi muerte como la considero yo: de un modo consciente y no como algo terrible. ¡Adiós!

I. K.

Todos estos sacrificios no fueron en vano. Con su sangre, las obreras y campesinas ayudaron a la joven República Soviética a conservar y consolidar las conquistas de la Gran Revolución de Octubre. En su ejemplo fue educada la nueva generación de mujeres, que actualmente sostienen la heroica lucha contra las hordas hitlerianas.

LO QUE EL ESTADO SOVIÉTICO HA DADO A LA MUJER

El cuarto de siglo de existencia del Poder soviético transformó por completo la vida de la mujer. La mujer en la U.R.S.S. goza de todos los derechos, igual que el hombre.

A la vez que el Gobierno soviético proclamó la igualdad política de la mujer, le concedió la igualdad económica: el derecho a ocupar cualquier puesto, a realizar cualquier trabajo y a recibir la misma remuneración que el hombre por igual trabajo. Lenin lanzó la consigna: «Cada cocinera debe aprender a administrar el Estado». La incorporación de todas las mujeres, incluso de las que antes estaban más atrasadas, a la vida política, se convirtió en una de las más importantes tareas de los Soviets.

La actuación en los Soviets, el trabajo en las fábricas, en los campos y en las instituciones se convirtió en una escuela, en la que se educó la nueva mujer soviética. La mujer llegó a sentirse un miembro con todos los derechos en la sociedad soviética.

Actuando en los Soviets locales, las mujeres adquirieron la capacitación necesaria para el trabajo en los órganos centrales del Poder estatal. En las últimas elecciones generales, celebradas en 1939, 457.000 mujeres fueron elegidas diputadas de los So-

viets locales de trabajadores. Para los Soviets Supremos de las Repúblicas Federadas y de las Repúblicas Socialistas Soviéticas Autónomas, que integran la Unión Soviética, fueron elegidas 1.480 mujeres diputados. Entre los diputados designados para el órgano supremo del Estado soviético —el Soviet Supremo de la U.R.S.S.— hay 227 mujeres. Son las mejores representantes de nuestro país, quienes, con su ejemplar trabajo, con su abnegado amor a la Patria, se han ganado la confianza de los electores.

He aquí la vida de Praskovia Nikítichna Pichúguina, diputado al Soviet Supremo de la U.R.S.S., una mujer de vanguardia en el País Soviético.

Mucha miseria y desdichas sufrió durante el tenebroso período de la Rusia zarista, cuando la mujer no tenía ningunos derechos. Su padre servía como ayudante de portero en Petrogrado. La miseria, el hambre, el frío, el húmedo y enmohecido sótano, el estrecho patio, al que nunca llegaban los rayos del sol: esto fue lo que ella conoció en su infancia. Luego su vida se hizo más dura aún. Tuvo que marcharse a trabajar al campo, al servicio de un amo; allí Praskovia Pichúguina llevaba a pastar los terneros. Más tarde pasó a trabajar en el ferrocarril. Durante un gran incendio, tan frecuentes en las antiguas aldeas zaristas con sus techados de paja, sus padres perecieron entre las llamas y Praskovia quedó sola entre gentes extrañas.

El Poder soviético trajo una nueva vida al campo. Se despertaron las dormidas fuerzas del pueblo. También se destacó Praskovia Pichúguina. Era una persona bondadosa, magnífica y enérgica trabajadora: sólo entonces la conocieron en el pueblo, y, en cuanto la conocieron, le tomaron cariño. Las mujeres la eligieron como representante suya y Pichúguina se dedicó al trabajo social. Creó una casa-cuna y organizó el trabajo para la liquidación del analfabetismo. Los vecinos cada vez con mayor frecuencia se dirigían a ella en busca de consejo y ayuda. En 1929, Praskovia Nikítichna, con su marido y sus hijos, se trasladó a Moscú y comenzó a trabajar como peón de albañil en la construcción de la gran fábrica de cojinetes de bolas «Sharikopodshípnik». Pronto se familiarizó con el nuevo ambiente y, como todos los obreros y obreras de la U.R.S.S., terminó un cursillo de instrucción técnica, y poco después formó en las filas

de las mejores obreras de fábrica. Debido a su bondad, a su iniciativa y su disposición de consagrar todas sus energías y todo su tiempo al trabajo social, Pichúguina se convirtió en la persona más popular y más querida de toda la fábrica.

Pichúguina fue elegida diputado del Soviet de Moscú; más tarde, presidente del Soviet de Diputados de los Trabajadores del barrio de Taganka de la ciudad de Moscú, barrio que cuenta con 230.000 habitantes. Pichúguina desempeñó perfectamente este cargo y conquistó general aprecio como uno de los mejores dirigentes de los Soviets de barrio de Moscú. En las primeras elecciones para el Soviet Supremo de la U.R.S.S., en 1937, P. N. Pichúguina fue elegida diputado por el barrio de Taganka de la ciudad de Moscú.

En la U.R.S.S. muchas mujeres ocupan altos y responsables cargos en la administración del Estado. Por ejemplo, Chimnás Aslánova es vicepresidenta del Soviet Supremo de la U.R.S.S., N. G. Grek es presidenta del Soviet Supremo de la R.S.S. de Bielorrusia; la turkmena Karandzháieva es Comisaria del Pueblo de Justicia de la R.S.S. de Turkmenia. Estas mujeres salieron de la masa del pueblo, habiendo experimentado toda la dureza de la vida de antes de la Revolución. Nadezhda Grigórievna Grek aún hoy recuerda cómo, a la edad de 10 años, comenzó a trabajar como pastorcilla en la finca de un kulak, y, cómo en una ocasión, cuando se le extravió un cerdo, el enfurecido amo la apaleó hasta dejarla medio muerta.

La activa participación en el trabajo de los Soviets es sólo una de las manifestaciones de la intensa actividad política y social de la mujer en el País Soviético.

Cerca de 10.000.000 de mujeres están afiliadas a los sindicatos, que juegan un enorme papel en la vida política del país. En 1940, actuaban en los sindicatos 650.000 mujeres, habiendo sido elegidas como miembros de los Comités Centrales, de los Comités republicanos y regionales, de los Comités de fábrica y de taller y de los grupos sindicales; 57 mujeres encabezaban los Comités Centrales de diferentes sindicatos, ocupando los cargos de presidente o secretario responsable de éstos.

Ya antes de la guerra patria del pueblo soviético, más de 100.000 mujeres eran miembros de las juntas directivas y comi-

siones de cuentas en las sociedades cooperativas de consumo. La organización de koljoses abrió enormes posibilidades para el desarrollo de la actividad política de las mujeres. Decenas de millares de koljosianas son presidentas de koljoses, jefas de brigada y de grupo. Amplias masas de muchachas y mujeres soviéticas están afiliadas a diferentes organizaciones sociales y agrupaciones juveniles, culturales, técnicas, científicas, deportivas, de defensa, etc.

Completamente diferente es el cuadro que vemos en la Alemania fascista: allí la mujer está privada de todo derecho, se halla oprimida, convertida en una «máquina de reproducción». Antes de la llegada de los fascistas al Poder, en el Reichstag alemán había varias mujeres; pero los bárbaros fascistas consideran que la mujer no debe tener ninguna participación en la vida política y social. En el congreso fascista de Nüremberg, Hitler declaró que «la presencia de la mujer en el Reichstag sería una deshonra para éste», y ahora no hay ni una sola mujer diputado en el Reichstag. Durante las llamadas «elecciones» ni siquiera se incluye a las mujeres en las listas de candidatos.

EL TRABAJO LIBRE DE LAS OBRERAS Y KOLJOSIANAS

La base de las conquistas políticas de la mujer soviética y de la general transformación de su vida está cimentada en la incorporación al trabajo de las vastas masas de la población femenina.

(...) La obra iniciada por el Poder soviético –decía Lenin–, podrá ser llevada adelante sólo cuando, en lugar de centenares de mujeres en toda Rusia, participen en ella millones y millones de mujeres.¹

¹ *Lenin*, Ob. compl., t. XXIV, pág. 472, ed. rusa. [Cfr. LENIN, V. I.: *Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética* (1919); en *Obras Completas*, t. 39, p. 213. Editorial Progreso, Moscú, 1986; en esta edición, p. 15. | N. de la E.]

Como resultado del gigantesco desarrollo de la industria en la ciudad y en el campo, en el momento de la p rfida agresión de los fascistas alemanes contra la Unión Soviética, más de 30 millones de mujeres participaban en la edificación del Estado soviético. Este enorme ejército de trabajo estaba formado por cerca de 19 millones de koljosianas y más de 11 millones de obreras y empleadas. En 1939, las mujeres constituían el 40 por ciento de todos los obreros y empleados de la U.R.S.S., el 43 por ciento de los obreros industriales, y en algunas ramas, por ejemplo entre el personal pedagógico y médico, las mujeres formaban la inmensa mayoría.

En la Unión Soviética rige ahora para todos los trabajadores la jornada de 8 horas; en los oficios peligrosos, subterráneos y perjudiciales para la salud, la jornada es sólo de 7 horas. Hasta junio de 1940, la jornada era de 7 y 6 horas respectivamente.

Durante la guerra patria, por iniciativa de los mismos obreros, fue promulgada una ley que permite prolongar la jornada en los talleres y fábricas que trabajan para las necesidades de la defensa, pero no más que en tres horas. Según la ley soviética, por cada hora de trabajo extra, el obrero recibe paga y media.

Aualmente, la mujer soviética goza de un descanso de dos semanas, recibiendo su sueldo. En algunas clases de trabajo, las obreras gozan de un descanso anual de tres a cuatro semanas.

En todos los casos de incapacitación temporal para el trabajo –sea a causa de enfermedad, por accidente o por la necesidad de cuidar a algún miembro de la familia enfermo–, las obreras y empleadas reciben un subsidio de la caja del seguro social, cuyo fondo se forma con las aportaciones de las empresas e instituciones. Lo mismo que todos los trabajadores de la U.R.S.S., las obreras gozan de asistencia médica gratuita. Tienen a su disposición una amplia red de clínicas y hospitales, sanatorios para enfermedades generales y especiales, casas de reposo.

En la U.R.S.S. se dispensa a la maternidad toda clase de atenciones y cuidados. Todas las mujeres que trabajan gozan de un permiso obligatorio durante el embarazo y después de dar a luz. Las obreras y empleadas tienen cinco semanas de permiso antes de dar a luz y cuatro semanas después, recibiendo su salario

íntegro. Las koljosianas reciben un permiso de cuatro semanas antes y cuatro semanas después de dar a luz, conservando durante estos dos meses la mitad de lo que les corresponde, término medio, por las jornadas de trabajo ganadas y que les paga el koljós. Durante el día las madres tienen intervalos especiales para amamantar a sus hijos (cada tres horas, una media hora).

La ley soviética prohíbe despedir del trabajo a las mujeres en cinta. La administración de la fábrica o institución está obligada a pasarlas a trabajos más fáciles. Está prohibido emplear en trabajo nocturno a las mujeres embarazadas o hacerlas trabajar horas extra.

En la U.R.S.S. también se ha hecho mucho para aliviar el trabajo doméstico de la mujer, para facilitar sus faenas en el hogar. En todo el país existe una amplia red de instituciones que atienden a los niños de pecho y de edad preescolar (casas-cuna, jardines infantiles, comedores infantiles, etc.). De la magnitud alcanzada por este trabajo se puede juzgar por el hecho de que en 1940 fueron atendidos por las casas-cuna e instituciones preescolares más de siete millones de niños hasta la edad de 7 años.

Estas instituciones son de enorme importancia para el desarrollo político, social y cultural de la mujer: así le queda tiempo libre para participar en la vida social, para el estudio, para el descanso, para el recreo, para la educación de sus hijos.

Según las leyes soviéticas, el trabajo de la mujer se paga con arreglo al principio: «Igual remuneración por igual trabajo», y no son raros los casos en que una obrera, habiendo dominado bien la técnica de su oficio, gana considerablemente más que un hombre que trabaja en el mismo oficio, pero que trabaja peor.

La mujer soviética está tranquila por su presente y su porvenir. Sus derechos están salvaguardados por el artículo 122 de la Constitución de la U.R.S.S. que dice:

En la U.R.S.S. se concede a la mujer iguales derechos que al hombre, en todos los dominios de la vida económica, pública, cultural, social y política.

La posibilidad de ejercer estos derechos está asegurada por la concesión a la mujer de derechos iguales a los del hombre en cuanto al trabajo, al salario, al reposo, a los segu-

ros sociales y a la instrucción, por la protección por el Estado de los intereses de la madre y del niño, por la concesión a la mujer de permisos de embarazo, con disfrute de salario, por una vasta red de maternidades, casas-cuna y jardines de la infancia.²

En estas palabras de la ley soviética queda jurídicamente afianzado lo que la mujer ya había conquistado en la práctica.

En la Rusia zarista, por cada 100 mujeres obreras y empleadas, 80 trabajaban como sirvientas, jornaleras y obreras del campo. Actualmente sólo 8 de cada 100 mujeres trabajan como sirvientas y jornaleras. En la construcción de maquinaria, la rama industrial que exige un trabajo más calificado, en 1939 las mujeres constituían una tercera parte del número total de obreros ocupados en esta industria, mientras que en la Rusia zarista eran sólo el 2 por ciento.

También en el transporte ferroviario la mujer trabaja ahora en sectores de importancia. En 1928 únicamente había en todo el país 6 mujeres ayudantes de maquinista y ninguna maquinista. En 1939 ya había más de 4.000 mujeres que conducían perfectamente las locomotoras y cerca de 5.000 más que se preparaban para el oficio de maquinista.

En el transporte mecánico urbano, así como en los servicios de enlace y transmisiones –telégrafo, teléfono, correo, radio–, la mujer ocupa una posición firme en las filas de los trabajadores calificados.

Cualquier obrera en la U.R.S.S., si posee los correspondientes conocimientos y capacidad de organización, puede ser designada para un puesto dirigente en la administración: puede ser jefa de brigada, contra maestre, ingeniera, jefa de una estación ferroviaria, directora de una fábrica, etc.

A los trabajadores de la Unión Soviética los distingue un rasgo admirable: es la nueva actitud hacia el trabajo. No trabajan

² Hemos sustituido la traducción presente en el folleto por la versión castellana «oficial»: *Constitución (ley fundamental) de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas*, páginas 106-107. Editorial Partisdat, Moscú, 1937. | N. de la E.

para un dueño, sino en su propio beneficio y saben que cuanto más productivo sea su trabajo, tanto más desahogada será su vida, tanto más poderosa y rica será su Patria. La conciencia de esto engendra un verdadero heroísmo en el trabajo. De una carga pesada, de trabajo de esclavos, como era en la antigua Rusia, el trabajo en la U.R.S.S. se ha convertido en «una causa *de honor, de gloria, de valentía y heroísmo*» (Stalin). En la emulación socialista, que abarca a muchos millones de trabajadores de la U.R.S.S., a las mujeres les corresponde un puesto de honor.

El movimiento stajanovista, que surgió en el año 1935, dio magníficos resultados. Entre las mujeres obreras y empleadas hay muchas stajanovistas, verdaderas heroínas del trabajo.

La iniciadora del movimiento stajanovista en la industria textil fue la experta tejedora Eudoquia Vinográdova. Ya en 1935 Vinográdova batió el récord mundial, atendiendo simultáneamente 216 telares automáticos. Este triunfo cubrió de gloria el nombre de Eudoquia Vinográdova en la Unión Soviética y la hizo célebre en todo el mundo.

La vida de Eudoquia Vinográdova es un caso simple y típico de la vida de muchas mujeres soviéticas. Ya en su infancia ella soñaba con ser tejedora; le gustaba mucho visitar las fábricas textiles, de las que hay muchas en su ciudad natal: Vychuga. A la edad de 16 años ingresó en la escuela de aprendizaje de una fábrica. Estudiaba con gran aplicación, leía mucha literatura sobre este oficio y logró magníficos resultados. En 1931 terminó sus estudios en la escuela, obtuvo el puesto de tejedora y, ya en la fábrica, la encargaron de atender 16 máquinas. Al cabo de un mes sobrepasó la norma de producción y comenzó a atender mayor número de telares. Trabajaba siempre sin fallas. El «secreto» de su éxito consistía en que había ideado un nuevo y más rápido procedimiento de atar los hilos y distribuyó mejor el conjunto de telares que atendía.

En mayo de 1935, Vinográdova ya atendía 70 telares. Al mismo tiempo que ella, luchaban por la alta productividad del trabajo sus numerosas discípulas que trabajaban en diferentes fábricas. En noviembre de 1935, para la fecha del XVIII aniversario de la Revolución de Octubre, Vinográdova alcanzó un nuevo éxito: ya atendía 144 telares, es decir, había sobrepasado el

récord americano en un 150 por ciento. Sin darse por satisfecha con esto, Vinográdova pronto pasó a atender 216 telares.

En 1936, siendo ya estudiante en el Instituto de la Industria Textil, Vinográdova volvió a trabajar como tejedora durante mes y medio. Alcanzó un nuevo récord mundial: atendía simultáneamente 284 telares automáticos. El Gobierno de la U.R.S.S., apreciando en alto grado los méritos de Vinográdova, la condecoró con la Orden de Lenin. Durante las elecciones para el Soviet Supremo de la U.R.S.S., fue elegida diputado de este órgano supremo del Poder soviético.

Otra mujer que goza de gran popularidad en el País Soviético es Zinaída Tróitskaia, la primera mujer en el mundo conductora de locomotoras y la primera mujer en el mundo jefe de una línea ferroviaria. Hace relativamente poco tiempo que terminó la escuela de aprendizaje y trabajaba como simple cerrajera. Gracias a su capacidad, inteligencia y energía, pronto pasó a trabajar como maquinista. Por una serie de grandes éxitos alcanzados en el trabajo, el Gobierno de la U.R.S.S. la condecoró con la Orden de Lenin. En 1939, Zinaída Tróitskaia ya era jefe del ferrocarril de circunvalación de Moscú.

Es interesante comparar la vida de Zinaída Tróitskaia con la vida de la primera mujer rusa que trabajó en el transporte ferroviario: O. S. Knushevítskaia. En 1863 fue nombrada cajera de la estación de Viásniki. En 1913 se cumplieron 50 años que prestaba sus servicios en el ferrocarril, y aún seguía en el mismo puesto de cajera.

Muchas mujeres soviéticas alcanzaron éxitos tan notables como los de Eudoquia Vinográdova y Zinaída Tróitskaia.

La tejedora T. Odintsova, la principal «rival» de E. Vinográdova; la mecánica ajustadora S. Fédorova; la obrera constructora del «Metro» T. Fédorova, son conocidas en todo el país. Y así podríamos citar centenares y millares de nombres.

También en la aldea soviética, en la que en el pasado la vida de la mujer era sobre todo dura y difícil, surgió el hombre nuevo.

Con el régimen soviético y la creación de los koljoses, la vida de la mujer campesina cambió radicalmente. Lo mismo que la mujer soviética en las ciudades, la koljosiana goza de todos los derechos políticos, del derecho a igual remuneración por igual

trabajo y está protegida por la legislación social.

En 1940, las mujeres realizaron cerca del 40 por ciento de todos los trabajos del campo en los koljoses. La koljosiana ocupó un importante puesto entre los cuadros calificados de la agricultura. En 1940 había en la U.R.S.S. 27.000 mujeres conductoras de tractores y 6.600 mujeres conductoras de segadoras-trilladoras.

Igual que los hombres, las mujeres participan en la dirección de los koljoses. En el mismo año 1940, 40.000 koljosianas trabajaban como directoras de granjas ganaderas y 42.500 como jefas de brigada. Y hay que tener en cuenta que los jefes de brigada y los directores de las granjas son los organizadores inmediatos del trabajo agrícola. Cerca de 15.000 mujeres eran presidentas y vicepresidentas de koljoses y cumplían a la perfección sus complicadas tareas económico-administrativas.

La nueva aldea koljosiana creó sus propias heroínas del trabajo, verdaderas innovadoras en la producción agrícola, conocidas no sólo en la U.R.S.S., sino también más allá de sus fronteras. Tales son María Démchenko, Pasha Anguélina, Pasha Kovardak y muchas otras.

María Démchenko, una simple koljosiana, fue la primera que logró una extraordinaria cosecha de remolacha azucarera, como no se había obtenido nunca hasta entonces en Rusia.

María Démchenko es hija de una familia de campesinos pobres. Durante los primeros años de su infancia, ella supo lo que es la miseria. Pero el Poder soviético acabó con esta miseria. En su aldea se organizó un koljós y María Démchenko, después de terminar unos cursos agrotécnicos, pasa rápidamente a ocupar su puesto entre los mejores koljosianos de choque. En 1934, ella con su grupo logró recolectar 469 quintales de remolacha azucarera por hectárea. El koljós la envía de delegada al Congreso de koljosianos de choque, celebrado en Moscú, como la mejor koljosiana de choque. Ya en el Congreso, se enteró de que había batido el récord de la Unión Soviética. Es la heroína del día; la eligen para la presidencia del Congreso, y los dirigentes del Gobierno sencillamente cambian opiniones con ella. En este Congreso, María Démchenko se comprometió a recolectar con su grupo, en la cosecha del 1935, no menos de 500 quintales por

hectárea. Las condiciones meteorológicas del año 1935 fueron extremadamente desfavorables. En la primavera sobrevinieron unas heladas que quemaron la mitad de los brotes; el verano fue extraordinariamente seco: durante 106 días no cayó ni una gota de lluvia; nubes de lepidópteros volaban sobre los campos y destruían las plantas. Pero todas estas dificultades no quebrantaron la tenacidad de las jóvenes koljosianas. La constancia y porfía en el trabajo, el conocimiento de la agrotécnica, la firmeza de ánimo y la habilidad vencieron todas las dificultades. El 23 de septiembre de 1935, María Démchenko informó a J. V. Stalin que había cumplido su promesa: isu grupo recolectó 523,7 quintales de remolacha por hectárea!

Démchenko logró difundir ampliamente su experiencia, sus procedimientos de trabajo, propagándolos incansablemente. Algunas de las discípulas de Démchenko muy pronto sobrepasaron a su maestra. Siguiendo a las koljosianas que lograron recolectar 500 quintales de remolacha por hectárea, aparecieron koljosianas que recolectaban 800 y 1.000 quintales por hectárea. En 1939, la koljosiana S. Ketishvili, de Georgia, logró recoger 1.200 quintales de remolacha azucarera por cada hectárea. La kirguisa Tesikbáieva recoge anualmente de 1.100 a 1.200 quintales por hectárea. Desde el 1939, la camarada Tesikbáieva es miembro del Instituto para el cultivo de remolacha de la U.R.S.S.

En su lucha por una elevada cosecha, todas estas koljosianas no sólo se basan en sus grandes experiencias en el trabajo y en su iniciativa, sino también en las últimas conquistas de la agronomía, introduciendo en ésta sus modificaciones. El profesor de agronomía Karpenko, antes de publicar su obra sobre el cultivo de la remolacha, la entregó para su discusión a las koljosianas que habían batido el récord en la recolección de remolacha; aceptando luego una serie de modificaciones y enmiendas propuestas por ellas.

Las koljosianas soviéticas dan cada vez nuevas recordistas en su lucha por una elevada cosecha. B. Baguírova y A. Alieva de Azerbaiyán recogen de 151 a 155 quintales de algodón por hectárea, sobrepasando en mucho a todos los récords mundiales. En la parte noreste de la región de Novosibirsk, que es poco fértil, la koljosiana A. Kartávaia recoge 907 quintales de patatas por hec-

tárea de terreno; en el distrito de Marfinsk, de la misma región, la koljosiana A. Iúzhkina recoge 1.217 quintales. En el territorio del Altai, el grupo de A. Serguéieva recolectó 101 quintales de trigo de primavera por hectárea: una cosecha inusitada en todo el mundo. Podríamos citar infinidad de tales ejemplos. Además, el número de koljosianas que recogen cosechas varias veces mayores que la cosecha media aumenta de año en año y ya son millares en cada región de la U.R.S.S.

Estos éxitos, que colocaron a la mujer koljosiana a igual altura que el hombre, no los consiguieron con facilidad. Tanto María Démchenko como otras muchas mujeres de vanguardia en la aldea soviética, tuvieron que vencer la desconfianza, y las burlas, y, a veces, hasta la hostil oposición por parte de las capas más atrasadas entre los campesinos y de los enemigos directos del Poder soviético. Cuando Pasha Anguélina anunció que se marchaba a estudiar a la escuela de tractoristas, sus vecinos se rieron de ella. Pero Pasha no se desanimó por esto; terminó la escuela y comenzó a trabajar de tractorista. Un año más tarde, organizó toda una brigada de muchachas tractoristas: la primera en toda la Unión Soviética. Muy pronto la brigada de Anguélina comenzó a cumplir y rebasar sus normas, y conquistó el primer puesto en el concurso de tractoristas de toda Ucrania. Cada año Anguélina aumentaba el rendimiento de su brigada, habiendo llegado en el 1938 a roturar 1.302 hectáreas por tractor.

El ejemplo de mujeres como Démchenko, Anguélina y otras entusiasmó y atrajo a muchas koljosianas. No hay ni una sola rama de la agricultura que no se haya incorporado al potente movimiento stajanovista que abarcó a todo el país. Cada año surgen nuevas y nuevas heroínas del trabajo. Por ejemplo, la ordeñadora Melnichuk obtuvo durante un año 12.339 litros de leche de cada vaca, y U. Barkova, 16.262 litros. La jefa de una brigada de tractoristas, V. Bajóldina, organizando el trabajo ininterrumpido, por turnos, logró un rendimiento anual de 5.014 hectáreas (calculado como trabajo de roturación) por cada tractor-oruga, y 2.100 hectáreas por cada tractor de ruedas, habiendo economizado además 24 toneladas de combustible.

El Gobierno distingue a estas mujeres innovadoras con las más altas condecoraciones de la Unión y el pueblo las elige para

los cargos de gobierno. P. Anguélina, M. Démchenko, A. Aléeva, A. Kartávaia y muchas otras han sido elegidas diputadas al Soviet Supremo de la U.R.S.S.

DESARROLLO CULTURAL DE LA MUJER EN LA U.R.S.S.

La Patria no sólo concedió a la mujer soviética completos derechos políticos, sociales y civiles, sino que también abrió, ante ella, el camino del trabajo libre y creador, puso a su alcance todos los bienes de la cultura y del saber, inaccesibles antes para ella. En la antigua Rusia zarista, por cada 100 habitantes 73 no sabían ni leer ni escribir. Las campesinas y obreras eran analfabetas casi en su totalidad. El Poder soviético, ya desde los primeros años de su existencia, desarrolló una decidida lucha contra esta horrible ignorancia del pueblo.

Hoy, gracias a la enorme labor cultural desarrollada por el Gobierno soviético, la U.R.S.S. se ha ido transformando en un país de amplia instrucción. En 1938-39, el número de estudiantes —contando niños y adultos— en todas las ramas de la enseñanza llegaba a 47.500.000 personas.

En esta general campaña por el saber, las mujeres del País Soviético se encuentran en las primeras filas. La ansiedad que por el estudio sienten las masas trabajadoras ha sido magníficamente expresada por las koljosianas del distrito de Geórguievsk, en su carta a Stalin en 1933:

Al tomar en nuestras manos la administración de la vida y de la economía social, sentimos que la instrucción no es para nosotras un lujo, sino una necesidad suprema, como el agua para el sediento.

Lo mismo que estas koljosianas, millones de mujeres trabajadoras de la U.R.S.S. estudian con placer y tenacidad. El analfabetismo de la mujer ha quedado relegado al pasado, junto con la falta de derechos y la humillación.

Pero sólo el saber leer y escribir ya no satisface a las mujeres

soviéticas; ellas continúan sus estudios en diferentes escuelas, en cursos para adultos, en universidades e institutos.

Gran número de obreras y koljosianas asisten a cursillos técnicos relacionados con su profesión, lo que les permite elevar su calificación. En un plazo de cinco años —desde 1936 hasta 1940— más de cinco millones de mujeres terminaron diversos cursos y escuelas profesionales e industriales.

El desarrollo cultural de la mujer soviética se refleja igualmente en el aumento de sus demandas. La cultura, en sus más diversas manifestaciones, ha penetrado sólidamente en su vida diaria.

Antes de la Revolución de Octubre, la aplastante mayoría de los obreros y obreras se albergaban en viviendas colectivas, húmedas, oscuras e inmundas, en estrechas barracas, incluso en cuevas. Los campesinos vivían en pobrísimas y semiderruidas isbas, techadas de paja y en las que muchas veces se encerraba también el ganado. Completamente distinta es hoy la vida de los trabajadores. Los obreros viven en casas nuevas, recientemente edificadas, espaciales y llenas de luz, con todo el confort moderno. Tampoco va a la zaga de la ciudad la aldea koljosiana: las casas de los koljosianos son amplias, los patios están limpios, cada casa tiene su jardín y huerta.

Magníficamente está organizado en la U.R.S.S. el servicio sanitario. No existe rincón del país, por alejado que esté, donde los habitantes no reciban gratuitamente la asistencia médica necesaria. Por todo el país han sido construidos decenas de miles de consultorios, policlínicas, hospitales, dispensarios, casas de maternidad, etc.

En la Rusia zarista, el deporte era una distracción de un círculo muy estrecho de jóvenes adinerados. Hoy, la lucha por la cultura física se ha transformado en un verdadero movimiento de masas. Y en este enorme ejército de atletas soviéticos, las mujeres forman casi una tercera parte.

Ha desaparecido el enorme abismo que existía en otros tiempos entre la ciudad y el campo. La radio ha ligado los rincones más alejados del país con todo el mundo. Periódicos, libros, revistas, teatros y cines son no sólo patrimonio de la ciudad, sino también de la aldea, no sólo de la obrera, sino también de la

koljosiana.

Las obreras y koljosianas no se limitan a leer los periódicos, sino que envían a ellos sus propias correspondencias, describiendo la vida de sus koljoses y fábricas, poniendo al descubierto y criticando los defectos de su administración y de su vida cotidiana. La mujer soviética, asimismo, escribe en la prensa sobre cuestiones políticas y económicas. Basta señalar que durante la discusión llevada a cabo por todo el pueblo del proyecto de ley sobre la prohibición del aborto, sólo el periódico *Pravda* recibió de sus lectoras más de nueve mil cartas, muchas de las cuales fueron publicadas.

La nueva vida dio a la mujer del País Soviético la posibilidad de gozar de los frutos del arte: teatro, cine, música, literatura, museos. En 1938, cada obrera joven había asistido, por término medio, no menos de cuatro veces al mes al teatro, cine, a algún club o museo. Por cada 100 jóvenes koljosianas, en la edad de 16 a 25 años, 94 asisten con regularidad al cine y 72 al teatro, a los conciertos y al circo. ¿En qué aldea de Rusia había antes de la Revolución de Octubre club, cine o teatro?

Grandiosos son los éxitos alcanzados por la mujer soviética en el terreno de la instrucción superior. En la Rusia de antes de la Revolución, la mujer sólo tenía acceso a un círculo muy limitado de profesiones y a muy pocos establecimientos de enseñanza superior, y hay que tener en cuenta, además, que en la mayoría de los casos se trataba de mujeres pertenecientes a las capas privilegiadas y acaudaladas. El Poder soviético abrió ante las mujeres trabajadoras las puertas de todos los establecimientos de enseñanza superior y les aseguró la preparación necesaria para el ingreso en éstos.

El número de [mujeres] estudiantes en las escuelas superiores crece de día en día y en 1940, alcanzada elevada cifra de 384.000. Esta cifra es 13 veces mayor al número de mujeres que estudiaban en las escuelas superiores de la Rusia zarista y muy superior al número de muchachas que estudian en todos los países de Europa juntos.

En la U.R.S.S. han sido creados cuadros de muchos millones de mujeres de las más diversas especialidades: un enorme ejército de la intelectualidad femenina.

A fines del siglo XIX, en Rusia había en total 7.000 mujeres con instrucción superior. Sólo durante los últimos 13 años (1928-1940), en la U.R.S.S. terminaron sus estudios en la escuela superior 354.000 mujeres. A comienzos de 1939, había 6.000.000 de mujeres con instrucción media.

La mujer ha conquistado un sólido puesto absolutamente en todas las profesiones intelectuales.

Más de millón y medio de mujeres trabajan en la enseñanza, en la ciencia, en el arte y en la prensa.

Las maestras forman la aplastante mayoría entre el profesorado, no sólo en las escuelas primarias, sino también en las escuelas medias. Muchísimas mujeres ocupan cátedras en las escuelas superiores.

La maestra soviética no sólo se ocupa de la enseñanza de los niños, sino que forma ciudadanos soviéticos, patriotas ardientes de su país, personas honradas, inteligentes y audaces.

Entre las maestras de la U.R.S.S. se encuentran muchas verdaderas heroínas del trabajo. En el acto celebrado en Moscú con motivo de los 50 años de servicios en la escuela de la maestra nacional A. M. Rúdnieva, junto con los pequeñuelos asistieron personas ya de edad avanzada. Los viejos obreros felicitaron emocionados a la homenajeadá, y contaron cómo les había instruído a ellos y a sus hijos y que ahora instruía a sus nietos.

El núcleo fundamental del numeroso ejército que trabaja en el terreno de la Sanidad Pública está formado por mujeres: su número se eleva a un millón doscientas mil. En los hospitales, policlínicas, casas de socorro, dispensarios en las empresas, en las casas de maternidad, en los sanatorios y balnearios, la mayoría del personal médico son mujeres. A fines de 1939, en la U.R.S.S. había 72.600 mujeres médicas, es decir, el 60 por ciento del total. En la Rusia zarista, el número de médicos era inferior, 20.000, mientras que mujeres médicas había sólo 1.900, es decir, 38 veces menos que ahora.

El mayor instituto traumatológico del país —el Instituto Sklifasovski de Moscú— está dirigido por una mujer, la doctora en Medicina Valentina Gorinévskaia, uno de los mejores cirujanos soviéticos. Ella ha puesto al servicio de la Patria todo su arte y sus conocimientos. Durante la campaña de Finlandia, en 1939-

1940, fue una de las primeras en dirigirse al frente. Las operaciones más complicadas y de mayor riesgo fueron realizadas por ella personalmente, tratando por todos los medios de salvar la vida del combatiente. Muchos heridos, que se consideraban ya sin salvación, fueron vueltos a la vida por ella.

También goza de gran fama en la Unión Soviética la doctora en ciencias médicas M. M. Pokróvskaia, que trabaja en la estación provincial de Vorochílovsk en la lucha contra la peste bubónica. Después de haber descubierto una forma especial, no patógena, del bacilo de la peste bubónica, Pokróvskaia experimentó sobre sí misma el descubrimiento hecho por ella: sin ningún temor se inoculó el cultivo vivo de estos bacilos. Su audaz experimento abrió nuevos caminos a la lucha contra esta enfermedad mortal. Hoy, M. M. Pokróvskaia hace los ensayos para obtener un suero contra la peste bubónica.

En la Rusia zarista, el acceso a la ciencia era completamente imposible para la mujer. Y si, a pesar de todo, algunas mujeres de talento lograban abrirse camino hacia la ciencia, se veían obligadas a abandonar su país natal, para poder dedicarse al estudio de su materia predilecta, como, por ejemplo, la célebre matemática Sofía Kovalévskaia. En la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la mujer se ha transformado en una gran fuerza en la ciencia. De sí misma, de sus capacidades y conocimientos dependen sus éxitos en el terreno científico. En los Institutos de investigaciones científicas, donde se concentran los mejores cuadros científicos del país, a comienzos de 1941 trabajaban 33.000 colaboradoras científicas, es decir, más de la tercera parte del número total de investigadores científicos. Sólo en 1940, más de 600 mujeres recibieron altos títulos y diplomas de doctoras en ciencias, doctoras en medicina, investigadoras científicas superiores, etc.

Muchas mujeres de ciencia soviéticas gozan de fama mundial, por ejemplo: la fisióloga L. S. Stern, miembro de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., la historiadora A. M. Pankrátova, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.

La profesión de ingeniero o perito era para la mujer rusa una materia completamente nueva, pero también en este terreno las

mujeres soviéticas lograron notables éxitos en un plazo sumamente breve. Sólo en la gran industria había ya en 1940 más de 170.000 mujeres ingenieros y peritos, mientras que en la Rusia de antes de la Revolución la cifra no pasaba de 200 a 300 personas. Por cada cinco ingenieros o peritos en la U.R.S.S., hay una mujer. En algunas ramas industriales, por ejemplo, en la industria química, el porcentaje de mujeres ingenieros es considerablemente mayor: aquí constituyen la tercera parte del número total de ingenieros.

En cada empresa de la Unión Soviética pueden encontrarse mujeres ingenieros y peritos que desempeñan de un modo ejemplar su trabajo y que aún hace poco tiempo eran obreras poco calificadas e incluso obreras auxiliares. Se puede citar como uno de estos numerosos ejemplos a la ingeniera Jlopotúnova. Cuando se estaba construyendo la fábrica de tractores de Stalingrado, trabajaba como peón de albañil: cargaba ladrillos, sacaba la tierra, etc. Luego pasó a trabajar en el montaje de la fábrica y al mismo tiempo comenzó a estudiar en unos cursillos técnicos. Una vez puesta en marcha la fábrica, Jlopotúnova comenzó a trabajar de tornera y ajustadora. Poco después, como buena conocedora de su oficio, fue ascendida a jefe del taller de montaje. Al terminar sus estudios técnicos, continuó estudiando en el Instituto de Metalurgia, y terminó recibiendo el título de ingeniero.

No es raro encontrar en la U.R.S.S. a mujeres directoras de grandes empresas.

Hay una serie de casos en que las mujeres se encuentran a la cabeza de ramas enteras de la industria. Así, por ejemplo, L. G. Evséieva, que antes era una simple obrera, hoy está al frente de la Dirección Central de la Industria de la Seda.

La mujer soviética también ocupa un destacado puesto en el arte. En los concursos internacionales para violinistas y pianistas las artistas soviéticas alcanzaron los primeros puestos. Los nombres de Lisa Guilels, Rosa Tamárkina, Marina Kozolúpova, Nina Emeliánova, Tatiana Goldfarb son conocidos en el mundo musical europeo.

Entre los laureados con el Premio Stalin, que anualmente se adjudica en la U.R.S.S. por los más destacados éxitos en el te-

rreno de la ciencia, la literatura y el arte, se encuentran no pocas mujeres, por ejemplo: las artistas Bársova y Tarásova, la ingeniera Posnánskaia y otras.

Yo vivo al unísono con mi pueblo –dice la famosa cantante Valeria Bársova, diputado del Soviet Supremo–, y le consagro lo mejor que poseo: mi arte, tomando de él lo mejor que éste tiene: el entusiasmo creador, con el que forja su nueva y magnífica vida. A esto y sólo a esto debo todo lo que he logrado.

En estas palabras resuena la voz de todas las mujeres de la intelectualidad soviética.

LA FAMILIA Y LA MATERNIDAD EN LA U.R.S.S.

En la Rusia zarista, la mujer estaba privada de todo derecho y se hallaba oprimida tanto en la familia como en la sociedad.

Mientras la mujer no se había casado aún, la consideraban, por decirlo así, como a una bestia de carga. Trabajaba para el padre, trabajaba sin descanso, y, no obstante, el padre siempre la reprochaba: «Yo soy quien te da de comer.» Cuando se casaba, trabajaba para el marido, y trabajaba cuanto éste le imponía, y, sin embargo, el marido le volvía a reprochar: «Yo soy quien te da de comer».³

Así es como caracterizó Stalin la situación de la mujer campesina en el seno de la familia en el pasado.

El Poder soviético destruyó hasta los cimientos esa brutal violencia ejercida sobre la mujer.

En la U.R.S.S. se ha creado un régimen completamente nuevo de relaciones familiares, purificado de la secular escoria, de la

³ Cfr. STALIN: *El trabajo femenino liberado*, en la p. 75 de esta misma edición. | N. de la E.

mentira, del engaño y del interés material. La familia soviética está basada en el amor y en una profunda comprensión mutua, en la plena igualdad entre el marido y la mujer.

En los tiempos antiguos, el marido era siempre considerado como el jefe de la familia. El hombre soviético es completamente ajeno a este concepto. Ambos cónyuges gozan de plena libertad en la elección de su trabajo y profesión. En la U.R.S.S. no existe en absoluto el terreno apropiado para matrimonios por interés. Los bienes pertenecientes a los consortes, antes de efectuarse el matrimonio, son, según las leyes vigentes, propiedad particular de cada cónyuge, es decir que en caso de divorcio se devuelven a sus respectivos dueños.

El matrimonio en la U.R.S.S. está basado en los principios de la completa voluntariedad y se formaliza por medio del registro civil. El casamiento por la Iglesia es considerado como asunto privado de los contrayentes. Para registrar un matrimonio se necesita únicamente la conformidad de ambas partes. Los jóvenes de ambos sexos que hayan alcanzado la mayoría de edad son dueños de su destino y nadie puede impedir que una muchacha se case con la persona elegida.

En los casos en que, por algún motivo, el matrimonio no resulta feliz, la ley soviética permite el divorcio. En la práctica del divorcio no se admite en absoluto el inmiscuirse en los asuntos privados del marido y la mujer.

Los adversarios de la nueva vida predecían que un cambio en las antiguas relaciones familiares conduciría inevitablemente al quebrantamiento y a la destrucción de la familia y estimularía el libertinaje, pero se equivocaron de medio a medio. Es cierto que el Poder soviético anuló las antiguas leyes sobre la familia y el matrimonio, leyes que socavaban y descomponían interiormente la familia y condenaban a la mujer a ser una eterna esclava. Pero como resultado de estas medidas se consolidaron más las relaciones familiares. La U.R.S.S. creó una familia nueva, fuerte y amigable, una familia a base de la igualdad, como antes no existía.

La moral soviética es rigurosa y pura. Al basar la vida matrimonial sobre los principios de la completa igualdad de derechos y del libre albedrío, el Estado soviético no admite una actitud

ligera con respecto al matrimonio. He aquí el motivo por qué en la U.R.S.S. se lucha tan decididamente contra los enlaces matrimoniales de breve duración, como contra un hecho anormal, que desvirtúa el objetivo fundamental del matrimonio; la creación de una familia sólida y unida.

Hace varios años, el periódico *Komsómólskaia Pravda* abrió en sus páginas una discusión pública de los problemas del matrimonio y de la familia. Las cartas de los jóvenes soviéticos – mujeres y hombres– son las que mejor podrán explicarnos en qué reside la firmeza y solidez de la familia soviética.

No puedo comprender a las personas que no sienten apego por la vida familiar. Cada uno responde por su familia ante toda la sociedad. Yo amo a mi esposa, adoro a mi pequeño; alegre regreso a casa después del trabajo y siempre encuentro tiempo para dedicarlo a mi familia.

Una profunda amistad, aprecio mutuo y cariño: he aquí lo que, a mi parecer, constituye la base fundamental para una vida feliz» –escribe el estudiante P. A., joven comunista.

Aquí tenéis otra carta, la de la estudiante Olga Lukashévich:

Estoy terminando mis estudios en el Instituto de Metales no Ferruginos. Mi marido es mecánico. Cuando nació nuestra hija, tuve que tomar vacaciones en el Instituto. Difícil, muy difícil era para mí atender yo sola a la criatura y la casa. Pero mi marido me ayudaba haciendo todo cuanto podía.

Cuando nuestra hijita había crecido un poco, la llevamos a una casa-cuna. Lo más difícil había quedado atrás.

Ahora, volviendo la mirada hacia el pasado, ambos sonreímos al recordarlo. Sonreímos de contento por no habernos «acobardado ante las dificultades», porque ahora vivimos bien y felices, porque nuestra criatura crece sana y robusta.

Mi marido y yo somos los mejores amigos. Apenas yo acabe los estudios y empiece a trabajar, él ingresará en el Instituto. Y cuán grande es mi deseo de poder darle cuanto antes esta posibilidad.

En estas cartas está reflejado el perfil de la familia soviética, fuente de alegría, de energía espiritual y de una gran fuerza vital.

Solícitas y severas son las leyes soviéticas que protegen los derechos de la madre y los intereses del niño. Asegurar a cada mujer una maternidad feliz: ésta es una de las más importantes tareas sociales; y las leyes soviéticas sobre la familia están de hecho subordinadas a esta tarea.

En la U.R.S.S., la crianza de los hijos corre a cargo de ambos padres y en igual medida. Pero en caso de disolverse el matrimonio, en caso de abandono de la familia por uno de los cónyuges, el Estado soviético le obliga a participar en la manutención de los hijos hasta la edad de 18 años, mediante el pago de una cuarta parte de su salario, si se trata de una criatura; de una tercera parte, si son dos los niños a mantener y, tratándose de tres o más niños, la mitad del salario; esto se llama pagar por «alimentos». Los padres que rehúsan el pago de alimentos son castigados severamente por la ley, incluso con la privación de la libertad por un plazo hasta de dos años.

El número de divorcios va disminuyendo de año en año, a pesar de existir plena libertad de divorcio. En cambio, el número de matrimonios en la U.R.S.S. aumenta de año en año. Por ejemplo: durante los diez primeros meses de 1938 se efectuaron 100.000 enlaces matrimoniales más que durante esos mismos diez meses en 1937. Esto testimonia el fortalecimiento de las nuevas relaciones familiares en la U.R.S.S.

Completamente distintos, diametralmente opuestos son los principios sobre los que se basa la vida matrimonial y de la familia en los países fascistas. Allí, la mujer es ante todo una esclava sumisa de su marido, una máquina de hacer hijos, que produce carne de cañón. En la Alemania fascista, la familia es para la mujer una cárcel, lo mismo que la fábrica en la que trabaja. Los bárbaros fascistas sacaron de entre los trastos viejos y el polvo del remoto pasado una fórmula que rebaja y ofende la dignidad de la mujer, la fórmula de las cuatro K, según la cual el ideal de su vida debe ser: Küche, Kirche, Kinder, Kleider (cocina, iglesia, hijos, vestidos). Los gobernantes fascistas la han erigido en canon, privando a la mujer de todo derecho humano.

En la U.R.S.S., la mujer-madre, la mujer-educadora de sus hijos, está rodeada de toda clase de atenciones y cuidados por parte de todo el pueblo soviético. Al servicio de las madres se encuentra una enorme red de instituciones: consultorios, casas-cuna, jardines infantiles, comedores, etc.

La organización y el sostenimiento de las casas-cuna, para niños desde 6 semanas hasta 3 años, y de los establecimientos preescolares, para niños de 3 a 7 años, son considerados en la U.R.S.S. como un asunto estatal de gran importancia, lo que, precisamente, ha asegurado su incremento.

En 1940, las casas-cuna de tipo permanente, es decir, que funcionan todo el año, tenían 890.000 plazas, mientras que en 1913 había sólo 550. Pero, además de ello, en los koljoses y sovjoses ha sido creada una gigantesca red de casas-cuna temporales que funcionan en épocas de las labores agrícolas. En 1941, estas casas-cuna atendían a 3.857.000 niños.

Enorme desarrollo ha adquirido en la U.R.S.S. la red de establecimientos de educación preescolar. En la Rusia zarista no se hacía casi nada en este terreno, mientras que, en 1940, la U.R.S.S. contaba con más de 54.000 instituciones preescolares – jardines y plazas infantiles –, en donde vivían y se educaban cerca de 2.300.000 niños.

Los padres pagan una cuarta o una tercera parte de lo que de hecho cuesta la manutención del niño en el jardín infantil; el resto es asignado por el Estado.

La mujer que trabaja puede hacerlo con tranquilidad, dejando a su niño en la casa-cuna o en el jardín infantil.

Las formas sociales de educación no sólo no rebajan el papel educativo de la madre, sino que, por el contrario, crean las condiciones más favorables para la educación de los hijos en el seno del hogar, al mismo tiempo que libran a la mujer de las pequeñas preocupaciones domésticas. No menos importante es la organización de los comedores colectivos, lo que libra a la mujer del trabajo improductivo en la cocina.

Un aspecto muy importante de la ayuda prestada por el Estado a la madre en la crianza de los hijos, son los subsidios que se conceden en la U.R.S.S. a las madres de familia numerosa. Antes de la instauración del Poder soviético, la familia numerosa era

una pesada carga, una maldición para los pobres. Pero ahora el Estado ayuda a las madres que tienen muchos hijos. Los que tienen seis hijos, al nacer el séptimo, octavo y noveno hijo, reciben un subsidio del Estado durante los primeros cinco años de vida, de dos mil rublos anuales por cada niño. Por cada hijo más, la madre recibe de una vez cinco mil rublos, y, a partir del segundo hasta el quinto año de crecimiento del niño, tres mil rublos anuales.

La koljosiana Kroshenko dice:

Tengo ocho hijos, pero desde que soy miembro del koljós, no conozco lo que son las privaciones. Como madre de familia numerosa, hace poco que he recibido del Gobierno un subsidio de cuatro mil rublos para la educación de mis tres hijos y cinco hijas. Me he convertido en una mujer célebre en todo nuestro distrito.

Madres de familia numerosa como ésta hay muchísimas en la U.R.S.S. y su número crece constantemente. De testimonio elocuente pueden servir las enormes sumas que el Estado paga anualmente como subsidio a las madres de familia numerosa. En 1938 se pagaron 922 millones de rublos; en 1940, 1.225 millones de rublos. Durante el período de 1936 a 1940, él Estado pagó 4.410 millones de rublos a las familias numerosas.

Las madres soviéticas no sólo reciben ayuda material, sino que se les proporcionan los conocimientos pedagógicos necesarios, en las así llamadas Universidades de padres de familia.

Una de estas universidades —la de la ciudad de Gorki— ha organizado la salida de sus instructores a las aldeas, donde éstos dan conferencias a los koljosianos y koljosianas sobre cuestiones pedagógicas, sobre la educación de los niños, etc. Esta labor tiene un carácter tan serio, que, en 1941, la Universidad de padres de familia de la ciudad de Gorki fue invitada a participar en la Exposición Agrícola de la U.R.S.S., organizada en Moscú, en la que encontraron su expresión todos los aspectos fundamentales de la nueva vida koljosiana.

Inmensos son los esfuerzos que prodiga el País Soviético al cuidado de la salud de la madre y el niño.

Complemento natural de las leyes soviéticas de protección al trabajo de la mujer y de la maternidad es la organización de la asistencia médica y sanitaria y la ayuda a las parturientas. En 1940, en las casas de maternidad de la U.R.S.S. había 145.000 plazas, 21 veces más que en la Rusia zarista. Estas casas de maternidad disponen de todas las instalaciones necesarias y existen incluso en los rincones más apartados del país.

Contrasta con este verdadero triunfo del humanismo la feroz barbarie y el oscurantismo del «principio» fascista, según el cual no se debe prestar ninguna ayuda médica a la mujer durante el parto, ya que esto, según dicen, favorece el que queden con vida los niños débiles, lo que impide el fortalecimiento de la raza.

En el año 1940 y a cargo del seguro social, 830.000 mujeres pasaron sus vacaciones en casas de reposo o recibieron tratamiento médico en sanatorios y balnearios. Cerca de 40.000 mujeres embarazadas o lactantes fueron atendidas en las casas de reposo instaladas para este fin por los sindicatos.

Además de ello, muchos centenares de miles de mujeres trabajadoras gozan anualmente de un permiso de curación y de reposo gratuito. Los sanatorios y casas de reposo de la U.R.S.S. se han transformado en un auténtico patrimonio del pueblo.

El cuidado por la salud de la mujer y por el fortalecimiento de la familia ha sido el motivo por el que se ha dictado la ley vigente en la U.R.S.S. sobre la prohibición del aborto. Las mujeres de la Unión Soviética tienen aseguradas todas las condiciones para una maternidad feliz. No tienen por qué temer el aumento de la familia. Saben que tanto ellas como sus hijos tienen asegurada la ayuda del Estado.⁴

Como resultado de las medidas adoptadas por el Estado soviético para la protección y el fortalecimiento de la salud de las masas del pueblo y, en particular, de las mujeres, han disminuido en gran escala las enfermedades y la mortalidad en la U.R.S.S.

Sobre todo, ha disminuido en la U.R.S.S. la mortalidad infan-

⁴ Sobre la cuestión del aborto, ver especialmente el epígrafe *¿Por qué está permitido el aborto en la U.R.S.S.?* en el segundo folleto de esta antología. | N. de la E.

til. La natalidad, en cambio, es muy elevada y tiende hacia un continuo aumento. En 1937, hubo un 20 por ciento más de nacimientos que en 1936.

LAS MUJERES DEL ORIENTE EN LA LUCHA POR UNA VIDA NUEVA

Amarga era la situación de la mujer rusa antes de la Revolución de Octubre, pero más infortunadas y oprimidas estaban aún las mujeres de las nacionalidades esclavizadas por el zarismo. Particularmente dura era la vida de la mujer en el Asia Central y el Cáucaso.

Allí se consideraba a la mujer como propiedad privada del hombre, como una esclava muda, condenada al encierro y a la eterna sumisión, a las faenas caseras agotadoras y embrutecedoras. Le estaba prohibido presentarse en lugares públicos y salir a la calle con la cara descubierta. A nadie veía, nada conocía, excepto la casa de su marido, y allí tampoco tenía derecho alguno. «Malo es el perro que ladra, mala es la mujer que ríe», esta bárbara moraleja refleja todo el horror de una vida de encierro.

La Gran Revolución de Octubre de 1917 hizo desaparecer aquel ignominioso sistema de esclavización de la mujer en el Oriente y la condujo por un camino nuevo a una vida de libertad. Millones de mujeres uzbekas, tayikas, turkmenas, kirguisas, tiurcas recibieron la libertad y se incorporaron a la edificación de su grandiosa Patria.

La destrucción del régimen de vida antiguo, del régimen de esclavitud, exigió enormes esfuerzos de parte del joven Estado soviético. Las tradiciones esclavistas imprimieron también su sello en la mentalidad de la propia mujer oriental, que aceptaba con resignación su amargo sino y ni siquiera intentaba rebelarse contra aquellas monstruosas formas de vida. Pero el Poder soviético despertó en ella la dignidad humana, le ayudó a incorporarse al trabajo productivo, a la vida política, social y cultural. En el momento presente, las mujeres del Oriente soviético marchan en primera fila en las labores agrícolas, en el trabajo koljosiano, y se han afirmado sólidamente en todas las ramas de la in-

dustria.

En un plazo brevísimo —en total, un cuarto de siglo—, las mujeres del Oriente soviético no sólo se han adaptado por completo a la vida nueva como ciudadanas soviéticas libres e iguales en derechos, sino que aprendieron a manejar las máquinas, los tractores, a trabajar en las instituciones, escuelas, en los laboratorios científicos, hospitales, etc. no peor que los hombres. De entre sus filas han surgido verdaderos maestros, que abrieron nuevos caminos en la producción. Entre ellas hay presidentas de koljoses, encargadas de granjas, directoras de sovjoses, jefas de taller, directoras de fábricas. Muchas de ellas han establecido récords mundiales en una serie de ramas de la agricultura y de la industria. Tomemos, por ejemplo, la célebre cultivadora de algodón, la azerbaiyana Bastí Baguírova. Antes de la Revolución de Octubre la vida de Baguírova en nada se diferenciaba de la de centenares de miles de otras mujeres azerbaiyanas: una vida de encierro, la «chadrá» (velo), sumisión de esclava al marido, analfabetismo y completo desconocimiento de la vida. El Poder soviético abrió ante ella un nuevo rumbo. En 1931, después de ingresar en uno de los primeros koljoses, Baguírova no sólo alcanzó una elevada productividad en el trabajo, sino que aprendió a la perfección todos los métodos de la técnica moderna en el cultivo del algodón. Al aplicarlos consecuentemente y tenazmente sobre su sector, Bastí Baguírova obtuvo una cosecha de algodón como jamás se había visto en el mundo: 142,9 quintales por hectárea. Ahora goza de gran popularidad en toda la Unión Soviética. En 1937, el pueblo azerbaiyano la envió como diputada suya al Soviet Supremo de la U.R.S.S.

Estos éxitos no serían posibles sin el enorme desarrollo cultural alcanzado por las mujeres de las Repúblicas soviéticas nacionales. No hace mucho, en 1926, por cada 1.000 mujeres tayikas sólo 5 sabían leer y escribir; y por cada 1.000 turkmenas, sólo una. Pero hoy, la mayoría de las mujeres del Oriente soviético ya saben leer y escribir. Es más: en todas las Repúblicas del Oriente soviético se han formado numerosos cuadros propios de la intelectualidad femenina: maestras, médicas, agrónomas, ingenieras, investigadoras científicas, artistas, pintoras. Gracias a los notables éxitos logrados en su labor, la celebridad de mu-

chas de ellas ha trascendido de los límites de sus Repúblicas. La azerbaiyana Remar Raguíмова, que en otro tiempo conoció todos los horrores de la vida de esclavitud, es hoy uno de los mejores ingenieros de los yacimientos petrolíferos de Bakú.

En otros tiempos la gente creía en los milagros –dijo en una reunión Kemar–, pero verdaderos milagros son los que realiza el Poder soviético. Si alguna vez se me hubiera ocurrido decirle a alguien que pensaba ser ingeniera, sencillamente me hubiesen encerrado en un manicomio. Y ahora soy ingeniera.

Pero lo más notable en el progreso cultural de la mujer de estos pueblos –para la cual antes estaba completamente vedado el acceso a la cultura y al saber– no es sólo la asimilación de los conocimientos, sino asimismo el movimiento creador para el adelanto de la ciencia.

He aquí el relato sencillo de una de esas mujeres, de la ziria-na María Vórsina:

Recuerdo como siendo aún una muchacha de dieciséis años, partí de mi pueblo natal Ust-Bimi. Llevaba un vestido de lienzo gris crudo, hilado y tejido por las manos de mi madre. Mi rostro, sin duda, debía estar bastante alterado cuando llegué a la Universidad de Perm para rendir mis exámenes de ingreso, ya que jamás había estado en una ciudad. Durante mis estudios en la Universidad y después, cuando al terminar me enviaron a Leningrado a prepararme para recibir el título de profesora, en mis oídos sonaban continuamente las palabras de mi hermano: «Estudia, María, estudia por todos nosotros.» Y yo ponía todo mi empeño: estudiaba por él, por mi hermana, por mi madre, la cual siempre fue analfabeta, por todas las zirianas que durante centenares de años no tuvieron la posibilidad de estudiar... En abril de 1936, defendí mi tesis en la Universidad de Leningrado a fin de recibir el grado de candidato a doctor en ciencias químicas. Me temblaba la voz al pronunciar las primeras palabras, pero mi tesis recibió una alta calificación. Y ahí me tenéis, convertida en candidato a

doctor en ciencias químicas, docente de la Universidad. «Esto está muy bien –pensé–, pero es preciso seguir adelante, es preciso que aporte algo nuevo a la ciencia.» Y seguí adelante. Estudié lenguas extranjeras y ahora puedo leer toda la literatura que hay editada respecto a mi especialidad. He escrito ya cuatro trabajos científicos y ahora estoy preparando la tesis doctoral.

El verano pasado visité mi pueblo natal. Los vecinos salieron corriendo a mi encuentro, me rodearon; las mujeres me besaban, los hombres me estrechaban la mano y decían: «María, llegarás a ser profesora, y te lo agradecemos.»

La historia de María Vórsina no es un caso único. Por el contrario, su destino feliz es el caso típico de toda una generación de muchachas soviéticas. Y en el cariñoso recibimiento prodigado por los zirianos a su compatriota se refleja también el sentimiento de todo el pueblo soviético, el justo orgullo por sus hijos.

El arte de los pueblos de la Unión Soviética, sus manifestaciones artísticas populares, que en otros tiempos eran aplastadas implacablemente, han alcanzado un gran florecimiento. En todas las Repúblicas de la U.R.S.S. han sido creados magníficos teatros, escuelas y academias de arte. Y entre los artistas, cantantes y pintores de las Repúblicas nacionales, las mujeres ocupan un puesto de honor. Muchas de ellas son artistas dotadas de gran talento y capacidad, que se han hecho acreedoras a las altas condecoraciones que les otorgó el Gobierno de la U.R.S.S., por ejemplo: las uzbekas Tamara Jánum y Jalima Nasírova, la kazaja Kuliash Baisétova y otras.

Así es como durante los veinticinco años de existencia del Poder soviético ha cambiado de un modo irreconocible la vida de las mujeres del Oriente soviético. Se ha llevado a cabo una profundísima revolución en el terreno social y cultural: ha sido aplastado y destruido el viejo y sombrío régimen de vida de la mujer del Oriente. Librada de la secular opresión y esclavitud, la mujer ha obtenido en la Patria soviética todos los derechos, salió al camino de una vida independiente política, social, económica y cultural.

LAS MUJERES EN LA GRAN GUERRA PATRIA

La gran guerra patria no ha encontrado desprevenida a la mujer soviética. Al mismo tiempo que se ocupaba en una labor pacífica y creadora, la mujer del País Soviético no dejaba de prepararse activamente para defender su Patria.

Centenares de miles de mujeres practicaban el deporte y se entrenaban especialmente para recibir la insignia de «Apto para el Trabajo y la Defensa». Millones de mujeres asimilaron los conocimientos de enfermeras militares en los cursillos especiales de la asociación «Apto para la Defensa Sanitaria». Turismo, alpinismo, largas excursiones, carreras a distancia en esquís, aviación, paracaidismo, planerismo: todo esto se ha convertido en la distracción favorita de la juventud soviética y, entre ésta, de las muchachas soviéticas. En este terreno, completamente nuevo para ellas, las mujeres del País Soviético han dado ejemplos de audacia y de completo conocimiento de la complicada técnica de la materia, alcanzando una serie de récords mundiales.

No tiene precedentes en la historia el vuelo de las aviadoras Valentina Grisodúbova, Polina Osipenko y Marina Raskova. En septiembre de 1938, pilotando el avión «Ródina», cubrieron en línea recta 6.000 km., estableciendo el récord mundial femenino de vuelo a distancia. Esta hazaña las hizo merecedoras del honroso título de Héroes de la Unión Soviética. La mayoría de los récords femeninos mundiales de vuelo de altura también han sido conquistados por las mujeres soviéticas; y, entre éstas, por Polina Osipenko, una de las heroínas del vuelo del «Ródina».

Por boca de la Héroe de la Unión Soviética, Valentina Grisodúbova, las mujeres soviéticas hicieron la siguiente promesa:

Si el enemigo se atreve a atacarnos, unidas a todo el grandioso ejército de hombres, al lado de éstos, hombro a hombro con ellos, en el aire y en la tierra se alzará un numeroso y magnífico ejército de mujeres del gran país socialista.

Y cuando llegó la hora de la dura prueba, las mujeres soviéticas cumplieron con honor su promesa: tanto en la retaguardia como en los frentes luchan valerosamente contra el enemigo.

LAS MUJERES, COMBATIENTES DE LA RETAGUARDIA

El peligro que se ha cernido sobre nuestra Patria multiplicó las filas del enorme ejército del trabajo formado por las mujeres: obreras, koljosianas e intelectuales. Ellas relevaron a sus maridos, hijos y hermanos que marcharon al frente. La lucha a vida o muerte contra los bandidos fascistas llenó de noble inspiración a millones de pacíficas trabajadoras, que se transformaron en verdaderas combatientes de la retaguardia, dispuestas a realizar cualquier hazaña en el trabajo, cualquier sacrificio por la causa.

«Las máquinas en las que trabajaban nuestros compañeros que marcharon al frente no quedarán paradas ni una hora, ni un segundo», dijeron las obreras de Moscú, Leningrado, Ivánovo y de los Urales. Y con ellas, todas las mujeres de la tierra soviética pronunciaron esta promesa sagrada y se han adherido a la intensa campaña de trabajo para ayudar al frente.

Como si fuera en el frente, con ritmos de guerra, trabajan las patriotas soviéticas. Crece el número de las mujeres que atienden muchas máquinas a la vez.

Cuando comenzó la guerra y los hombres marcharon al frente, la fresadora-ajustadora S. Berésina, de la fábrica «Freser», pasó a atender 18 máquinas –cosa nunca vista hasta entonces, ya que antes lo normal era hasta 9 máquinas–, y trabaja sin la menor falla. La stajanovista Símnova, de una fábrica de instrumental, atiende 20 fresadoras semiautomáticas. Ejemplos como éstos pueden citarse a millares.

También ha tenido una amplia difusión en los días de la guerra la combinación de profesiones. La joven comunista Sóboleva, obrera del taller de forja, trabaja a la vez como cortadora. A. Babenko, P. Protásova, N. Petriakova, J. Zhógova y otras, obreras de una fábrica metalúrgica, aprendieron las profesiones de maquinista de grúa, de chófer, etc.

El sobrepasar las normas establecidas se ha hecho regla para las obreras. En una fábrica de accesorios para automóviles y tractores, las obreras comenzaron a rendir el doble de la norma de trabajo y aún más. La obrera Vera Skvortsova, que trabaja en

la soldadura eléctrica de una fábrica de construcción de maquinaria, ingresó en esta fábrica ya durante la guerra: ahora rinde cerca de tres normas y se apaña sola, sin el obrero auxiliar. Popravka y Zánina, montadoras de la fábrica de calderas de Kúibyshev, cumplen las normas establecidas en 500%.

Las célebres palabras de la orden del Comisario del Pueblo de Defensa, J. Stalin: «Podemos y debemos limpiar la tierra soviética de la inmundicia hitleriana», estimularon a los obreros de la Unión Soviética para nuevas hazañas en el trabajo y dieron origen a un nuevo y magnífico movimiento: el de las obreras que cumplen en 1.000 por ciento, y aún más, las normas establecidas. La primera de ellas fue A. S. Aristova, afiladora de instrumentos cortantes de la fábrica «Ordzhonikidse» del distrito de Cheliábinsk, que cumple la norma en 1.450 por ciento. La devanadora de una fábrica de artículos de electricidad de los Urales, Raísa Kashtíмова, llegó a rendir 30 normas por turno. La base de estos extraordinarios éxitos está en la racionalización de los procesos tecnológicos. Las patriotas stajanovistas se manifiestan como audaces innovadoras en la producción.

Debido a que los hombres fueron llamados a las filas del Ejército Rojo, las mayores dificultades surgieron en aquellas ramas de la producción en que antes predominaban los llamados «oficios masculinos», considerados poco accesibles para la mujer. Sobre todo, hay gran cantidad de estos oficios en la industria pesada: en las industrias metalúrgica, minera, hullera y petrolífera, que tienen una importancia de primer orden para la defensa del país. Las patriotas soviéticas lograron vencer estas dificultades. Las obreras funden metal, descenden a las minas, trabajan en los yacimientos petrolíferos. En todas las empresas se han iniciado cursillos técnicos intensivos para las mujeres. Rápidamente se preparan las obreras en profesiones antes desconocidas para ellas.

Al despedir a los obreros metalúrgicos que se marchan al frente, las obreras les dicen:

Volved con la victoria, que no tendréis escasez de metal. Nuestras manos son pequeñas, pero hábiles. Fundiremos un metal resistente. Mal lo van a pasar los fascistas.

Y las patriotas soviéticas confirman sus promesas con gloriosas hazañas. Desde los primeros meses de la guerra, las mujeres trabajan con éxito en la industria metalúrgica como maquinistas, laminadoras, fundidoras, etc.

Es sabido que el trabajo de los marineros, el trabajo en las armadías de maderos exige una gran fuerza y resistencia física. Pero las mujeres, llenas de decisión para vencer cualquier dificultad, sustituyen con éxito a sus maridos y hermanos también en estos oficios. En la flota fluvial del Yénisei trabajan más de 2.000 mujeres; en el Volga Central, 1,500. Las mujeres trabajan no sólo como marineras, sino también como mecánicas, capitanas de barco, jefas de puertos. Durante el período de la guerra 40.000 mujeres se incorporaron a las filas de los ferroviarios.

El entusiasmo por el trabajo, que ocupa hoy espíritu de todas las mujeres del País Soviético, es un reflejo de su ardiente patriotismo, de su sentimiento de gran responsabilidad ante la Patria y de su apasionado anhelo de entregar todas las fuerzas en defensa de ella.

Cuando se trata de ayudar a la Patria, las mujeres de la Unión Soviética, sin contar el tiempo, trabajan cuanto sea necesario para la producción.

Si es preciso, trabajaremos día y noche; y, si llega el caso, os ayudaremos con las armas en la mano. No os preocupéis por nosotras, no estéis intranquilos; tenemos plena conciencia de nuestro deber ante la Patria, comprendemos toda la seriedad y responsabilidad de la situación.

Así escriben las obreras, dirigiéndose a sus maridos, hermanos, padres e hijos que marcharon al frente.

No son raros los casos en que los obreros y obreras exigen que, en las mismas empresas, en las habitaciones destinadas al descanso coloquen camas, para, en caso de necesidad, no perder tiempo en ir y volver a su casa, poder descansar allí mismo y reanudar en seguida el trabajo.

Las mujeres de la aldea soviética, las koljosianas y obreras de los sovjoses, tampoco se quedan a la zaga de las obreras de las

ciudades en su patriótico anhelo de trabajar.

Inmediatamente después de comenzar la guerra, el grupo de tractoristas, diputados del Soviet Supremo de la U.R.S.S., formado por P. Anguélina, V. Vajóldina, T. Mujórtova y P. Kovardak, se dirigió a las mujeres y muchachas de la aldea soviética, llamándolas a sustituir a los hombres que fueron movilizados.

En estos días difíciles –escribían ellas–, la gente soviética, del más pequeño al más grande, debe trabajar y trabajará en cualquier sector heroica y abnegadamente. Nosotras, las mujeres y muchachas, tendremos que relevar a los hombres. Al despedirlos cuando marchen a la sagrada guerra contra los bandidos fascistas, les diremos: «Marchad, queridos, con valentía al combate, aplastad implacablemente a los fascistas. Y nosotras, mientras tanto, os relevaremos en la retaguardia, en los campos, en las Estaciones de Máquinas y Tractores, en los koljoses y sovjoses, en los tractores y en las segadoras-trilladoras.»

Las mujeres de las aldeas soviéticas respondieron con ardiente entusiasmo a este llamamiento, en el que resonaba la voz de su propio corazón. En la U.R.S.S. surgió un nuevo ejército de muchos millares de tractoristas y conductoras de segadoras-trilladoras. La mujer se ha transformado en fuerza decisiva en los koljoses. Las koljosianas, lo mismo que las obreras, rebasan sistemáticamente las normas establecidas.

Ese impulso patriótico para el trabajo, como jamás se había conocido hasta ahora, ha llegado a dominar no sólo a millones de obreras y koljosianas; se ha adueñado también de un enorme ejército de amas de casa y las ha llevado a incorporarse a la lucha por la causa de todo el pueblo: a la defensa de la Patria.

Las amas de casa –esposas y madres de los llamados a filas– van a trabajar a las fábricas.

Por todas partes se organizan cursillos técnicos para las nuevas obreras, en los que éstas aprenden las más diversas profesiones. Con ayuda de los viejos obreros y obreras calificados, las amas de casa asimilan rápidamente el nuevo oficio y llegan a ser obreras calificadas y con frecuencia trabajan incluso mejor que

sus maestros.

Una ayuda inapreciable prestaron las amas de casa durante la recolección de la cosecha. Centenares y miles de ellas participaron en las labores agrícolas de los koljoses y sovjoses. Para ayudar al campo en las faenas de la siembra y de la cosecha fue enviada gente de las ciudades, en su mayoría mujeres: obreras, empleadas y estudiantes. Sólo en la región de Chkálóvsk trabajaron en 1942 en las faenas de la recolección más de 92.000 personas venidas de la ciudad. Muchas de ellas se pusieron al volante del tractor. La gran ayuda prestada por la ciudad contribuyó a que la recolección fuera realizada a tiempo y sin pérdidas.

Especial empeño y abnegación muestran las amas de casa al prodigar sus cuidados a los combatientes del Ejército Rojo. Durante la legendaria y heroica defensa de Sebastopol, no quedó ni una ama de casa de la ciudad que no participara en la lucha. Las amas de casa organizaron más de cien brigadas de ayuda al frente. Cosían gorros, tejían calcetines y jerséis, componían y lavaban la ropa, hacían botas; otras fabricaban armamento de guerra, granadas de mano y de mortero, botellas con líquido inflamable. Estas valerosas mujeres se veían obligadas a vivir y a trabajar bajo tierra, en las profundas galerías y refugios subterráneos. Incluso las más ancianas expresaron su deseo de participar en la obra común.

Las familias de los combatientes rojos reciben un subsidio del Estado. «Nuestros maridos pueden combatir tranquilamente en el frente. No tienen por qué inquietarse por nosotros. Con la ayuda que nos presta el Estado soviético vivimos sin privaciones ni dificultades», dice la obrera Tsvetáieva, compañera de un combatiente rojo y madre de tres niños. Esta convicción fortalece aún más el espíritu de las mujeres soviéticas, dispuestas a trabajar dondequiera que las envíe a trabajar su Patria.

En este unánime y potente ímpetu de trabajo tampoco se queda a la zaga de las obreras y koljosianas la intelectualidad femenina soviética. Médicas, ingenieras, maestras, agrónomas, investigadoras científicas, pintoras, concertistas, artistas, estudiantes; todas han reorganizado su vida y su trabajo según las exigencias de la guerra, entregando todas sus fuerzas a la causa de la ayuda al frente, a la causa de la defensa de la Patria.

El entusiasmo patriótico contribuye también a un extraordinario progreso del pensamiento racionalizador científico y técnico. Las jóvenes ingenieras de una de las fábricas del Comisariado del Pueblo de la Industria de la Electricidad idearon unos buriles y accesorios especiales que solucionaron en gran medida el problema de la falta de mecánicos de alta calificación que necesitaba la fábrica. La geóloga Kniaseva descubrió un nuevo yacimiento de petróleo, producto de primera necesidad en la guerra. La académica Lina Stern lucha con éxito contra el shock, restableciendo el funcionamiento normal del corazón ya debilitado.

Las actrices de los mejores teatros soviéticos –del Gran Teatro, del Mali Teatro, del Teatro de Arte, del Teatro de la Opera de Leningrado y otros– ponen todo su talento, todas sus energías al servicio del país. Se ha organizado gran número de elencos artísticos que debutan en las unidades militares del frente, en la zona de guerra y en la retaguardia.

El deseo de ayudar en todo lo posible al frente es cada día más intenso. Millares de mujeres que se dedicaban al trabajo intelectual –empleadas, maestras, etc.– marcharon a las fábricas, a los bancos de trabajo, a empuñar el volante del tractor o el timón de la segadora-trilladora.

Sin embargo, lo más característico de este heroico impulso del trabajo femenino, de las obreras de la retaguardia, es su participación en masa en la defensa del país. Decenas de miles de mujeres de Moscú, Leningrado, Stalingrado y de todas aquellas ciudades a las que se aproximó el enemigo, al primer llamamiento del Gobierno, fueron a levantar fortificaciones. Obreras, maestras, ingenieras, actrices, investigadoras, empuñaban el pico y la pala, para cortar el camino al enemigo, para ayudar al Ejército Rojo en su lucha. En verano y otoño de 1942 un enorme ejército de mujeres de todo el país marchó a cortar leña y a extraer turba. Ellas abastecieron de combustible a las empresas, al transporte, a sus propias casas. Ellas proveyeron a las ciudades de combustible para todo el invierno.

Decenas de miles de mujeres son donantes. Entregan su sangre para salvar la vida de los combatientes heridos.

Confecionan y recolectan regalos para los soldados del Ejército Rojo. Adoptan a los niños que durante la guerra perdieron a

sus padres y los rodean de cuidados y cariño maternal.

En los días de la heroica defensa de Sebastopol, el número de mujeres que expresaron su deseo de adoptar niños era mayor que el de los mismos huérfanos.

Las mujeres-combatientes de la retaguardia, con vista penetrante y ojo avizor vigilan las ciudades y aldeas, protegiéndolas contra los ataques aéreos del enemigo.

Centenares de miles de milicianas de la defensa pasiva siguieron unos cursos especiales de sanidad. Durante los bombardeos, acuden rápidamente y con decisión, a lo militar, allí donde se precisa su ayuda. Entre las milicianas se encuentran numerosas muchachas jóvenes y estudiantes.

La mujer participa activamente en la vigilancia y en la defensa contra los incendios en las casas; toma parte y dirige los grupos de autodefensa organizados en las ciudades de la Unión Soviética. De día o de noche, durante los bombardeos, son las que cuidan por todas partes del orden. Los grupos de autodefensa designan a su vez destacamentos para la lucha contra los incendios, primeros auxilios, etc.

Durante uno de los bombardeos de Moscú, en el patio de una casa de madera de dos pisos cayeron varias bombas incendiarias. Un minuto más tarde, todo hubiera sido pasto de las llamas; pero el ama de casa, Antónova, apagó inmediatamente las bombas con agua y arena.

Dos hermanas, obreras stajanovistas de una fábrica de Moscú, Raísa y Alejandra Ivánchenko, ingresaron en un batallón de caza. En la noche del 22 de julio de 1941, el jefe envió a 10 personas del destacamento para apagar un incendio. Entre ellas se encontraba Raísa Ivánchenko. En el lugar del incendio ardía una enorme hoguera, pero Raísa no se desconcertó; varias veces se lanzó al interior del edificio envuelto en llamas y cada vez regresaba cargada con objetos de gran valor. Esto animó a las demás, que siguieron su ejemplo, y poco después el incendio fue dominado. Por su valentía y audacia, Raísa Ivánchenko fue condecorada por el Gobierno de la U.R.S.S. con la Orden «Al honor».

Eugenia Zhuravliova, hija del heroico Leningrado, durante los ataques aéreos del enemigo, salvó con sus manos quemadas a decenas de víctimas de las ardientes llamas.

Penetrado de verdadero heroísmo está el trabajo de las obreras de los talleres y fábricas de las ciudades cercanas al frente.

Cuando nos íbamos al trabajo no sabíamos si al regresar encontraríamos enteras nuestras casas —contaba la obrera leningradense Matvéieva—. En casa quedaban los niños. Pero ni un solo día, ni una sola hora se interrumpía nuestro trabajo.

La valerosa vecina de Sebastopol, la estampadora Anastasia Chaus, trabajaba junto a su máquina sin hacer el menor caso de las explosiones de las bombas y de los proyectiles. Durante uno de los bombardeos, Anastasia perdió una mano. Pero apenas se había repuesto, regresó a su prensa y cumplía con una sola mano de tres a cinco normas por turno.

Sin igual heroísmo, firmeza y energía demuestran las madres que acompañan a sus hijos al frente. Les bendicen para las heroicas hazañas bélicas en la lucha contra el odiado enemigo.

Para ti no puede existir otra vida que la del hombre libre —dice la madre al despedir a su hijo que va al frente—. Todo lo que tienes, todo lo que posees y que te llena de orgullo, te lo ha dado tu Patria, tu País Soviético. Tenlo presente y defiende tu Patria con valor y heroísmo. No te preocupes por nosotras. Haremos todo lo que podamos para ayudar a la victoria del Ejército Rojo.

De esos mismos pensamientos y sentimientos patrióticos están llenas las cartas que envían al frente las madres y esposas de los combatientes soviéticos.

María Nikítichna Zabolótnaia, de la ciudad de Sergó, cuyos dos hijos se encuentran en el frente, escribe a uno de ellos:

Querido hijo Vitia: Te bendigo con la ira de la Patria mía. Que mi amor maternal te ayude y resguarde de las balas. Si encuentras a tu hermano Micha, ponte a su lado en cualquier combate.

La moscovita Agrafena Platónovna, obrera taladradora, escribe a su marido que está en el frente:

Querido mío: No te intranquilies por mí y sé implacable con el enemigo. Siempre me sentía orgullosa de ti y estoy segura de que con tu conducta en el frente no ofenderás mi orgullo... Combate lo mejor posible y escribe más a menudo.

Innumerables ejemplos del más elevado heroísmo entre las madres soviéticas se pueden encontrar en la laboriosa vida cotidiana del País Soviético.

La modesta guardavías de uno de los ferrocarriles vecinos a la zona del frente, Sverkóvskaia, marchó a hacer su recorrido de turno por la vía, dejando en la casilla ferroviaria a sus dos hijitos de corta edad. Un buitre fascista, que rondaba sobre la vía, se dirigió hacia la casilla y arrojó sobre ella su carga mortífera. Entre los escombros de la casilla quedó lo más precioso que tenía Sverkóvskaia: sus dos hijos. Pero el sentimiento del deber ante la Patria se impuso sobre sus sentimientos de madre: la guardavías debía detener lo más pronto posible el tránsito por aquella línea. Sólo después de haber cumplido su obligación, Sverkóvskaia regresó a su casa destruida, donde encontró a una de las criaturas muerta y a la otra gravemente herida.

En esta hazaña de la modesta guardavías, en las sencillas y naturales cartas de las madres, conmovedoras, pero inquebrantablemente firmes, se refleja la grandeza de todo el País Soviético: su indestructible voluntad de alcanzar la victoria, su inalterable fe en el triunfo.

LAS MUJERES DEL PAÍS SOVIÉTICO,
COMPAÑERAS DE COMBATE DE LOS SOLDADOS
DEL HEROICO EJÉRCITO ROJO

Miles y miles de patriotas soviéticas no se sienten satisfechas sólo con trabajar en la retaguardia; ansían algo más: aspiran a luchar en las primeras líneas del frente, quieren compartir con sus maridos y hermanos el peligro de la lucha a muerte contra el

enemigo jurado.

La consigna de guerra: «Todas las mujeres sin excepción deben estar preparadas para la defensa sanitaria», ha sido llevada a la vida. Decenas y centenares de miles de muchachas y mujeres ingresaron en los destacamentos sanitarios y estudian en los cursos de enfermeras. Muchas de ellas se encuentran en el frente desde los primeros días de la guerra y prestan sus auxilios a los combatientes heridos. Los nombres de estas heroínas quedarán grabados en la historia de la lucha de los pueblos soviéticos contra el fascismo feroz.

Pueden citarse centenares de ejemplos de maravillosa audacia, valentía y lealtad sin reservas de las sanitarias, enfermeras y médicas que realizan hazañas heroicas para salvar a los combatientes heridos.

En un terreno ocupado por los fascistas quedaron cinco soldados rojos gravemente heridos. La sanitaria Claudia Pávlova se abrió paso hacia ellos. Atándose a un combatiente sobre la espalda, Pávlova se arrastró 4 kilómetros y lo llevó hasta el puesto de sanidad de primera línea. Y así durante todo el día, Pávlova logró salvar a los cinco heridos.

La enfermera Tamara Kálnina, de 17 años de edad, pese a las terribles quemaduras que sufrió, sacó de un camión envuelto en llamas y bajo una lluvia de balas a 15 combatientes gravemente heridos. La heroica defensora de Sebastópol María Lesovaia, de 19 años de edad, salvó en un combate la vida de 21 heridos. Ella los defendió contra 13 fascistas que intentaban acabar con ellos. Otra muchacha de Sebastópol, G. Malenko, permaneciendo día y noche en las posiciones, salvó la vida a 300 soldados rojos y jefes.

Todo el País Soviético conoce el nombre de la sanitaria Elena Kovalchuk. En un combate, en el que ella misma resultó herida, vendó a 200 combatientes y sacó a 80 heridos de la zona de fuego. En un combate, Kovalchuk retiró de la zona de peligro a un jefe de compañía herido y le sustituyó en el combate. A la cabeza de un destacamento, fue la primera en lanzarse al ataque y, a pesar de haber recibido otra herida, no se retiró de las filas. La aldea atacada fue conquistada por las tropas del Ejército Rojo. El Gobierno condecoró a E. Kovalchuk con las Ordenes de la

Estrella Roja y de la Bandera Roja.

Un tren de sanidad, en el que la enfermera Elena Zhavorónkova y seis sanitarias conducían a 130 heridos graves, quedó cercado. Pero Elena no se desconcertó: organizó la vigilancia del tren y estuvo de guardia días y noches sin cerrar los ojos. Cuando al cabo de tres días se agotó el pan en el convoy, Elena se puso en contacto con las koljosianas de la aldea más cercana e inmediatamente aparecieron leche, frutas, pan, sopa e incluso algunos cajones con macarrones. Después de dejar todo en orden, la infatigable Elena llamó a una sanitaria, se disfrazaron de aldeanas y ambas marcharon en búsqueda de los suyos. El camino era muy peligroso: un avión fascista, en vuelo rasante, disparaba contra las muchachas. Sin embargo, Elena llegó hasta el lugar en que se encontraban las unidades del Ejército Rojo, llevó hasta el convoy 20 camiones y condujo a todos los heridos a la profunda retaguardia.

Maravillas de heroísmo revelan las mujeres médicas. La doctora Klítina, bajo un fuego graneado y en medio del fragor del combate, se arrastraba de una línea a otra buscando a los heridos. Sobre sus espaldas sacó de la zona de fuego a 20 soldados salvándolos de una muerte segura.

Dos telefonistas –Eva Davidson y Liúda Stamberg– estaban en su puesto cuando el enemigo pasó a la ofensiva. La casita en que se hallaba instalada la estación telefónica, resultó encontrarse en la zona de fuego. Del Estado Mayor llegó el permiso de retirarse del lugar de trabajo y marchar al refugio. No obstante, las valerosas muchachas decidieron permanecer en su puesto. Una de ellas, Eva Davidson, se subió al tejado y desde allí observaba el avance del enemigo, mientras que la otra transmitía los datos por teléfono a las unidades militares. Esto contribuyó a que las tropas soviéticas terminaran con éxito la operación. Sólo en el último momento, cuando el enemigo estaba ya muy cerca de la estación telefónica, las valientes muchachas abandonaron sus puestos, inutilizando previamente todos los aparatos, y se marcharon hacia los suyos, a través de senderos ocultos del bosque.

Las mujeres del País Soviético no sólo ayudan a los soldados del Ejército Rojo a combatir en el campo de batalla, sino que

ellas mismas combaten con bravura contra el enemigo.

Entre los defensores de Sebastopol, entre los héroes que inmortalizaron sus nombres, las mujeres combatientes ocupan un puesto de honor.

Liudmila Pavlichenko terminó la escuela de francotiradores ya antes de la guerra. En los combates por Odesa y Sebastopol, tuvo ocasión de poner en práctica su habilidad. Audaz, vigilante y cautelosa como es y conociendo a la perfección su arma de combate (su fusil no falla nunca), Liudmila Pavlichenko se ha transformado en un verdadero terror para los alemanes. Cada día aumentaba la cuenta de los fascistas eliminados por ella; en julio eran ya 309. Con orgullo y honor lleva Pavlichenko su título militar: «Francotirador, cazador de invasores alemanes».

Nina Onílova maneja con maestría la ametralladora. Del mismo modo que Pavlichenko, ella inició su vida militar en Odesa y sobre todo se cubrió de gloria durante los combates por Sebastopol. Onílova era un insustituible apoyo y ayuda de los combatientes sebastopolianos, tanto, en la defensiva como en la ofensiva. Ella eliminó con su ametralladora a más de 500 fascistas. Hace poco, Onílova ha sido condecorada con la Orden de la Bandera Roja. Al recibir la condecoración, pronunció las siguientes palabras, breves pero contundentes:

No sé pronunciar discursos; pero sí sé hablar muy bien con los perros fascistas en el idioma de mi ametralladora.

Entre la gloriosa pléyade de las heroínas de Sebastopol merece destacarse otro nombre, el de María Baidá.

Al comienzo trabajaba como instructora en el servicio sanitario de un batallón de infantería y ya allí se conquistó la fama de audaz. Pero María Baidá ardía en deseos de lanzarse al combate. Poco después la incorporaron a una sección de exploradores, donde cambió la mochila de enfermera por el fusil automático. Comentaron días arduos, preñados de peligros, y en uno de ellos María se cubrió de gloria. Los alemanes avanzaban. María y sus camaradas –armados con automáticos como ella–, se encontraban en las primeras líneas; había matado ya a veinte alemanes, cuando se le acabaron los cartuchos; corrió por la vía de

comunicación al punto de aprovisionamiento. Por el camino encontró a un herido, le vendó y le ayudó a llegar hasta el puesto de primeros auxilios, tomó varios discos con proyectiles y granadas e inmediatamente emprendió el regreso hacia la posición. Por el camino divisó a cuatro alemanes que llevaban a un soldado rojo prisionero. Con sus certeros disparos mató a los cuatro, salvando al combatiente rojo; sin detenerse un instante, se apresuró al lugar del combate. Ya habían caído cerca de cien hitlerianos, pero el enemigo seguía presionando. María resultó herida en la cabeza y en un brazo por unos cascotes de granada, pero de nada sirvieron los ruegos de que se retirara del lugar del combate. Baidá volvió a empuñar su automático y disparó hasta que de nuevo se terminaron los cartuchos. Herida por segunda vez, marchó en busca de municiones y, nuevamente, como la vez anterior, tropezó en el camino con cuatro alemanes. A tres de ellos los mató allí mismo a tiros, al cuarto le aplastó la cabeza con la culata de su automático. Recogiendo el arma de lino de los muertos, la muchacha volvió a su puesto. De noche, cuando el combate amainó, María recogió y vendó a los heridos (casi todos los combatientes lo estaban) y los sacó del cerco. El camino pasaba por entre campos minados, pero la muchacha marchaba a la cabeza, arriesgando su vida para salvar la de sus compañeros. Pronto este puñado de valientes llegó a donde se encontraban los suyos. El Gobierno soviético ha concedido a María Baidá el título más honroso en el país: el de Héroe de la Unión Soviética.

¡Cuántas heroínas desconocidas ha hecho surgir la gran guerra patria! En las cercanías de Stalingrado, unos alemanes quisieron obligar a una mujer a que les ayudara a rodear una casa defendida por los combatientes soviéticos. La mujer los condujo directamente bajo el fuego de nuestros combatientes: «Disparad, camaradas», gritó con todas sus fuerzas. Herida de muerte, las últimas palabras que pudo decir a los combatientes rojos que acudieron en su ayuda fueron: «A pesar de todo, los he llevado a su destino».

En el diario de Willy Meine, suboficial alemán muerto en el frente Noroeste, fue encontrada la siguiente anotación:

Al recorrer Nóvgorod, nuestros soldados encontraron en-

tre los escombros a una mujer combatiente. Cuando intentaron quitarle el arma, ella se abalanzó sobre el oficial. Tres robustos soldados a duras penas lograron dominarla y sólo a fuerza de golpes pudieron obligarla a que marchara adelante... La rusa se negó a responder a las preguntas. Recibió la muerte con una sonrisa despectiva, cruzando los brazos sobre el pecho y negándose a que le vendaran los ojos.

A este testimonio del enemigo no hay nada que agregar. El amor que profesa la mujer soviética hacia su Patria, el odio hacia el enemigo es más fuerte que la muerte.

El heroísmo de la mujer soviética encontró su más alta expresión en su participación en el movimiento guerrillero, en la lucha que se lleva a cabo en la retaguardia de los alemanes. La guerra de guerrillas trae aparejados un riesgo especial y extraordinarios peligros. Pero la lucha de los guerrilleros en las regiones temporalmente ocupadas por el enemigo ha alcanzado proporciones gigantescas. Numerosos ciudadanos soviéticos abandonaron las aldeas y ciudades ocupadas, marcharon a los bosques y desde allí continúan la lucha contra el odiado enemigo.

Igual que en los memorables días de la guerra civil de 1918-1920, las mujeres que actúan en los destacamentos de guerrilleros cumplen las funciones de exploradoras, sanitarias y enfermeras, abastecen a los guerrilleros de municiones y víveres y luchan como soldados de filas.

Jamás se extinguirá la estela del nombre de Zóia Kosmodeiánskaia. Esta muchacha estudiaba en Moscú en la última clase de la escuela media. Tenía 18 años cuando ingresó en un destacamento de guerrilleros, donde actuó bajo el nombre de Tania. A fines de enero de 1942, fue hecha prisionera por los alemanes en la aldea Petríschevo. Se negó a responder a sus preguntas. Las fieras fascistas se ensañaron con ella torturándola y golpeándola de manera monstruosa. Bajo las heladas del invierno, los alemanes la condujeron por la aldea sólo con la camisa y con las manos atadas a la espalda. La golpearon, la martirizaron, la quemaron; pero la muchacha no declaró nada, los tormentos no quebrantaron su espíritu, continuó guardando silencio. Marchaba serena y valiente al encuentro de la muerte. Heroicas e inolvidables fue-

ron sus últimas palabras dirigidas a los koljosianos y koljosianas que fueron obligados a presenciar la ejecución:

¡Comaradas! ¿Por qué estáis abatidos? ¡Sed valientes! ¡Luchad, aniquilad a los alemanes, quemadlos, hacedles la vida imposible! No temo la muerte. ¡Es una felicidad morir luchando por nuestro pueblo! ¡Adiós, camaradas! ¡Luchad, no temáis! ¡Stalin está con nosotros! ¡Stalin vendrá!

Los koljosianos lloraban. El nombre de Tania perdurará por siempre en el corazón del pueblo soviético.

La guerrillera Alejandra Martínovna Dreiman, de la ciudad de Uvárovo, región de Moscú, fue salvajemente martirizada por los alemanes. La torturaron, ante sus ojos mataron a su hijo recién nacido, a fin de obligarla a decir dónde se encontraba el destacamento de guerrilleros. Pero la fiel hija del País Soviético no dijo nada.

Muchas guerrilleras soviéticas cayeron como heroínas, pero su lugar vuelve a ser ocupado por millares de otras leales hijas del pueblo, dispuestas a entregar sus vidas por la victoria de su Patria.

Las mujeres del País Soviético son dignas compañeras de lucha de los combatientes del heroico Ejército Rojo. La prensa fascista, completamente enredada en su maraña de mentiras, divulga la falsa noticia de que en el frente soviético combaten batallones femeninos, debido a que en la U.R.S.S. se «han agotado» ya las reservas de hombres. Claro es que este provocativo embuste no inducirá a nadie a error. En la U.R.S.S. hay suficientes hombres aptos para luchar; lo testimonia la gloriosa ofensiva del Ejército Rojo. En la U.R.S.S. no existen batallones femeninos, pero sí existe un inmenso ejército formado por las mujeres de todo el pueblo, dispuestas en todo momento a marchar a la defensa de su Patria: son las médicas, las enfermeras, las sanitarias, las bomberas y las guerrilleras; son las obreras y koljosianas que trabajan en la retaguardia. Las mujeres del País Soviético, todas a una, están dispuestas a empuñar el fusil en sus manos: en esto reside su grandiosa e invencible fuerza.

LAS MUJERES DE LA U.R.S.S.
EN EL FRENTE ÚNICO ANTIHITLERIANO
DE LOS PUEBLOS AMANTES DE LA LIBERTAD

Las mujeres del País Soviético combaten no sólo por sí, por sus familias, por su país. Ellas combaten por las mujeres del mundo entero, por salvar a la civilización de la barbarie fascista, por un luminoso futuro para toda la humanidad. Las ardientes patriotas del País Soviético se destacan en su lucha como participantes en el frente único de los pueblos amantes de la libertad contra la tiranía hitleriana.

Las inmundas hordas fascistas siembran por todas partes la muerte, la ruina y la esclavitud. Hitler envió sus aviones contra las ciudades y aldeas de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, Grecia y Yugoslavia. Hitler extermina a la población de los países eslavos. Por orden de Hitler, los soldados alemanes ametrallan a las mujeres y a los niños indefensos. Las mujeres de los pueblos amantes de la libertad saben que sólo aniquilando a Hitler y su banda, que sólo haciendo desaparecer el fascismo, podrán obtener la felicidad y el sosiego. Las mujeres de Inglaterra, América, China, y también las de los pueblos temporalmente esclavizados por el hitlerismo, han ocupado ya su puesto en las filas combativas.

Pero ahora, cuando la lucha ha entrado en su fase decisiva, las mujeres tienen que multiplicar sus esfuerzos y aunar sus acciones.

El 10 de mayo de 1942, se celebró en Moscú un mitin de las mujeres de la U.R.S.S. participantes en la guerra patria, las que se dirigieron a las mujeres del mundo entero con el siguiente llamamiento.

Mujeres de Inglaterra, América y de todos los países amantes de la libertad: Hoy, más que nunca es preciso unificar nuestras acciones... Os exhortamos a adheriros a nuestras filas en la hora de los combates decisivos contra el hitlerismo sediento de sangre. Tened presente que en nuestros campos de batalla se decide también vuestro porvenir.

El que quiera una vida de paz, que ayude a la guerra con-

tra el fascismo. El que quiera la felicidad de sus hijos, que aniquile a los asesinos de niños.

¡Más aviones, tanques y cañones! ¡Más bombas y proyectiles sobre la cabeza del monstruo hitleriano que quiere engullirse a toda Europa, a todo el mundo!

¡Mujeres de los países ocupados por los fascistas alemanes! Empuñad en vuestras manos los fusiles y las granadas. Se acerca la hora en que se romperán las ignominiosas cadenas que atan a vuestras queridas ciudades y aldeas. Si queréis que esta hora de liberación llegue mañana mismo, seguid hoy el ejemplo de las guerrilleras de las regiones soviéticas temporalmente ocupadas por los alemanes. ¡Causad daño a cada paso a los forajidos hitlerianos! Volad los depósitos y las vías férreas de los alemanes, destruid sus comunicaciones, obstaculizad el trabajo de las fábricas y de los talleres que producen para los alemanes. Oponéos al saqueo fascista. ¡No permitáis que vuestros padres, maridos e hijos ingresen en el bandidesco ejército hitleriano!

Mujeres de Alemania: ¿Acaso no está claro para vosotras lo que mañana le espera a Alemania si hoy continúa gobernándola el asesino Hitler? ¡Luchad por el derrocamiento de la camarilla de aventureros de Hitler y Goering! ¡Detened el envío de convoyes militares al frente, sabotead la industria de guerra!

¡Mujeres de todo el mundo! ¡Adelante, al aplastamiento definitivo de las bandas hitlerianas! El que ansía la victoria, que contribuya a ella. ¡La victoria jamás llega sola, es preciso conquistarla!

¡Fortaleced el frente único antifascista de las mujeres del mundo entero!

¡En la gran guerra liberadora contra la tiranía fascista, las mujeres del País Soviético, las mujeres del mundo entero unidas a los pueblos de la U.R.S.S. y a todos los pueblos del mundo amantes de la libertad, vencerán!

Epílogo

A. M. KOLONTÁI

LA MUJER SOVIÉTICA: UNA CIUDADANA DE PLENO DERECHO DE SU PAÍS*

*Artículo publicado en «La mujer soviética», 1946, núm. 5
22 de septiembre de 1946*

Es sabido que la Unión Soviética ha conseguido avances extraordinarios relacionados con la participación de la mujer en la construcción activa del Estado. Incluso nuestros enemigos no ponen en duda esta verdad universalmente reconocida. La mujer soviética es una ciudadana de pleno derecho de su país. Al dar acceso a la mujer a todos los campos del trabajo creativo, al mismo tiempo nuestro Estado ha garantizado todas las condiciones necesarias para que ésta pueda cumplir con su deber natural: ser madre, maestra para sus niños y dueña de su casa.

Desde los primeros pasos de la legislación soviética se reconoció que la maternidad no es una cuestión privada, sino un deber social de la ciudadana activa e igualitaria del Estado. Esta disposición está establecida en la Constitución. En la Unión Soviética se solucionó el problema más importante y complejo: el uso del trabajo activo de la mujer en cualquier campo, sin perjudicar a la maternidad.

Se le prestó una enorme atención a la organización de comedores públicos, jardines de infancia, campamentos de pioneros, parques infantiles y guarderías: todas aquellas instituciones que, como escribió Lenin, tienen realmente la capacidad de liberar a la mujer, de reducir su desigualdad frente al hombre. En la U.R.S.S. se crearon más de 7.000 consultas para mujeres y niños, de las cuales la mitad están situadas en zonas rurales. Se

* Publicamos el texto de A. M. Kolontái según aparece en la recopilación *Artículos y discursos seleccionados* (ed. soviética de Politizdat, 1972), traducido directamente del ruso por Jordi Mesalles García.

organizaron más de 20.000 guarderías. Vale la pena recordar que en la Rusia zarista en el año 1913 sólo había 19 guarderías y 25 jardines de infancia, los cuales, además, no estaban a cargo del Estado, sino que estaban financiados con fondos de organizaciones filantrópicas.

El Estado soviético proporciona a la mujer madre cada vez más ayuda económica. Las mujeres reciben prestaciones y vacaciones pagadas durante el periodo del embarazo y el parto. Al volver de las vacaciones conservan su antiguo trabajo.

Las madres solteras y con muchos hijos reciben una prestación estatal para la manutención y educación de éstos. En el año 1945 el estado pagó más de 2.000 millones de rublos por tales prestaciones. Sólo en la R.S.F.S.R. [República Socialista Federativa Soviética de Rusia] más de 10.000 mujeres recibieron el título honorífico de «Madre-heroína», y 1.100.000 mujeres fueron condecoradas con la orden de la «Gloria de la maternidad» y la «Medalla de la maternidad».

Las mujeres soviéticas supieron honrar la confianza y el cuidado de su Estado. Ellas han demostrado un gran heroísmo tanto en el trabajo pacífico y creativo antes de la guerra como en los años de lucha armada contra los invasores fascistas; también ahora en la labor para resolver las grandiosas tareas del nuevo plan quinquenal. Muchos sectores de la actividad industrial, en los que predomina el trabajo femenino, son los más avanzados en la ejecución de los planes. Los méritos de la campesina soviética, que llevó sobre sus hombros el peso principal del trabajo agrícola durante la guerra, son enormes.

Nuestras mujeres dominaron profesiones que desde hace tiempo se consideraban masculinas. Vemos mujeres maquinistas, mecánicas, torneras, cerrajeras, trabajadoras altamente cualificadas que controlan los mecanismos más complejos.

Las mujeres de la Unión Soviética, en igualdad de condiciones con los hombres, avanzan en la ciencia, la cultura y el arte. Ellas han ocupado una posición destacada en la educación del pueblo y en la atención sanitaria.

En un país donde hace treinta años, de las 2.300.000 mujeres empleadas, 1.300.000 eran sirvientas en la ciudad, y 750.000 eran jornaleras en el pueblo; en un país en el que casi

no había mujeres ingenieras, científicas, donde la definición de la profesión de profesora estaba sujeta a condiciones ofensivas para la dignidad de la mujer; ahora, en este país, 750.000 mujeres trabajan como profesoras, 100.000 como médicas y 250.000 como ingenieras. La mitad de los alumnos de instituciones de enseñanza superior son mujeres. Más de 33.000 mujeres trabajan en laboratorios científicos y en institutos de investigación, 25.000 mujeres poseen grados y títulos académicos, 166 mujeres han sido galardonadas con el título honorífico del Premio estatal por sus excepcionales logros en la ciencia y en el trabajo.

Las mujeres del país soviético ejercen en la práctica sus derechos políticos. Sólo en el Soviet Supremo se contabilizan hasta 277 mujeres diputadas, y 256.000 mujeres han sido elegidas para los órganos rurales, urbanos, provinciales y republicanos del poder soviético.

Es sabido que en Rusia nunca ha existido el llamado movimiento de la mujer y que la mujer rusa no ha pasado ni por el feminismo ni por la lucha sufragista. Ella nunca separó la lucha por la igualdad de la tarea principal: la liberación de su país de la opresión del zarismo, comprendiendo que la «cuestión de la mujer» es inseparable de los problemas sociales y políticos principales, de los cuales forma parte.

En Rusia casi no había organizaciones independientes de mujeres con demandas y exigencias para las mismas. Es verdad que se realizaron algunos intentos de este tipo durante el periodo de la primera revolución rusa del año 1905, cuando empezaron a crearse organizaciones burguesas de mujeres de corte feminista, e incluso se convocó un congreso de mujeres de toda Rusia en el año 1908. Pero todos estos intentos no tuvieron éxito. Las obreras y campesinas de vanguardia, junto con las mujeres intelectuales, se unieron al partido revolucionario y marcharon junto a sus camaradas masculinos a la lucha, no por unos derechos limitados para las mujeres, sino por el derrocamiento de la autocracia. Las obreras defendieron con devoción la causa de los trabajadores en las huelgas masivas. Las estudiantes llevaron a cabo un trabajo revolucionario ilegal, sin temer ni a los calabozos de las prisiones del zar, ni a los trabajos forzados en Siberia.

El 8 de marzo del año 1917, las mujeres de Petrogrado salieron a las calles y fueron las primeras en levantar la voz de protesta contra la guerra imperialista. Sus manifestaciones fueron tan imponentes y formidables que incluso la propia policía del zar estaba desconcertada, y los soldados dudaron en disparar a las mujeres hambrientas, esposas y madres de sus camaradas que se encontraban en las trincheras. Las mujeres exigieron: «¡Abajo la guerra imperialista! ¡Devolvednos a nuestros maridos de las trincheras! ¡Pan para nuestros hijos!». Ese día marcó el comienzo de la grandiosa revolución rusa, que terminó en octubre del año 1917 con la victoria de los Soviets.

La mujer rusa, que luchaba heroicamente para derrocar el antiguo régimen, por la victoria del poder soviético y del comunismo, de hecho demostró ser una ciudadana digna del nuevo Estado.

Era totalmente natural que, en los primeros decretos del poder soviético, el partido bolchevique implementara el punto de su programa sobre la total igualdad en derechos de las mujeres respecto a los hombres.

Pero el reconocimiento político y jurídico de la igualdad de las mujeres de las repúblicas soviéticas aún no significaba que toda la población de millones de mujeres de la atrasada Rusia pudiera utilizar de inmediato esos derechos. Era necesario enseñar a las mujeres cómo utilizar esos derechos para el bien común, para fortalecer y construir el Estado soviético y para un futuro más feliz para sus hijos.

El pensamiento de cómo involucrar a las mujeres en el trabajo creativo para consolidar las conquistas de la revolución ocupó a Lenin incluso antes de Octubre. Recuerdo mi conversación con Lenin en abril de 1917, cuando él nos aconsejaba a nosotras, un pequeño grupo activo de bolcheviques, que trabajáramos estrechamente con las grandes masas de soldados y otros grupos de la población femenina de Petrogrado. Lenin decía que mucho depende de su estado de ánimo: su apoyo a la revolución es de vital importancia.

En octubre de 1917, en el Comité Central del Partido se formó una oficina para el trabajo entre las mujeres. Yo, bajo la dirección directa y la cooperación de Sverdlov, tuve que realizar un

amplio y masivo trabajo entre los soldados y las obreras. Pero incluso entonces no se habló sobre ninguna organización de mujeres independiente y por separado. El lugar de la mujer está en las filas de quienes luchan por alcanzar los grandes ideales de la humanidad, entre ellos la plena emancipación y la igualdad de derechos de la mujer.

La victoria del poder soviético en octubre del año 1917 todavía no significaba la derrota de la contrarrevolución. Por el contrario, 1918 fue el año en que se desencadenó la guerra civil y la lucha contra la intervención de 14 países capitalistas. Rusia fue devastada por una guerra de cuatro años, llegando la devastación de su economía al límite. El pueblo sufrió, pero luchó heroicamente por los derechos conquistados y por su joven Estado soviético. En ese momento, más que nunca, el poder soviético necesitaba la ayuda consciente y la colaboración de la amplia masa de la población femenina en las ciudades y pueblos. En el otoño del año 1918, el Comité Central del partido envió algunas mujeres agitadoras y organizadoras a diferentes partes de Rusia para explicar a los trabajadores sus tareas. El camarada Sverdlov me envió a las regiones textiles al norte de Moscú: a Ivanovo, a Orekhovo, a Kineshma. Recuerdo con firmeza las palabras de Lenin. Él decía que incluso un luchador firme y valiente puede llegar a titubear si, al regresar a casa, escuchara todo el tiempo quejas de su mujer y en su rostro encontrara a un enemigo que prosiguiera la lucha. Debemos formar políticamente a las mujeres, debemos forjar en ellas un sólido apoyo en la lucha contra la contrarrevolución y para fortalecer el poder soviético. Cada mujer debe entender que, luchando por el poder soviético, lucha por sus derechos y por el futuro de sus hijos.

Tratamos de explicar estas ideas e implantarlas en las amplias masas de mujeres. Esto no fue siempre sencillo, pero aun así tuvo éxito.

Cuando mi viaje de campaña ya estaba a punto de terminar, conocí a una trabajadora del textil muy interesante, Anuchkina. Cuando nos sentamos para tomar una taza de té en su humilde habitación en Kinshema, Anushkina sugirió que había llegado la hora de convocar en Moscú un congreso de obreras y campesinas de toda Rusia, que bajo la dirección del Partido definiera los

métodos de trabajo entre la amplia masa de mujeres. Anuchkina decía que era necesario enseñar a la mujer soviética a ser productiva para su patria soviética.

Con esa idea regresé a Moscú y me dirigí directamente al Comité Central. Vladimir Ilich [Lenin] aprobó completamente esta idea. Él dijo que, claro está, no es necesario crear ninguna organización independiente de mujeres, pero es necesario poseer un aparato correspondiente en el Partido que sea responsable del trabajo de elevar la conciencia en las amplias masas de mujeres y enseñar a las mujeres a construir el Estado soviético. Es necesario incluir a las mujeres en los soviets locales de las ciudades y de los pueblos, darles los conocimientos prácticos adecuados. Hay que prestar especial atención al desarrollo de aquellas instituciones que faciliten a la mujer la conciliación del trabajo activo en los soviets con la maternidad.

Estas ideas y tareas de Vladimir Ilich sirvieron de base para el trabajo realizado durante la celebración del Primer Congreso de Obreras y Campesinas en Moscú en el año 1918.

En todos los países las mujeres lucharon en diferentes ocasiones heroicamente por sus derechos, encontrando una fuerte resistencia por parte de su competencia masculina y, sobre todo, por parte de los gobiernos burgueses. Pero en ninguna parte del mundo pudieron conseguir lo que, sin duda, cualquier ciudadana de todas las repúblicas soviéticas puede disfrutar.

Las mujeres de la Unión Soviética no tienen que exigir al gobierno derechos sobre el trabajo, la educación, la protección de la maternidad. El propio Estado, el propio gobierno otorga a las mujeres trabajo, abriéndoles ampliamente el sector público, ayudando y recompensando a las madres.

Durante la invasión de los agresores nazis, las mujeres soviéticas y las mujeres de otros países democráticos comprobaron de primera mano la necesidad de luchar incansablemente contra el fascismo hasta su completa erradicación. Sólo esto librará al mundo del peligro de nuevas guerras.

La lucha por la democracia y la paz duradera contra la reacción y el fascismo es la tarea fundamental hoy en día. El hecho de aislar a las mujeres de esta tarea principal e importante, de intentar encerrarlas dentro de organizaciones feministas «sólo

de mujeres», sólo puede debilitar el movimiento democrático de las mujeres. Sólo la victoria de la democracia asegurará la igualdad de derechos de las mujeres.

Nosotras, las mujeres del País de los Soviets, entregamos todas nuestras fuerzas al trabajo creativo, al cumplimiento de las grandes tareas del Plan Quinquenal, sabiendo que con esto consolidamos un baluarte de la paz en todo el mundo: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Al mismo tiempo, debemos seguir con atención todas las maquinaciones de los reaccionarios, desenmascarando todos sus planes e intenciones, y sus intentos de generar una fractura en las filas de la democracia.

La unidad de todas las fuerzas democráticas es nuestra arma más fiel en la lucha contra la reacción, por la libertad y la paz en todo el mundo.

ÍNDICE

7 / Nota editorial

9 / Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética (Lenin, 1919)

17 / La emancipación de la mujer en la U.R.S.S (1933)

27 / Por la igualdad jurídica y práctica de los derechos de la mujer

32 / La natalidad en los países capitalistas y en la U.R.S.S.

35 / ¿Por qué está permitido el aborto en la U.R.S.S.?

44 / La mujer obrera embarazada está rodeada de las preocupaciones de la sociedad

49 / ¿Cómo está planteado en la Rusia Soviética el asunto de la ayuda en el parto?

53 / Los consultorios son un auxiliar seguro en favor de una madre sana, de una generación sana

62 / Las casas-cuna como instrumento de la emancipación de la mujer

71 / La mujer como activa constructora del socialismo

75 / El trabajo femenino liberado (Stalin, 1935)

79 / La nueva mujer de la Unión Soviética (1937)

83 / La mujer en la policía soviética

84 / Trescientos mil casos de alumbramiento indoloro

84 / La mujer soviética y la moda

85 / Las ventajas del restaurante colectivo

88 / Las mujeres de las minorías nacionales

89 / Los sindicatos soviéticos y las mujeres

90 / Protección a la maternidad

- 90 / La mujer soviética y el deporte
- 90 / La mujer soviética quiere ser culta
- 91 / Las mujeres en la administración del país
- 91 / La servidumbre de la mujer en la Rusia zarista
- 92 / Lenin y la vida doméstica de la mujer
- 92 / Stalin y la mujer
- 92 / La mujer y el fascismo
- 94 / Las jóvenes de la U.R.S.S.
- 95 / El conflicto entre el matrimonio y la situación económica
- 97 / Igualdad social completa
- 97 / La igualdad (...) fue proclamada por la Revolución Rusa
- 98 / En la enseñanza
- 99 / La vida de familia

103 / La mujer en la Unión Soviética (1943)

- 103 / Prólogo
- 107 / Lo que el Estado Soviético ha dado a la mujer
- 110 / El trabajo libre de las obreras y koljosianas
- 119 / Desarrollo cultural de la mujer en la U.R.S.S.
- 125 / La familia y la maternidad en la U.R.S.S.
- 132 / Las mujeres del Oriente en la lucha por una vida nueva
- 136 / Las mujeres en la Gran Guerra Patria
- 137 / Las mujeres, combatientes de la retaguardia.
- 145 / Las mujeres del País Soviético, compañeras de combate de los soldados del heroico Ejército Rojo.
- 152 / Las mujeres de la U.R.S.S. en el Frente Único antihitleriano de los pueblos amantes de la libertad

155 / La mujer soviética: una ciudadana de pleno derecho de su país (Kollontai, 1946)

